ANDREA DWORKIN

ODIAR A LAS MUJERES

DEBATE

Odiar a las mujeres

Andrea Dworkin

Traducción de
Irene Jové Blaya

DEBATE

Para Grace Paley y en memoria de Emma Goldman

… Shakespeare tenía una hermana; pero no la busquen en la vida del poeta escrita por sir Sidney Lee. Murió joven… y, ay, jamás escribió una palabra. […] Ahora bien, lo que creo es que esa poeta que jamás escribió una palabra y está enterrada en un cruce de calles todavía vive. Vive en ustedes y en mí, y en muchas otras mujeres que no están aquí esta noche, porque están lavando los platos y acostando a los niños. Pero vive; pues las grandes poetas nunca mueren; son presencias continuas; solo requieren de la oportunidad de caminar encarnadas entre nosotras. En mi opinión, ahora está en manos de ustedes el darle esa oportunidad. Pues lo que creo es que, si vivimos aproximadamente un siglo más —me refiero a la vida común que es la auténtica vida y no a las pequeñas vidas separadas que vivimos en tanto que individuos—, y tenemos quinientas libras al año cada una, junto con una habitación propia; si nos acostumbramos a emplear la libertad y el valor para escribir exactamente lo que pensamos; si nos escapamos un poco de la sala común y vemos a los seres humanos no siempre en relación con otros seres humanos sino en relación con la realidad; […] si afrontamos el hecho, porque es un hecho, de que no hay brazo alguno del que colgarse, sino que avanzamos en solitario y nos relacionamos con el mundo de la realidad […], entonces se dará la oportunidad y la poeta muerta que era la hermana de Shakespeare habitará el cuerpo al que con tanta frecuencia ha tenido que renunciar. Extraerá el aliento vital de las vidas de las desconocidas que fueron sus precursoras, igual que hizo su hermano antes que ella, y nacerá. En cuanto a que se encarne sin esa preparación, sin ese esfuerzo por nuestra parte, sin esa determinación de que cuando renazca pueda vivir y escribir su poesía, es algo que no cabe esperar, pues sería imposible. Pero insisto en que

la hermana de Shakespeare sí volvería si trabajásemos por ella, y que trabajar con ese fin, aunque sea en la pobreza y la oscuridad, vale la pena.

VIRGINIA WOOLF, *Una habitación propia* (1929)(1)

PRÓLOGO

Radicalidad y repulsión

Cuando una acaba de leer *Odiar a las mujeres,* la ópera prima de Andrea Dworkin, no le queda otra que rendirse, claudicar ante una evidencia: la autora del libro no resulta tan antipática. En muchas ocasiones se pasa de frenada, extrae conclusiones que no derivan de sus premisas, plantea enunciados provocativos e insostenibles, se inventa datos o desarrolla ideas cogidas con pinzas. Sin embargo, una sale del ensayo con la sensación de haber encontrado a una pensadora sorprendentemente clara, con sorna y gracia, intelectualmente comprometida con el proyecto que quería emprender ya desde los veintiocho años de su debut. En mi caso concreto, recuerdo las primeras reacciones cuando comenté con mi círculo que estaba escribiendo este prólogo: «¡Andrea Dworkin! ¿Estás segura? No es ni de lejos una de mis feministas favoritas». Días después, cuando de pronto compartía fragmentos de sus párrafos, hasta mis interlocutoras más reticentes abandonaban parte de su resistencia: hallaban de pronto en sus frases intuiciones compartidas. Bien explicadas. En su forma, incluso, bonitas.

Un rasgo común en los textos introductorios al pensamiento de Dworkin que se han publicado en los últimos años es la expresión de

esa reticencia. La crítica Lauren Oyler, al reseñar una antología de Dworkin publicada en Estados Unidos en 2019, comenzaba su texto disculpándose con la ensayista, que expresó en no pocas ocasiones un fervoroso odio hacia los críticos. Kathleen Hurlock, al evaluar tres de sus obras principales (esta misma, *Odiar a las mujeres*; *Pornography: Men Possessing Women* y *Right Wing Women*), admite que, «durante la mayor parte de [su] vida feminista, no sabía nada sobre Andrea Dworkin más allá de despreciarla». Escribiendo para la London Review of Books, una referente feminista contemporánea, Amia Srinivasan, autora de un muy buen ensayo como lo es *El derecho al sexo*, en el cual recupera varios de los debates en los que se inscribía Dworkin desde posturas relativamente antagónicas a las suyas —la cuestión de la pornografía, la discusión sobre el trabajo sexual, el consentimiento, la violación, la violencia simbólica inscrita inherentemente o no en el acto sexual—, cuenta la anécdota que mejor resume la posición general o recepción estándar en torno a Dworkin, y también la relación de la propia autora con su escritura: «En 1987, cuando Andrea Dworkin apareció en el Phil Donahue Show para promocionar la publicación de su libro *Intercourse*, una mujer del público le preguntó, con una mezcla de incredulidad, preocupación y desprecio: "¿Qué tragedia ha sucedido en tu vida para que te sientas así?". El público rompió a reír. Dworkin también se rio, exasperada, y luego se puso seria: "Leemos el trabajo de hombres escritores, que pueden haber tenido vidas trágicas y terribles, y los leemos por lo que sus libros nos aportan. Quiero que leas mi libro por lo que puede aportarte. Y que te olvides de mí, y simplemente leas el libro, porque el libro importa"».

Estas reticencias, concentradas en la idea de que algo terrible tiene que haberle pasado a esa mujer —caracterizada como una mujer gorda, antipática, poco divertida: *not the fun kind*, una feminista aguafiestas— para que teorice como teorice y escriba como escribe, son algo con lo cual ya de primeras no me identificaba del todo, y por eso accedí también a escribir este prólogo. En España, la primera educación feminista para muchas mujeres de mi generación, la cohorte que abarca desde los años noventa a los primeros 2000, recorrió una senda distinta a la del feminismo liberal y presuntamente liberador que caracterizó el discurso feminista *mainstream* de la década de 2010, encapsulado en *tote bags* con la cara de Frida Kahlo, eslóganes de empoderamiento o retórica sobre el *girl power*. Durante mi adolescencia, al menos en las redes sociales que frecuentaba, ser una feminista radical —el concepto de lo *radfem*— o reclamar la herencia de la segunda ola no estaba exactamente de moda, pero no constituía tampoco algo denostado o despreciable: era más bien la reacción natural a las tendencias por aquel entonces de ese feminismo hegemónico, la respuesta a su nula crítica al capitalismo. Muchas nos formamos leyendo a Catharine MacKinnon, a Kate Millett y, sí, a Andrea Dworkin, y filósofas como Ayme Román hacían ya por aquel entonces una gran labor de divulgación sobre su trabajo, capaz de iluminar su pensamiento desde un ángulo clarificador, en ocasiones demasiado benevolente. El feminismo radical no era un exceso ni una forma de fanatismo: constituía más bien el camino por el cual una generación entera podía deconstruir mitos sacralizados, oír la voz casi profética de quienes habían emprendido una brutal crítica del patriarcado y de todas las estructuras de la dominación masculina. Como escribe

Johanna Fateman en *Last Days at Hot Slit: The Radical Feminism of Andrea Dworkin*, «leer a Dworkin con dieciocho años era ver el patriarcado con la piel arrancada»; como exponía Charlotte Shane al revisar esa colección de ensayos, «sospecho que somos legión, nosotras, mujeres blancas que leímos por primera vez a Andrea Dworkin en la cresta o justo habiendo dejado atrás la adolescencia». ¿Por qué nos resultaba seductora en lugar de repulsiva la figura de Dworkin, su vehemencia y radicalidad? Si se aborda esa pregunta, quizá sea posible entender por qué es importante que se publique y traduzca por primera vez al castellano un libro como *Odiar a las mujeres*, cincuenta y dos años después de su publicación en inglés.

Su ensayo está estructurado en una introducción, cuatro partes y un epílogo: en la primera parte, Andrea Dworkin explora cómo los cuentos de hadas constituyen un primer aprendizaje mítico de las formas que toma el patriarcado y cómo este regula los comportamientos de los hombres y las mujeres. En la segunda, analiza la pornografía —particularmente textos pornográficos de su época— para descubrir estructuras persistentes de esa dominación. En la tercera, se propone una revisión de la *herstory*, una forma femenina de historia, con tal de trazar los mayores crímenes que se han cometido contra las mujeres como colectivo, pecando en muchas ocasiones de una cierta falta de rigor en su análisis y de comparaciones bastante desafortunadas, igualando algunas instancias de violencia contra las mujeres a la experiencia del Holocausto o al esclavismo. En el cuarto, explora una salida posible a través de distintas narrativas de la androginia. El final es la parte más curiosa: una reflexión sobre el estilo y las normas tipográficas y de escritura. La estructura del libro es en ocasiones caprichosa,

saltando de una parte a otra, con los defectos de un primer libro al cual se le ven las costuras en la unión entre sí de ensayos algo deslavazados o dispares; posee, no obstante, una poética particular y un enorme músculo retórico.

Empezar a leer a Dworkin es, antes de todo, encontrarse con una forma de belleza muy particular. Es la belleza de un compromiso político inquebrantable, sostenido desde sus primeras páginas, como cuando la autora afirma: «Como escritora con un compromiso revolucionario, me duele especialmente el tipo de libros que están escribiendo los escritores y las razones por las que lo hacen. Quiero que los escritores escriban libros porque están comprometidos con el contenido de sus libros. Quiero que los escritores escriban libros que sean acciones. Quiero que los escritores escriban libros que puedan cambiar la manera de vivir de la gente, e incluso los motivos por los que vive. Quiero que los escritores escriban libros por los que valga la pena ir a la cárcel, por los que valga la pena luchar, y si se diera el caso en este país, por los que valga la pena morir».

Como ella dice explícitamente, *Odiar a las mujeres* es «una acción, una acción política cuya meta es la revolución», pero también un libro «escrito con una herramienta rota, un lenguaje que es sexista y discriminatorio hasta la médula». Si hubiera escrito este prólogo hace siete años, en 2019, probablemente no tendría nada que ver con el tono con el cual lo afronto ahora: tengo la intuición de que, en este tiempo, al menos en el contexto español, el feminismo ha dejado de ser tan sexy como lo era entonces. En parte víctima de la institucionalización de sus fuerzas motoras, en parte renqueante por las propias decepciones que ha traído consigo esa institucionalización, más enzarzado que nunca en peleas internas,

pero también con adversarios retóricos e intelectuales más claros, escribir hoy *de forma feminista* es volver a colocarse en la contracultura y vocación revolucionaria que con tanta firmeza reivindicaba Andrea Dworkin. Quienes tienen el viento a su favor son quienes escriben hoy construyendo a los hombres como nuevas víctimas frente a masas de mujeres pérfidas, inmersas en una huelga sexual como la de Lisístrata; quienes reivindican la falta de atención que la sociedad estaría dirigiendo a fenómenos como «las denuncias falsas». La causa del feminismo, tan en boga y tan de moda en la década pasada, es hoy de nuevo una causa a contracorriente.

En este contexto cobra todo su sentido que vuelvan a soliviantarnos textos que se conciben como armas, manifiestos, capaces de no ser concesivos en lo esencial, demasiado absolutos, a veces cortantes. La radicalidad de Dworkin, y es esta una de sus virtudes, representa precisamente eso: una escritura que *tiene* sangre en las venas, en lugar de horchata, aunque no estemos de acuerdo con muchas de las cosas que dice, o aunque haya otras que nos parezcan auténticas barbaridades; ella misma lo asume. Asume, como dice al final, atacar los fundamentos de la cultura, atacar el dominio masculino, atacar todas las nociones heterosexuales de relación, defender el consumo de drogas o defender follar con animales. Añadiría otra cosa: la Dworkin de 1974, en contraste con la Dworkin posterior, la que se aliaría con fuerzas políticas reaccionarias o conservadoras en su cruzada contra el porno, es quizá la más radical de todas en muchos de sus postulados, la más rompedora y atrevida, cargando aún con los ecos de la revolución sexual y de costumbres del 68. Lo que dice puede en muchas

ocasiones escandalizarnos, incluso hoy en día, en 2025. Pero es refrescante —hasta bonito— volver a encontrar escándalo, provocación y atrevimiento en un ensayo feminista, virtudes que Dworkin tiene de sobra.

¿Cómo es posible, en realidad, que una autora capaz de tales atrevimientos haya sido al mismo tiempo tachada —y no con poca razón, en ocasiones— de puritana, liberticida, venenosa? No hay una incompatibilidad necesaria entre la Andrea Dworkin que consideraba la ruptura del orden establecido como su prioridad absoluta y la Andrea Dworkin que se alía de pronto con las fuerzas más represivas del Estado para imponer su visión. Como cuenta Amia Srinivasan, quizá el caso más sangrante sea cuando, en 1992, la Corte Suprema de Canadá amplió la legislación canadiense en contra de la «obscenidad» para criminalizar el porno que las autoridades competentes juzgasen como «violento, degradante o deshumanizante», culminando en la condena a la primera librería LGTBIQ+ de Canadá por «obscenidad criminal». La Andrea Dworkin que en *Odiar a las mujeres* habla de cómo el objetivo es el desarrollo «de una comunidad humana cooperativa basada en el flujo libre del erotismo andrógino natural» es la misma que escribe con crueldad o arrebatando toda agencia posible a las mujeres. No llegó a afirmar literalmente que toda penetración constituyera en sí misma una violación, pero no es menos cierto que quienes se quedan con esa idea no están tan alejados de lo que Dworkin plasmaba en sus textos y discursos.

La tesis fundamental de Andrea Dworkin ya está planteada en *Odiar a las mujeres*, aunque con menos elaboración y soltura que en sus obras posteriores: para la autora, la cultura ha moldeado «las

muertes, las violaciones, la violencia», definiendo a la mujer como un objeto, como «el Otro» o la pasividad, y a los hombres como quien hace, quien obra, quien ejerce la dominación. En la distribución de los pares duales, hombre-mujer, lo masculino-lo femenino, son equivalentes a los pares amo-esclavo, dominación-sumisión. Es así, cuenta Dworkin, en los cuentos de hadas y en todos los mitos, en la estructura mitológica que también en el tiempo presente configura la realidad, en todo objeto cultural y, para la autora, especialmente en el porno.

Recoge, en realidad, algo que expone Aristóteles en la *Metafísica* al hablar de cómo, en la escuela de los pitagóricos, se observaban diez principios opuestos: entre ellos, el límite y lo ilimitado, lo impar y lo par, lo uno y lo múltiple, lo derecho y lo izquierdo… y lo masculino y lo femenino. La visión de Dworkin sobre la estructura dual del pensamiento parece al principio una flaqueza conceptual —porque sería posible interpretar que la autora *cree* en ella como una realidad inamovible— hasta que se llega a su argumentación posterior, en la sección que tiene que ver con la androginia, y de pronto la autora desmonta estas asunciones de forma inteligente, en ocasiones brillante: «La luz y la oscuridad son obvias en un sentido fenomenológico: hay día y se convierte lentamente en noche, que luego se convierte lentamente en día. Cuando los hombres comenzaron a conceptualizar la naturaleza del universo, los fenómenos de la luz y la oscuridad fueron un punto de partida obvio. Según mi experiencia, la noche y el día son más parecidos que diferentes, de manera que no podrían ser opuestos. El hombre, al conceptualizar, ha reducido los fenómenos a dos, cuando los

fenómenos son más complejos y sutiles de lo que el intelecto puede imaginar».

Dworkin no titubea al señalar la arbitrariedad de los polos opuestos, en conflicto, que estructurarían la realidad. Su forma de intercambiar lo que llama «mitos de la polaridad» por «mitos de la androginia» no solo es convincente: también es políticamente fértil. Frente a esa herencia de la ontología griega, o de la ontología china, donde el yin y el yang se asocian con lo masculino y lo femenino, Dworkin se pregunta por qué «el Gran Origen de las crónicas chinas es la mujer sagrada T'ai Yuan, que era un andrógino, una manifestación combinada de yin y yang», otorgando «primacía al principio femenino debido a la función generativa de la mujer». Esgrime, contra la aparente imperturbabilidad de estas estructuraciones sociales, la importancia de su arbitrariedad: «El hinduismo asignó el sistema de símbolos masculinos al polo pasivo, el femenino al activo; el budismo hizo lo contrario; el hinduismo asignó el principio de conocimiento al polo masculino pasivo y el principio dinámico al polo femenino activo, el budismo *vajrayana* lo hizo a la inversa».

¿Cuál es el problema? Para comprender ese giro final, apreciar el movimiento de la inteligencia de Dworkin, es necesario recorrer la *integridad* de su texto y pensamiento; la primera lectura da una impresión distinta, casi contraria al punto que la autora está queriendo en el fondo desarrollar. La acumulación incesante de ejemplos de dominación y violencia puede parecer, al principio, una forma de esencialismo: Dworkin no desvela hasta el final su pensamiento real, mucho más constructivista de lo que podría parecer, fundamentado en el posicionamiento moral de que las cosas

son así, así de crudas y obscenas, *pero que podrían ser de otra manera.* Sería perfectamente comprensible que una persona que no llegara hasta el final extrajera de su lectura la conclusión de que, para Dworkin, lo masculino es inherentemente malo, dominante, posesivo, violador, tirano, y la mujer inherentemente víctima, pasiva, poseída, violada. Todo se ha construido para que así sea, pero la luz en Dworkin emerge cuando ella plantea la radicalidad con la cual eso podría cambiar.

Ni siquiera ella misma es, no obstante, capaz de mantener todo el tiempo iluminada esa posibilidad. Como escribe Charlotte Shane, quizá el punto más débil del pensamiento de Dworkin sea «la negación determinada de un yo activo, con voluntad, poderoso y subversivo», a través de la cual elabora una escritura que no gira en torno a las mujeres, sino en torno a los hombres, «en torno a qué pueden hacer, por qué lo hacen y con qué mentiras lo justifican»; una escritura que convierte a las mujeres en «víctimas sin rostro, descritas como más vacías aun cuando no lograban vivir vidas acordes a la política de Dworkin».

Antes de escribir *Odiar a las mujeres*, Dworkin fue prostituida, participó en la contracultura y los movimientos anarquistas de Ámsterdam —que inspirarían la crítica contenida en la parte del libro dedicada a la pornografía más contracultural— y fue abusada por una de sus parejas. A pesar de su insistencia en que se tome el libro por sí mismo, despojado de las vivencias que lo inspiran, es imposible entenderla del todo si no se tiene en cuenta el lugar situado y biográfico desde el cual escribe. Cuando afirma que «la pornografía literaria es el escenario cultural de la relación masculino/femenino», «el escenario colectivo de la relación

amo/esclavo», lo hace informada por una experiencia propia, encarnada, de la violencia, que moldea su punto de vista y de la cual en muchas ocasiones no escapa, como si quedase atrapada en ese punto o momentáneamente ensimismada.

En numerosas ocasiones Dworkin toma ejemplos que no son paradigmáticos, los casos concretos de dos novelas pornográficas del siglo XX (*Historia de O* de Pauline Réage y *La imagen* de Jean de Berg), y los eleva hasta convertirlos en casos a partir de los cuales se desprenderían tesis universalmente aplicables sobre todo lo que hacen y constituyen las representaciones pornográficas en la historia, adoleciendo de un simplismo del cual, en otros momentos, no peca su pensamiento. Lo mismo le pasa al enfrentarse a «las revistas eróticas de la contracultura», aunque ahí sí logre identificar algunos rasgos positivos: le parece un avance, por ejemplo, el énfasis de esas revistas en el sexo oral o en chupar coños, llegando a decir que «sirve para desmitificar el coño de forma espectacular». Es mejor pensadora cuando no es tan tajante. Son sensatas, por ejemplo, sus críticas a Germaine Greer, cuando la acusa de postular «la violación como un acto de agresión a la propiedad». Muchas lectoras y lectores del presente se sorprenderán cuando lean, en palabras de Dworkin, que «las mujeres y los homosexuales están unidos en su "desviación" (*queerness*), una unión que es real y verificable», o que «la lucha por la liberación de los gays y la liberación de las mujeres es una lucha común».

El trato singular que otorga a productos culturales concretos y su tendencia a transformarlos en ejemplos que lo explicarían todo encuentra un eco en su forma de abordar la historia o, en neologismo, la *herstory*, la historia oculta, silenciada, de las mujeres.

Es posible que el momento de mayor flaqueza del libro sea en la exposición histórica del *ginecidio*, el silencioso exterminio de las mujeres a lo largo de los siglos. Narrativamente, se trata de una parte extraordinaria y bien contada, que elabora un relato muy seductor. Es también el momento de su ensayo en el que Dworkin se muestra más imprecisa en su trato con la realidad, quizá por la contaminación de sus propias fuentes. Empezar hoy un ensayo afirmando que «sería difícil dar una idea de lo oscura que era la Edad Media en realidad» resultaría difícilmente defendible. Puede resultar excesiva —y quién sabe si, en el fondo, un poco orientalista — la atención que le dedica Dworkin al fenómeno del vendado de pies chino, o su acusación de que el pensamiento chino en general pertenece «a esa entidad amorfa llamada Antigüedad». ¿No es ese mismo pensamiento el que le sirve luego como apoyo para postular las estructuras de la androginia? Sus caprichos le son útiles, si acaso, para llegar a una de las afirmaciones más constructivistas e interesantes del ensayo, cuando explica que «el vendaje de pies no formalizó las diferencias existentes entre hombres y mujeres, sino que las creó. Un sexo se hizo masculino en virtud de haber hecho del otro sexo algo diferente, algo completamente opuesto a sí mismo, algo llamado hembra». ¡Hoy en día habría quien llamase a Dworkin posmoderna por atreverse a decir cosas así! Dworkin plantea que se contarían nueve millones de muertes por ejecuciones en Europa, haciendo palidecer cualquier otro genocidio histórico, cuando hoy la literatura especializada ha llegado a un consenso de entre cuarenta mil y sesenta mil personas ejecutadas. Inexactitudes que reaparecen cuando afirma la existencia de las hadas como un pueblo neolítico real, «de menor estatura que los nativos del norte»,

«capaces de habilidades mágicas»: un viejo mito sostenido por antropólogos y folcloristas de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. No existen pruebas de que tales afirmaciones tengan relación con la realidad.

El paso por esta parte del libro, más endeble, es sin embargo necesario para llegar a los capítulos que más relevantes pueden resultarnos en la lectura hoy en día, los que no han quedado en absoluto anticuados ni contienen historiografía desfasada. Son los que tratan la cuestión de la androginia. Como en sus mejores momentos, Dworkin comienza casi con un manifiesto: «Queremos destruir el sexismo, es decir, las definiciones de roles opuestos de macho y hembra, hombre y mujer. Queremos destruir el poder patriarcal desde su fuerte principal, la familia; en su forma más horrible, el estado-nación. Queremos destruir la estructura de la cultura tal como la conocemos, su arte, sus iglesias, sus leyes: todas las imágenes, instituciones y conjuntos mentales estructurales que definen a las mujeres como un conducto de follar húmedo y caliente, una raja caliente. La mitología andrógina nos proporciona un modelo que no utiliza definiciones de roles opuestos, donde las definiciones no son, implícita o explícitamente, hombre = bueno, mujer = mala, hombre = humano, mujer = otro».

Lejos de quedarse en la crítica o el análisis de lo opresivos que son los mecanismos de dominación en el presente, o en la crítica al peso de todas las estructuras del pasado sobre la conciencia actual, en su gesto final Andrea Dworkin abre una puerta radical que en nada se parece a la imagen que se ha popularizado de ella como pensadora. No propone un odio a los hombres, sino la búsqueda de un nuevo modelo, el intento de «destruir los personajes culturales

impuestos a nuestra psique y descubrir formas de relación, comportamiento, ser e interacción sexual que sean compatibles con nuestras posibilidades naturales inherentes». Más allá del análisis de su crítica a los pares conceptuales que esbozaba antes, la propuesta de Dworkin es generar un nuevo mito, un gran relato que estructure de otra forma nuestra vida colectiva. Es un propósito muy noble: el de quien no se conforma con analizar el mundo, sino que aspira a transformarlo. Sustituye la mitología de Adán y Eva por la de Adán y Lilith, creados en un solo cuerpo, andrógino; se atreve a señalar la androginia de Jesucristo; elabora todo su sistema conceptual para «distinguir otra ontología que desecha la ficción de que existen dos sexos opuestos».

Es difícil, en 2025, pronunciar las palabras «feminismo radical» sin que estas hayan quedado en el imaginario colectivo asociadas a la transfobia, a movimientos vigorosamente restrictivos contra los derechos de las personas trans. Habrá quien se sorprenda, y mucho, de leer que los planteamientos de Dworkin en 1974 sobre el dimorfismo sexual y la multiplicidad de los sexos no son tan distintos de lo que esbozarían transfeministas y sexólogas como Anne Fausto-Sterling en los 2000, y que aquí Dworkin examina la cuestión con todo el rigor del cual carecía en otras partes del libro. «Somos, claramente, una especie multisexual cuya sexualidad se extiende a lo largo de un vasto y fluido continuo en el que los elementos llamados masculino y femenino no son diferenciados». ¿Acaso no impresiona encontrar en esta pensadora, tantas veces caricaturizada, una afirmación que levantaría hoy enormes reticencias en quienes más han considerado a Dworkin como una «de las suyas»?

Es cierto que el proyecto de Dworkin, en su último tramo, se excede en su provocación y resulta inmensamente controvertido: nadie sostendría hoy afirmaciones como las que citaba antes en relación con una supuesta erótica liberada con los animales en esa sociedad futura. No es menos cierto que, en su conjunto, la autora elabora una propuesta coherente y que sorprende por su dirección y objetivos: la transformación cultural, «el desarrollo de un nuevo tipo de ser humano y un nuevo tipo de comunidad humana». «Todos los que alguna vez hemos tratado de corregir un error sabemos que realmente nada sirve, como no sea el todo». Seguiremos discrepando con Andrea Dworkin, que en su obra posterior osciló a posiciones muchas veces problemáticas, reduccionistas, que tejió alianzas conservadoras al entrar en una cruzada moralista contra la pornografía o el trabajo sexual, pero la lectura de *Odiar a las mujeres* permite, al menos, complejizar la mirada sobre su proyecto filosófico. Volver a leerlo me ha permitido reencontrarme con la adolescente que fui y que en su día halló todo cuanto había de valioso en su vehemencia. Ojalá sirva este prólogo para aportar a quien entre en la obra de Dworkin las herramientas necesarias para juzgarla con la atención suficiente: por lo bueno y por lo malo, por lo brillante y por sus omisiones, por su radicalidad y repulsión.

ELIZABETH DUVAL

Agradecimientos

Ricki Abrams y yo comenzamos a escribir este libro juntas en Ámsterdam, Holanda, en diciembre de 1971. Trabajamos muy duro y a lo largo de mucha vida y después, por varias razones, nuestros caminos se separaron. Ricki se fue a Australia, luego a la India. Yo regresé a Amérika.(2) Así que el libro, en sus primeras piezas y fragmentos, se convirtió en mío, ya que la responsabilidad de terminarlo pasó a ser mía. Quiero expresar aquí mi agradecimiento a Ricki por el trabajo que hicimos y el tiempo que pasamos juntas, y por este libro que surgió de aquel momento y acabó por trascenderlo.

ANDREA DWORKIN

Odiar a las mujeres

Hay una miseria del cuerpo y una miseria de la mente, y si las estrellas, cada vez que las miramos, vertieran néctar en nuestras bocas y la hierba se convirtiera en pan, todavía estaríamos tristes. Vivimos en un sistema que fabrica dolor, derramándolo fuera de su molino, las aguas del dolor, el océano, la tormenta, y nos ahogamos, muertos, demasiado pronto.

[…] el levantamiento es la inversión del sistema, y la revolución es el cambio de rumbo.

JULIAN BECK, *The Life of the Theatre*

La Revolución no es un acto que dure dos o tres días, en el que se ahorca y se fusila. Es un proceso prolongado en el que se crean nuevas personas, capaces de renovar la sociedad para que la revolución no reemplace a una élite con otra, sino para que la revolución cree una nueva estructura antiautoritaria con personas antiautoritarias que a su vez reorganicen la sociedad para que esta se convierta en una sociedad humana no alienada, libre de guerra, hambre y explotación.

RUDI DUTSCHKE, 7 de marzo de 1968

No le enseñas a alguien a contar solo hasta ocho. No le dices que el nueve y el diez y más allá no existen. Si no le das todo a la gente, no será capaz de

contar. Tiene que haber una revolución real o no habrá revolución.

PERICLES KOROVESSIS, en una entrevista
en *Libération*, junio de 1973

Introducción

Este libro es una acción, una acción política cuya meta es la revolución. No tiene otro propósito. No es sesuda sabiduría ni patrañas académicas, ni ideas talladas en granito o destinadas a la inmortalidad. Es parte de un proceso y su contexto es el cambio. Forma parte de un movimiento planetario para reestructurar las formas comunitarias y la conciencia humana con el fin de que las personas tengan poder sobre su propia vida, participen plenamente en la comunidad y vivan con dignidad y libertad.

El compromiso de poner fin a la dominación masculina como realidad psicológica, política y cultural fundamental de la vida terrestre es el compromiso revolucionario fundamental. Es un compromiso con la transformación del yo y la transformación de la realidad social a todos los niveles. El principal objetivo de este libro es un análisis del sexismo (ese sistema de dominación masculina); definir qué es, cómo opera sobre nosotras y en nosotras. Sin embargo, quiero hablar brevemente sobre dos problemas que, aunque son tangenciales a ese análisis, resultan cruciales para el desarrollo del programa y la conciencia revolucionarios. La primera es la naturaleza del movimiento de las mujeres como tal y la segunda tiene que ver con el trabajo de la escritora.

Hasta la aparición de la brillante antología *Sisterhood Is Powerful* y el extraordinario libro de Kate Millett *Política sexual*, las mujeres no se consideraban a sí mismas como personas oprimidas. La mayoría de las mujeres, hay que admitirlo, siguen sin sentirse así. Pero el movimiento de las mujeres como un movimiento de liberación radical en Amérika se puede fechar a partir de la aparición de esos dos libros. A medida que recuperamos nuestra *herstory*,(3) descubrimos que hubo un movimiento feminista que se organizó para lograr el voto de las mujeres. Descubrimos que esas feministas también eran fervientes abolicionistas de la esclavitud. Las mujeres «salieron» de los armarios, las cocinas y los dormitorios para aparecer como abolicionistas en reuniones públicas, en los periódicos y en las calles. Dos heroínas del movimiento abolicionista fueron las activistas negras Sojourner Truth y Harriet Tubman, que se erigen como modelos revolucionarios prototípicos.

Esas primeras feministas amerikanas pensaban que el sufragio era la clave para la participación en la democracia amerikana y que, libres y con derecho a voto, las antiguas esclavas serían de hecho libres y con derecho a voto. Esas mujeres no imaginaban que a los negros se les negaría efectivamente el voto a través de pruebas de alfabetización, calificaciones de propiedad y la acción policial por parte de racistas blancos civiles. Tampoco imaginaron la doctrina del «separados pero iguales» y los usos que se le darían.

El feminismo y la lucha por la liberación negra eran parte de un todo imperativo. Ese conjunto se llamó, quizá ingenuamente, «lucha por los derechos humanos». El caso es que la conciencia, una vez que se experimenta, ya no se puede negar. Una vez que las mujeres se vieron a sí mismas como activistas y empezaron a comprender la

realidad y el significado de la opresión, comenzaron a articular un feminismo políticamente consciente. Su enfoque, su objetivo concreto, era lograr el sufragio para las mujeres.

El movimiento de las mujeres se formalizó en 1848 en Seneca Falls, cuando Elizabeth Cady Stanton y Lucretia Mott, ambas activistas abolicionistas, convocaron una convención. En esa convención se redactó la *Declaración de Derechos y Sentimientos de Seneca Falls*, que hasta el día de hoy se considera una importante declaración feminista.

Al luchar por el voto, las mujeres desarrollaron muchas de las tácticas que se utilizaron, casi un siglo después, en el Movimiento por los Derechos Civiles. Para cambiar las leyes, las mujeres tenían que transgredirlas. Para cambiar las convenciones, las mujeres tenían que transgredirlas. Las feministas (sufragistas) eran activistas políticas militantes que utilizaban las tácticas de la desobediencia civil para alcanzar sus objetivos.

La lucha por el voto empezó oficialmente con la Convención de Seneca Falls en 1848. No fue hasta el 26 de agosto de 1920 que a las mujeres «les fue concedido» el voto por parte del amable electorado masculino. Las mujeres no imaginaban que el voto apenas tocaría, y mucho menos transformaría, su propia situación de opresión. Tampoco imaginaron que la doctrina del «separados pero iguales» se desarrollaría como una herramienta de dominación masculina. Tampoco imaginaron los usos que se le darían.

Siempre ha habido, además, feministas aisladas: mujeres que infringieron las restricciones del papel femenino, que desafiaron la supremacía masculina, que lucharon por el derecho al trabajo, o la libertad sexual, o la liberación de la esclavitud del contrato

matrimonial. A menudo eran personas elocuentes que hablaban de la opresión que sufrían por ser mujeres, pero las demás, bien educadas para cumplir su papel, no las escucharon.

Las feministas, sobre todo de manera individual, pero a veces en pequeños grupos de militantes, lucharon contra el sistema que las oprimía y lo analizaron, fueron condenadas a penas de prisión o al ostracismo, pero no había un reconocimiento general de su opresión entre las mujeres.

En los últimos cinco o seis años, ese reconocimiento se ha generalizado más y más entre las mujeres. Hemos empezado a comprender la extraordinaria violencia que se nos ha infligido, que se nos está infligiendo: cómo la educación sexista aborta el desarrollo de nuestras mentes, cómo unos imperativos de belleza opresivos violan nuestro cuerpo, cómo actúa la policía contra nosotras en casos de violación y agresión, cómo los medios de comunicación, las escuelas y las iglesias conspiran para negarnos la dignidad y la libertad, cómo la familia nuclear y el comportamiento sexual ritualizado nos encarcelan en roles y formas que nos degradan. Hemos desarrollado sesiones de concienciación para tratar de comprender el extraordinario alcance de nuestra desesperación, para tratar de sondear la profundidad y los límites de nuestra ira interiorizada, para tratar de encontrar estrategias que nos liberen de las relaciones de opresión, del masoquismo y la pasividad, de nuestra propia falta de respeto por nosotras mismas. Ha sido un proceso cargado de éxtasis y de dolor. Las mujeres se han ido descubriendo las unas a las otras, porque realmente ningún grupo oprimido había estado tan dividido y conquistado. Las mujeres comenzamos a lidiar con opresiones concretas: formar parte del

proceso económico, eliminar las leyes discriminatorias, recuperar el control sobre nuestras vidas y nuestros cuerpos, desarrollar la capacidad concreta de sobrevivir por cuenta propia. Las mujeres también comenzamos a articular análisis estructurales de la sociedad sexista; Millett lo hizo con *Política sexual*; en *Vaginal Politics*, Ellen Frankfort demostró los complejos y mortales prejuicios antimujer del sistema médico; en *Mujeres y locura*, la doctora Phyllis Chesler demostró que las instituciones mentales son prisiones para mujeres que se rebelan contra el papel socialmente definido como femenino.

Empezamos a vernos con claridad y lo que vimos fue terrible. Vimos que éramos, como escribió Yoko Ono, los «negratas», *niggers* del mundo, las esclavas del esclavo. Vimos que éramos los últimos negratas de la casa, lamiendo culos, inclinándonos, pisando huevos, arrastrando los pies. Reconocimos todo nuestro comportamiento social como un comportamiento aprendido que funcionaba para sobrevivir en un mundo sexista: nos pintábamos, sonreíamos, exponíamos piernas y culos, teníamos hijos y cuidábamos la casa para adaptarnos a la realidad de la política del poder.

La mayoría de las que comenzaron a articular la opresión de las mujeres eran mujeres blancas de clase media. Gastábamos, aunque no las ganáramos ni las controláramos nosotras, enormes sumas de dinero. Debido a nuestra participación en el estilo de vida de la clase media, éramos opresoras de otras personas: nuestras hermanas blancas pobres, nuestras hermanas negras, nuestras hermanas chicanas, así como de los hombres que a su vez las oprimían a ellas. Este tejido de opresión tan intrincado, que es la estructura de la clase racista de Amérika hoy en día, aseguraba que, dondequiera

que uno estuviera, tuviera al menos un pie pisándole el vientre a otro ser humano.

Como mujeres blancas de clase media, vivíamos en la casa del opresor-de-todos-nosotros que nos sustentaba mientras abusaba de nosotras, nos vestía mientras nos explotaba, nos «apreciaba» a cambio de las muchas funciones que desempeñábamos. Éramos las concubinas mejor alimentadas, mejor cuidadas, mejor vestidas y mejor dispuestas que el mundo haya conocido. No teníamos dignidad ni libertad real, pero teníamos buena salud y una larga vida.

El movimiento de las mujeres no se ocupó de este tema fundamental, y ese es su fracaso más terrible. Apenas ha habido un reconocimiento de que la *destrucción* del estilo de vida de la clase media resulta crucial para el desarrollo de formas comunitarias decentes en las que todas las personas puedan ser libres y tener dignidad. Desde luego, no existe un programa para abordar las realidades del sistema de clases en Amérika. Por el contrario, la mayor parte del movimiento de las mujeres, con una ceguera pasmosa, se ha negado a asumir ese tipo de responsabilidad. Solo el movimiento de cuidado infantil ha reflejado de alguna manera, o cubierto de un modo pragmático, las necesidades concretas de todas las clases de mujeres. La ira contra la administración Nixon por recortar los fondos del cuidado infantil es, en el mejor de los casos, ingenua. Dada la estructura de la política de poder y el capital en Amérika, es ridículo esperar que el Gobierno Federal actúe en interés del pueblo. El dinero del que disponen las mujeres de clase media que se identifican como feministas debe canalizarse hacia los programas que queremos desarrollar, y somos nosotras quienes

debemos desarrollarlos. En general, las mujeres de clase media se han negado en redondo a tomar medida alguna o un compromiso que interfiera, amenace o altere significativamente su estilo de vida, un nivel de vida adinerado y privilegiado.

El análisis del sexismo que contiene este libro define con claridad qué es la opresión de las mujeres, cómo funciona, cómo está arraigado en la psique y la cultura. Pero dicho análisis es inútil a menos que esté ligado a una conciencia política y un compromiso que redefinan por entero la comunidad. No se puede ser libre, nunca, jamás, en un mundo sin libertad, y cuando pretendemos redefinir la familia, la Iglesia, las relaciones de poder, todas las instituciones que habitan y ordenan nuestras vidas, no es posible aferrarse a los privilegios y la comodidad. Tratar de hacerlo es destructivo, criminal e intolerable.

La naturaleza de la opresión de las mujeres es única: las mujeres son oprimidas por el hecho de ser mujeres, independientemente de su clase o raza; algunas mujeres tienen acceso a una riqueza considerable, pero esa riqueza no significa poder; las mujeres se encuentran en todas partes, pero no poseen ni controlan un territorio apreciable; las mujeres viven con quienes las oprimen, duermen con ellos, dan a luz a sus hijos; estamos atrapadas, al parecer sin esperanza, en las entrañas de una maquinaria y una forma de vida que nos resultan perjudiciales. Y lo que quizá es más importante: la mayoría de las mujeres tiene un escaso sentido de la dignidad, del respeto por sí mismas o de fortaleza, ya que esas cualidades están directamente relacionadas con la hombría. En *Revolutionary Suicide*, Huey P. Newton nos dice que los Panteras Negras no usaban armas porque fueran símbolos de hombría, sino

que encontraron el valor para actuar como lo hicieron porque eran hombres. Cuando las mujeres encontramos el valor para defendernos, para tomar partido contra la brutalidad y el abuso, estamos violando toda noción de feminidad que nos hayan enseñado. El camino hacia la libertad para las mujeres está destinado a ser tortuoso solo por esa razón.

El análisis de este libro se aplica a las situaciones de vida de todas las mujeres, pero no todas las mujeres se encuentran necesariamente en un estado de emergencia primaria como mujeres. Lo que quiero decir con esto es simple. Como judía en la Alemania nazi, sería oprimida como mujer, pero perseguida y masacrada como judía. Como nativa americana, sería oprimida como mujer, pero perseguida y masacrada como nativa americana. Esa primera identidad, la que trae consigo como parte de su definición la muerte, es la identidad de emergencia primaria. Este reconocimiento es importante porque nos libera de una grave confusión. El hecho, por ejemplo, de que muchas mujeres negras (en ningún caso todas) experimenten una emergencia primaria como negras no disminuye de ninguna manera la responsabilidad de la comunidad negra de asimilar este y otros análisis del sexismo y aplicarlo en su propio trabajo revolucionario.

Como escritora con un compromiso revolucionario, me duele especialmente el tipo de libros que están escribiendo los escritores y las razones por las que lo hacen. Quiero que los escritores escriban libros porque están comprometidos con el contenido de sus libros. Quiero que los escritores escriban libros que sean acciones. Quiero que los escritores escriban libros que puedan cambiar la manera de vivir de la gente, e incluso los motivos por los que vive. Quiero que

los escritores escriban libros por los que valga la pena ir a la cárcel, por los que valga la pena luchar y, si se diera el caso en este país, por los que valga la pena morir.

En Amérika, los libros son, en su mayor parte, productos comerciales. La gente los escribe para ganar dinero, para hacerse famoso, para construir o ampliar otras carreras. La mayoría de los amerikanos no leen libros, prefieren la televisión. Los académicos encierran los libros en una enmarañada red de abstracción y pajas mentales. Lo que transmiten es que por un lado están las ideas, luego el arte y, en otro lugar, sin relación alguna, la vida. Lo que transmiten es que tener una idea decente o moral es ser una persona decente o moral. Debido a esta extraña esquizofrenia, los libros y su escritura se han convertido en el bordado decorativo de una forma de vida moribunda. Debido a que existe un desprecio por el proceso de escritura, por la escritura como una forma de descubrir el significado y la verdad, y por la lectura como una parte de ese mismo proceso, destruimos sistemáticamente a los pocos escritores serios que tenemos. Los convertimos en figuras de cómic, minamos toda su privacidad, su coraje y su sentido común, exorcizamos su visión como deporte, les exigimos que nos entretengan o serán ignorados hasta el olvido. Y es una gran tragedia, porque el trabajo del escritor nunca ha sido tan importante como lo es ahora en Amérika.

Muchos ven que, en este país de pesadilla, el lenguaje no tiene sentido y la obra del escritor está arruinada. Muchos ven que el triunfo de la conciencia autoritaria es su capacidad para hacer que la palabra hablada y escrita carezca de sentido, de manera que no podamos hablar ni escucharnos unos a otros. El trabajo del escritor

consiste en reclamar el lenguaje de aquellos que lo usan para justificar el asesinato, el saqueo, la violación. El escritor puede y debe hacer el trabajo revolucionario de usar las palabras para comunicarse, como comunidad.

Quienes amamos leer y escribir creemos que ser escritor es un deber sagrado. Significa decir la verdad. Significa ser incorruptible. Significa no tener miedo y no mentir nunca. Quienes amamos leer y escribir sentimos un gran dolor porque muchas personas que escriben libros se han convertido en unos cobardes, unos payasos y unos mentirosos. Quienes amamos leer y escribir estamos empezando a sentir un desprecio mortal por los libros, porque vemos que los escritores se compran y se venden en el mercado: los vemos vendiendo sus productos deslustrados en cada esquina. Siguiendo el estilo de vida amerikano, demasiados escritores venderían a sus madres por un centavo.

Mantener el deber sagrado del escritor consiste simplemente en respetar a la gente y amar a la comunidad. Violar ese deber es abusar de uno mismo y hacer daño a los demás. Creo que el escritor tiene una función vital en la comunidad y una responsabilidad absoluta hacia las personas. Pido que este libro se juzgue dentro de ese contexto.

En concreto, *Odiar a las mujeres* trata sobre mujeres y hombres, sobre los papeles que desempeñan y la violencia que hay entre ellos. Comenzamos con los cuentos de hadas, los primeros escenarios de mujeres y hombres que moldean nuestra psique, que se nos enseñan antes de que podamos pensar de otra manera. Después pasamos a la pornografía, donde encontramos los mismos escenarios, explícitamente sexuales y ahora más reconocibles, como

nosotros mismos, mujeres carnales y hombres heroicos. Pasamos a la historia femenina, la *herstory*: el vendado de pies en China, la quema de brujas en Europa y Amérika. De este modo vemos que las definiciones de las mujeres de los cuentos de hadas y de la pornografía funcionan en la realidad, la aniquilación real de las mujeres reales —el aplastamiento de su libertad, su voluntad y su vida hasta reducirlas a la nada—, cómo se las ha forzado a vivir y cómo se las ha forzado a morir. Vemos la magnitud del crimen, la magnitud de la opresión, la angustia y la miseria que son consecuencia directa de la definición del rol opuesto, de las mujeres definidas como carnales, malvadas y como «lo otro». Entendemos que es la estructura de la cultura la que diseña las muertes, las violaciones, la violencia y buscamos alternativas, formas de destruir la cultura tal como la conocemos y reconstruirla tal como la podemos imaginar.

Sin embargo, escribo con una herramienta rota, un lenguaje que es sexista y discriminatorio hasta la médula. Trato de hacer las distinciones, no «historia» como toda la historia humana, no «hombre» como el término genérico para la especie, no «hombría» como sinónimo de coraje, dignidad y fuerza. Pero no he tenido mucho éxito a la hora de reinventar el lenguaje.

Este trabajo no se hizo de forma aislada. Le debe mucho a otras personas. Agradezco a mis hermanas que en todas partes se rebelan, por sí mismas, contra la opresión. Agradezco a mis hermanas, a las mujeres que están buscando en nuestro pasado común, escribiéndolo para que podamos conocerlo y estar orgullosas. Agradezco a mis hermanas, esas mujeres en particular cuyo trabajo ha contribuido tanto a mi propia conciencia y

resolución: Kate Millett, Robin Morgan, Shulamith Firestone, Judith Malina y Jill Johnston.

También doy las gracias a aquellos otros que, a través de sus libros y sus vidas, me han enseñado tanto; en particular, Allen Ginsberg, James Baldwin, Daniel Berrigan, Jean Genet, Huey P. Newton, Julian Beck y Timothy Leary.

Doy las gracias a mis amigos en Ámsterdam, que han sido mi familia durante la escritura de gran parte de este libro y que me han ayudado en momentos muy difíciles.

Doy las gracias a Mel Clay, que ha creído en este libro desde sus comienzos más oscuros, a los editores de *Suck* y, en concreto, a Susan Janssen, Deborah Rogers, Martin Duberman y Elaine Markson, que ha sido maravillosa conmigo. Doy las gracias a Marian Skedgell por su ayuda y amabilidad. Doy las gracias a Brian Murphy, que trató de decirme hace mucho tiempo que O era una persona oprimida. El capítulo 3 está dedicado a Brian.

Doy las gracias a Karen Malpede y Garland Harris por su apoyo y ayuda. Doy las gracias a Joan Schenkar por empujarme un poco más lejos de lo que estaba dispuesta o era capaz de avanzar.

Doy las gracias a Grace Paley, Karl Bissinger, Kathleen Norris y Muriel Rukeyser. Sin su amor y amistad, este trabajo nunca habría salido adelante. Sin sus ejemplos de fortaleza y compromiso, no sé quién sería ni cómo.

Doy las gracias a mi hermano Mark y a mi cuñada Carol por su amistad, calidez y confianza. Y doy las gracias a mis padres, Sylvia y Harry Dworkin, por su devoción y apoyo durante todos estos años, que deben de haberles parecido interminables, mientras su hija estaba aprendiendo a hacer su oficio. Les doy las gracias por criarme

con verdadero cariño y ternura, por creer en mí para que yo pudiera aprender a creer en mí misma.

ANDREA DWORKIN

Nueva York, julio de 1973

PRIMERA PARTE

Los cuentos de hadas

No puedes ser libre si estás contenido dentro de una ficción.

JULIAN BECK, *The Life of the Theatre*

Había una vez una bruja malvada y su nombre era

Lilith
Eva
Agar
Jezabel
Dalila
Pandora
Jahi
Tamar

y había una bruja malvada y también se la llamaba diosa y su nombre era

Kali
Fátima
Artemisa
Hera
Isis
María
Ishtar

y había una bruja malvada y también se la llamaba reina y su nombre era

Betsabé

Vasti
Cleopatra
Helena
Salomé
Isabel
Clitemnestra
Medea

y había una bruja malvada y también se la llamaba bruja y su nombre era

Juana
Circe
Morgana
Tiamat
María Lionza
Medusa

y esto es lo que tenían en común: que eran temidas, odiadas, deseadas y veneradas.

Cuando entramos en el mundo de los cuentos de hadas, es difícil dar con el lugar concreto donde se separan la leyenda y la historia. Queremos localizar el momento preciso en que la ficción penetra en la psique como realidad y la historia comienza a reflejarla. O viceversa. Las mujeres viven en los cuentos de hadas como figuras mágicas, como belleza, peligro, inocencia, malicia y codicia. En los personajes de estos cuentos —la bruja malvada, la bella princesa, el príncipe heroico— encontramos lo que la cultura quiere que pensemos sobre quiénes somos.

El caso es que nosotros no hemos dado forma a ese mundo antiguo, sino que él nos ha formado a nosotros. Nos lo tragamos entero de niños, sus valores y su conciencia se imprimieron en nuestra mente como absolutos culturales mucho antes de que fuéramos hombres y mujeres de verdad. Nos llevamos con nosotros los cuentos de hadas de la infancia a la madurez, masticados pero todavía en el estómago, como una identidad real. Entre Blancanieves y su heroico príncipe, nuestras dos grandes ficciones, nunca encontramos demasiadas posibilidades. En algún momento tuvo lugar la Gran Divisoria: ellos (los niños) soñaban con montar el Gran Corcel y comprarle a Blancanieves a los enanos; nosotras (las niñas) aspirábamos a convertirnos en ese objeto de la lujuria de todo necrófilo: la inocente y *victimizada* Bella Durmiente, hermoso pasmarote de bondad durmiente y suprema. A nuestro pesar, a veces sin saberlo, a veces a sabiendas, reticentes, incapaces de hacer otra cosa, representamos los roles que nos enseñaron.

Aquí está el comienzo, donde aprendemos quiénes debemos ser, así como la moraleja de la historia.

1

Habíaunavez. Los roles

La muerte es ese remedio con el que sueñan todos los cantantes
ALLEN GINSBERG

La cultura predetermina quiénes somos, cómo nos comportamos, qué queremos saber, qué somos capaces de sentir.

Nacemos inmersos en un rol sexual que está determinado por el sexo visible o género.

Recorremos escenarios explícitos de paso, del nacimiento a la juventud, a la madurez y a la vejez, y después morimos.

En el proceso de adhesión a los roles sexuales, como consecuencia directa de los imperativos de esos roles, cometemos homicidio, suicidio y genocidio.

La muerte es nuestro único remedio. Imaginamos el cielo. Allí no hay sufrimiento, decimos. Allí no hay sexo, decimos. Lo que queremos decir es que allí no hay cultura. Lo que queremos decir es que allí no hay género. Soñamos que la muerte nos liberará del sufrimiento, de la culpa, del sexo, del cuerpo. Reconocemos el cuerpo como la fuente de nuestro sufrimiento. Soñamos con una

muerte que suponga desprendernos de él porque aquí en la tierra, en nuestro cuerpo, estamos fragmentados, angustiados, ya seamos hombres o mujeres, atados por el simple hecho de tener un cuerpo destinado a un rol que es aniquilador, totalitario, que nos prohíbe ser nosotros mismos o realizarnos de verdad.

Los cuentos de hadas son la información primordial de la cultura. Definen los papeles, las interacciones y los valores que tenemos a nuestra disposición. Son nuestros modelos de infancia y su contenido temible y espantoso nos aterroriza hasta la sumisión; si no somos buenos, el mal nos destruirá; si no logramos el final feliz, nos ahogaremos en el caos. A medida que crecemos, olvidamos el terror: las brujas malvadas y su sofocante malicia. Recordamos paradigmas románticos: el príncipe heroico besa a la Bella Durmiente, el príncipe heroico busca a Cenicienta por todo el reino, el príncipe heroico se casa con Blancanieves. Pero el terror permanece como el sustrato de la relación hombre-mujer; el terror permanece y nunca nos recuperamos o dejamos de actuar motivados por él. Los hombres adultos están aterrorizados por la bruja malvada, internalizada en los rincones más profundos de la memoria. Las mujeres no están menos aterrorizadas, porque sabemos que no ser pasivas, inocentes e indefensas equivale a ser activamente malvadas.

Así que nuestro tema, en realidad, es el terror.

La madre como figura de terror

> Ya sea «instintivo» o no, el papel materno en la constitución sexual se origina en el hecho de que solo la mujer está necesariamente presente al nacer. Solo la mujer tiene una conexión directa y fácilmente identificable con el niño, un vínculo en el que la sociedad puede confiar. Este sentimiento maternal es la raíz de la comunidad humana.
>
> GEORGE GILDER, *Sexual suicide*

La madre biológica de Blancanieves era una reina pasiva y buena que se sentaba en su ventana y bordaba. Un día se pinchó el dedo —sin duda todo un acontecimiento en su vida— y se le cayeron tres gotas de sangre en la nieve. De alguna manera, eso la llevó a desear un niño «tan blanco como la nieve, tan rojo como la sangre y tan negro como la madera del marco de bordado».[1] Poco después, tuvo una hija con «la piel blanca como la nieve, los labios rojos como la sangre y el cabello negro como el ébano».[2] Entonces, murió.

Un año después, el rey se volvió a casar. Su nueva esposa era guapa, codiciosa y orgullosa. De hecho, era ambiciosa y reconocía que la belleza era una moneda de cambio en el reino masculino, que la belleza se traducía directamente en poder porque significaba admiración masculina, alianza masculina, devoción masculina.

La nueva reina tenía un espejo mágico y le preguntaba: «Espejo mágico, ¿quién es la más bella?».[3] E, inevitablemente, la reina era la más bella (si hubiera otra más bella, podemos suponer que el rey se habría casado con ella).

Un día, la reina le preguntó a su espejo quién era la más bella, y el espejo respondió: «Reina, tú eres muy bella, es cierto, pero Blancanieves es más bella que tú».[4] Blancanieves tenía siete años.

La reina se puso «amarilla y verde de envidia, y desde ese momento su corazón se volvió contra Blancanieves y la odió. Y la envidia y el orgullo crecieron en su corazón como malas hierbas, cada día más alto, hasta que no hallaba paz…».[5]

Pues bien, todos sabemos lo que hacen los países para lograr la paz, y la reina no era menos ingeniosa (habría sido una excelente jefa de Estado). Ordenó a un cazador que llevara a Blancanieves al bosque, la matara y le trajera su corazón. El cazador, un buen tipo sin mucha inspiración, no pudo matar a la tierna criatura, por lo que la soltó en el bosque, mató a un jabalí y le llevó el corazón a la reina. El corazón se mandó «salar y cocinar, y la malvada mujer se lo comió, pensando que los días de Blancanieves habían llegado a su fin».[6]

Blancanieves llegó a la casa de los siete enanitos, quienes le dijeron que podía quedarse con ellos «si nos llevas la casa, y cocinas, y lavas, y haces las camas, y coses, y tejes, y mantienes todo ordenado y limpio».[7] La adoraban.

La reina, a quien ahora podemos llamar con convicción la reina «malvada», descubrió por su espejo que Blancanieves todavía estaba viva y era más bella que ella. Intentó matarla varias veces, y en cada ocasión ella caía presa de un sueño profundo, pero nunca terminaba de morir. Finalmente, la malvada reina preparó una manzana envenenada y consiguió que Blancanieves, siempre alerta, la mordiese. La joven murió, o pasó a estar más muerta de lo

habitual, porque el espejo de la malvada reina confirmó que ella era la más bella del reino.

Los enanos, que amaban a Blancanieves, no podían soportar enterrarla bajo tierra, por lo que la metieron en un ataúd de vidrio y lo colocaron en la cima de una montaña. El príncipe heroico justo pasaba por allí e inmediatamente se enamoró de Blancanieves-bajo-el-cristal, y compró la mujer (¿o cosa?) a los enanos que la amaban. Mientras los sirvientes llevaban el ataúd detrás del caballo del príncipe, el pedazo de manzana envenenada que Blancanieves se había tragado «salió volando de su garganta».[8] Pronto revivió por completo, es decir, no mucho. El príncipe la colocó directamente en la categoría de «cosa», y situó también el matrimonio en su debida perspectiva cuando le propuso la felicidad conyugal: «Preferiría tenerte a ti que a cualquier otra cosa en el mundo».[9] La reina malvada fue invitada a la boda, a la que asistió porque su espejo le dijo que la novia era más hermosa que ella. En la boda «tenían preparados unos zapatos de hierro al rojo vivo, con los que tenía que bailar hasta que cayera muerta».[10]

La situación materna de Cenicienta era la misma. Su madre biológica era buena, piadosa, pasiva, y murió bien pronto. Su madrastra era codiciosa, ambiciosa y despiadada. Su ambición pasaba por que sus propias hijas consiguieran buenos matrimonios. Mientras tanto, obligaba a Cenicienta a hacer las pesadas tareas domésticas, y cuando esta terminaba de trabajar, arrojaba lentejas a las cenizas de la estufa y le mandaba que separara las lentejas de las cenizas. La malicia de la madrastra hacia Cenicienta no era arbitraria ni irracional. Al contrario, su propia aceptación social dependía de con quién lograra casar a sus hijas. Cenicienta suponía

una amenaza real para ella. Al igual que la madrastra de Blancanieves, para quien la belleza era poder y ser la más bella era ser la más poderosa, la madrastra de Cenicienta sabía cómo funcionaba la estructura social y estaba decidida a tener éxito a su manera.

Es de suponer que la madrastra de Cenicienta actuaba movida por el amor materno hacia su propia descendencia biológica. Se sabe que el amor materno es trascendente, sagrado, noble y desinteresado. Casualmente, también es un fundamento de la civilización humana (dominada por los hombres) y es la base real de la sexualidad humana (dominada por los hombres):

> [Cuando el príncipe comenzó a buscar a la mujer cuyo pie se ajustara a la zapatilla de oro] las dos hermanas estaban muy contentas, porque tenían los pies muy bonitos. La mayor fue a su habitación a probarse el zapato y su madre se quedó a su lado. Pero no pudo meter el dedo gordo del pie, porque el zapato era demasiado pequeño; entonces su madre le entregó un cuchillo y dijo:
>
> «Córtate el dedo del pie, porque cuando seas reina nunca tendrás que ir a pie». Así que la niña se cortó el dedo del pie y apretó su pie en el zapato, ocultó el dolor y se acercó al príncipe. Y este se la llevó en su caballo como su novia. […].
>
> Entonces el príncipe miró su zapato y vio que sangraba. Y dio la vuelta a su caballo y llevó a la falsa novia a casa otra vez, diciendo que ella no era la correcta, y que la otra hermana debía probarse el zapato. Así que entró en su habitación para hacerlo, y metió los dedos de los pies sin problemas, pero el talón era demasiado grande. Entonces su madre le entregó el cuchillo y le dijo: «Córtate un pedazo del talón; cuando seas reina nunca tendrás que ir a pie».
>
> Así que la muchacha se cortó un trozo del talón y metió el pie en el zapato, ocultó el dolor y se acercó al príncipe, que se la llevó como novia. […].
>
> Entonces el príncipe miró su pie y vio cómo manaba la sangre.[11]

La madrastra de Cenicienta había entendido correctamente que su único propósito en la vida era casar a sus hijas. Su objetivo era la movilidad social ascendente y su crueldad estaba en consonancia con los valores del mercado.(4) Amaba a sus hijas de la misma manera que Nixon ama la libertad de los indochinos, y con el mismo resultado. El amor en una sociedad dominada por hombres es ciertamente algo maravilloso.

La madre de Rapunzel tampoco era precisamente una ganadora. Sin duda, algo de instinto maternal tenía: había «deseado un hijo durante mucho tiempo, pero en vano».[12] En algún momento durante su anhelo tuvo un antojo de ruiponce, una hierba que crecía en el jardín de su vecina y compañera, la bruja. Convenció a su marido para que robara el ruiponce del jardín de la bruja, pero cada día quería más. Cuando la bruja descubrió el robo, le hizo esta oferta: «Puedes coger tanto ruiponce como quieras, con una condición: me darás al niño que venga al mundo. Todo le irá bien y yo lo cuidaré como una madre».[13]

La mamá no se lo pensó dos veces: cambió a Rapunzel por una hierba. A la madre adoptiva de Rapunzel, la bruja, no le fue mucho mejor con ella:

> Cuando tenía doce años, la bruja la encerró en una torre en medio de un bosque, y no tenía escaleras ni puerta, solo una pequeña ventana arriba. Cuando la bruja deseaba que la dejaran entrar, se ponía debajo y gritaba: «¡Rapunzel, Rapunzel! ¡Deja caer tu pelo!».[14]

El heroico príncipe, habiendo terminado con Blancanieves y Cenicienta, se topó ahora con Rapunzel. Cuando la bruja descubrió

el amorío, golpeó a Rapunzel, le cortó el pelo y la enclaustró «en un lugar baldío y desértico, donde vivió con gran aflicción y miseria». [15] Después, la bruja se enfrentó al príncipe, que cayó de la torre y quedó ciego por las espinas. (Se recuperó cuando encontró a Rapunzel y luego vivieron felices para siempre).

Hansel y Gretel también tenían una madre. Esta, simplemente, los abandonó:

> Te diré una cosa, esposo. […] Llevaremos a los niños temprano en la mañana al bosque, donde es más espeso; les haremos un fuego, y les daremos a cada uno un pedazo de pan, luego iremos a nuestro trabajo y los dejaremos solos; nunca volverán a encontrar el camino a casa y nos habremos librado de ellos.[16]

Hambrientos, perdidos, asustados, los niños encuentran una casa de caramelo que pertenece a una anciana que es amable con ellos, los alimenta y los acoge. Les habla como a sus hijos y demuestra su compromiso maternal al prepararse para canibalizarlos.

Estas madres de cuento de hadas son figuras femeninas mitológicas. Nos definen el carácter femenino y describen sus posibilidades existenciales. Si es buena, pronto está muerta. De hecho, cuando es buena, es tan pasiva en la vida que la muerte tan solo ha de ser más de lo mismo. Aquí descubrimos el principio cardinal de la ontología sexista: la única mujer buena es una mujer muerta. Cuando es mala vive, o cuando vive es mala. Tiene una función real: la maternidad. En esa función, debido a que es activa, se caracteriza por una malicia abrumadora, una codicia acuciante, una avaricia incontenible. Es despiadada, brutal, ambiciosa, un peligro para los niños y otros seres vivos. Ya la llamen madre, reina,

madrastra o bruja malvada, es la bruja malvada, el contenido de la pesadilla, la fuente del terror.

El hermoso pasmarote de bondad suprema

¿Qué puede hacer? Crece,
sangra. Duerme.
Camina. Habla,
cantando: «el amor me tiene, me tiene».

Kathleen Norris

Para que una mujer sea buena, debe estar muerta o lo más muerta posible. La catatonia es la cualidad más destacada de la buena mujer.

La Bella Durmiente durmió durante cien años después de pincharse el dedo con un huso. El beso del heroico príncipe la despertó. Él se enamoró de ella mientras dormía, ¿o fue precisamente porque dormía?

Blancanieves ya estaba muerta cuando el heroico príncipe se enamoró de ella. «Os ruego —suplicó a los siete enanitos— que me la deis, porque no puedo vivir sin mirar a Blancanieves».[17] Pero aquella «cosa», al despertar, no se distinguía mucho de cuando dormía.

Cenicienta, la Bella Durmiente, Blancanieves, Rapunzel: todas se caracterizan por la pasividad, la belleza, la inocencia y la victimización. Son mujeres buenas arquetípicas, víctimas por

definición. Nunca piensan, actúan, inician, confrontan, resisten, desafían, sienten, cuidan o cuestionan. A veces se ven obligadas a hacer las tareas domésticas.

Tienen un escenario de paso. Son trasladadas, como seres inertes, de la casa de la madre a la casa del príncipe. Primero son objeto de malicia, después son objeto de adoración romántica. Pero no hacen nada que justifique una cosa o la otra.

Esa otra figura de la bondad femenina, el hada buena, aparece de vez en cuando para proporcionar ropa o virtud. Su poder no puede igualar, sino tan solo moderar ocasionalmente, el poder de la bruja malvada. Aunque sí hay una actividad física en la que sobresale: agitar su varita. Es bella, buena y sobrenatural. Y, sobre todo, desaparece.

Estas figuras del bien femenino son los modelos heroicos de los que disponen las mujeres. Y el final de la historia es, al parecer, el objetivo de cualquier vida femenina. Dormir, ¿acaso soñar?

El príncipe, el verdadero hermano

> El hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere —sobre todo muere—, el que come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere; el hombre que se ve y a quien se oye, el hermano, el verdadero hermano.
>
> Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*

Él es guapo y heroico. Es un príncipe, es decir, es poderoso, noble y bueno. Va a caballo. Viaja por todas partes. Tiene una misión, un propósito, que cumple invariablemente. Es una persona de valor y una persona que vale la pena. Es fuerte y sincero.

Por supuesto, no es real, y los hombres sufren tratando de convertirse en él. Sufren, y asesinan, y violan, y saquean. Ahora utilizan aviones con ese fin.

Lo que importa es que es poderoso y bueno, que su poder es, por definición, bueno. Lo que importa es que él importa, actúa, tiene éxito.

Puede decirse que, en realidad, no tiene muchas luces.

Por ejemplo, no sabe distinguir a Cenicienta de sus dos hermanastras, a pesar de que bailó con ella y es de suponer que también habló con ella. Su amor recurrente por los cadáveres tampoco parece indicar una inteligencia demasiado dinámica. El hecho de que se caiga desde la torre sobre unas espinas no apunta siquiera a que esté en buenas condiciones físicas, aunque, a diferencia de sus contrapartes modernas, nunca se cae del caballo ni arrasa el pueblo equivocado.

La verdad es que es poderoso y bueno cuando se lo compara con ella. Cuanto más mala es ella, mejor es él. Cuanto más muerta está ella, mejor es él. Esa es una moraleja de la historia, la razón de que haya una definición dual de los roles y de la miserable realidad del hombre como héroe.

El marido, el verdadero padre

> Quizá el deseo de los hombres de reclamar a sus hijos sea el impulso crucial de la vida civilizada.
>
> GEORGE GILDER, *Suicidio sexual*

En su mayoría son reyes, o bien nobles y ricos. Son, también por definición, poderosos y buenos. Nunca son responsables ni rinden cuentas por el mal que causan sus malvadas esposas. Lo más habitual es que no se enteren de nada.

Por supuesto, no hay ningún fundamento racional para considerarlos poderosos o buenos. Porque mientras gobiernan o reinan, o lo que sea que hagan, sus esposas están masacrando y acosando a su amada progenie. Sin embargo, en algunas culturas había padres que no eran de cuento de hadas y simplemente mataban a sus hijas al nacer.

El padre de Cenicienta la veía todos los días. La veía recogiendo lentejas de entre las cenizas, vestida con harapos, deshonrada, insultada. Era un hombre bueno.

El padre de Hansel y Gretel también tenía buen corazón. Cuando su esposa le propuso que abandonaran a los niños en el bosque para que se murieran de hambre, él protestó de inmediato: «Es que las pobres criaturas me dan mucha pena».[18] Cuando Hansel y Gretel finalmente escaparon de la bruja y encontraron el camino a casa, «entraron corriendo por la puerta y se abalanzaron sobre el cuello de su padre. El hombre no había respirado tranquilo desde que dejó a sus hijos en el bosque [Hansel, al fin y al cabo, era varón]; pero la esposa había muerto».[19] No lo malinterpretéis, no

es que lo perdonaran, porque no había nada que perdonar. Toda la malicia se originó con la mujer. Él era un hombre bueno.

A pesar de que el padre del cuento de hadas, para empezar, se casa con la mujer malvada, no tiene ninguna conexión emocional con su hija, no interactúa de manera significativa con ella, la abandona y, lo que es peor, no se da cuenta de cuando está muerta y desaparecida, es la figura del bien masculino. Es el patriarca y, como tal, está más allá de la ley moral y la decencia humana.

Los roles de los que disponen mujeres y hombres están claramente articulados en los cuentos de hadas. La personalidad de cada uno está descrita vívidamente, al igual que los modos de relación posibles entre ellos. Vemos que las mujeres poderosas son malas y que las mujeres buenas son inertes. Vemos que los hombres siempre son buenos, sin importar lo que hagan o dejen de hacer.

También tenemos una representación explícita de la familia nuclear. En esa familia, el amor de una madre es destructivo, asesino. En esa familia, las hijas son objetos, prescindibles. La familia nuclear, tal como la encontramos definida en los cuentos de hadas, es un paradigma de la manera masculina de estar en el mundo, del mal femenino y de la victimización femenina. Es una cristalización de la cultura sexista, la estructura nuclear de esa cultura.

2

Habíaunavez. La moraleja de la historia

Que se jodan y se mueran, quien ha muerto es sagrado.
Honra a las hermanas de tus amigos.

Pedazo de mujer, pedazo de oportunidad,
pedazos.
La más solitaria de las mañanas
algo se mueve en el espejo.
Un truco de esclavo, supervivencia.
Recuerdo haber pensado, nuestra última vez:
si me mataras, moriría.

KATHLEEN NORRIS

No puedo vivir sin mi vida.

EMILY BRONTË

Las lecciones son sencillas y las aprendemos con facilidad.
Los hombres y las mujeres son diferentes, opuestos absolutos.

El príncipe heroico nunca podría confundirse con Cenicienta, Blancanieves o la Bella Durmiente. Ella nunca podría hacer lo que él hace, y mucho menos superarlo.

Los hombres y las mujeres son diferentes, opuestos absolutos.

El buen padre nunca podría confundirse con la mala madre. Sus cualidades son diferentes, antagónicas.

Cuando él está erguido, ella está tumbada. Cuando él está despierto, ella está dormida. Cuando él es activo, ella es pasiva. Cuando está erguida, despierta o activa, es malvada y debe ser destruida.

La cosa es así de simple; al menos, estructuralmente.

Ella es deseable en su belleza, pasividad y victimización. Es deseable precisamente porque es bella, pasiva y victimizada.

Su otra identidad, la madre malvada, es repulsiva en su crueldad. Es repulsiva y debe ser destruida. Ella es la protagonista femenina, la fuente de poder no masculina que debe ser vencida, aniquilada, para que el poder masculino pueda florecer por completo. Es repulsiva porque es malvada. Es malvada porque actúa.

Ella, la identidad malvada, es una caníbal. El canibalismo es repulsivo. Es un ser devorador y mágico. Es una devoradora y el macho no debe ser devorado.

Hay dos definiciones de mujer. Por un lado, está la mujer buena, que es una víctima. Por otro, está la mujer mala, que ha de ser destruida. La mujer buena debe ser poseída. La mujer mala debe ser asesinada o castigada. Ambas deben ser anuladas.

La mujer mala debe ser castigada, y si recibe suficiente castigo, se volverá buena. Recibir el suficiente castigo equivale a ser destruida.

Está la mujer buena, que es la víctima. La postura de victimización, la pasividad de la víctima exige abuso.

Las mujeres se esfuerzan por alcanzar la pasividad, porque las mujeres quieren ser buenas. El abuso que esa pasividad evoca convence a las mujeres de que son malas. Y las mujeres malas deben ser castigadas, destruidas, para poder volverse buenas.

Incluso una mujer que se esfuerza a conciencia por ser pasiva a veces hace algo. El solo hecho de que actúe provoca un abuso. El abuso provocado por esa actividad la convence de que es mala. Las mujeres malas deben ser castigadas, destruidas, para poder volverse buenas.

Podría pensarse que la moraleja de la historia excluye un final feliz. Pero no es así. La moraleja de la historia es el final feliz. Nos dice que la felicidad para una mujer está en ser pasiva, victimizada, destruida o dormida. Nos dice que la felicidad está reservada para la mujer que es buena —inerte, pasiva, victimizada— y que una mujer buena es una mujer feliz. Nos dice que el final feliz es cuando estamos acabadas, cuando vivimos sin nuestra vida o directamente no vivimos.

SEGUNDA PARTE

La pornografía

Entre mis hermanos, hay muchos que sueñan con el húmedo placer de los ochocientos dolores y humillaciones, pero yo soy del otro tipo: soy un esclavo que sueña con escape tras escape, solo sueño con escapar, ascender, con las mil formas posibles de hacer un agujero en la pared, con fundir los barrotes, escapar, con quemar toda la prisión si es necesario.

JULIAN BECK, *The Life of the Theatre*

Los estantes de las librerías están repletos de pornografía. Es un producto básico del mercado y, en los lugares donde es ilegal, prolifera y su precio se dispara. Desde *The Beautiful Flagellants of New York* hasta *Twelve Inches around the World*, se venden producciones baratas a precios desorbitados donde pueden verse penetraciones, mamadas, azotes, lamidas de pies, *gangbang*, etc., en sus formas más variadas, ya sea en el supermercado o en el mercado negro. La mayoría de la pornografía literaria es fácil de describir: repetitiva hasta la catatonia, mal concebida, simplista, brutal y muy fea. Entonces ¿por qué nos gastamos el dinero en eso? Entonces ¿por qué es eróticamente estimulante para grandes masas de hombres y mujeres?

La pornografía literaria es el escenario cultural de la relación masculino/femenino. Es el escenario colectivo de la relación amo/esclavo. Contiene una verdad cultural: hombres y mujeres dejan atrás el paisaje del cuento de hadas para llegar a los castillos del deseo erótico; la mujer, su carnalidad adulta y explícita, su papel como víctima adulta y explícita, su culpa adulta y explícita, su castigo vivido en carne propia, su aniquilación final: la muerte o sumisión completa.

La pornografía, como el cuento de hadas, nos dice quiénes somos. Es la estructura de la mente masculina y femenina, el contenido de nuestra identidad erótica compartida, el mapa de cada centímetro de nuestra opresión y desesperación. Aquí vamos más allá del terror infantil. Aquí el miedo es húmedo y real, y con razón. Aquí nos vemos obligados a plantear las preguntas reales: ¿por qué nos definen de esta manera y cómo podemos soportarlo?

3

La mujer como víctima. *Historia de O*

Historia de O, de Pauline Réage,(5) incorpora, junto con toda la pornografía literaria, principios y personajes ya definidos en mi reflexión sobre los cuentos de hadas infantiles. La mujer como figura de inocencia y maldad entra en el mundo adulto, el mundo brutal de los genitales. La hembra se manifiesta en su forma adulta: el coño. Aparece definida por el agujero que hay entre sus piernas. Además, *Historia de O* es más que mera pornografía. Pretende definir epistemológicamente lo que es una mujer, lo que necesita, sus procesos de pensamiento y sentimientos, su lugar apropiado. Vincula a hombres y mujeres en una danza erótica de cierta magnitud: la naturaleza sadomasoquista de O no es trivial; se formula como un principio cósmico que articula lo femenino de manera absoluta.

Además, O me interesa en particular porque en el pasado llegué a creer que era lo que afirman sus defensores: la revelación mística del destino verdadero, eterno y sacro de las mujeres. El libro se asimiló como un cristianismo palpitante, erótico y secular (el gozo en el sufrimiento puro, la mujer como figura de Cristo). Experimenté a O con el mismo abandono infantil que el crítico del *Newsweek* que escribió: «Lo que eleva a este fascinante libro por encima de la mera

perversidad es su movimiento hacia la trascendencia del yo a través de una entrega del yo [...], entregar el cuerpo, permitir que sea vejado, explotado y totalmente poseído puede ser un acto consecuente, si se hace con amor y por amor».[20] Cualquier valoración lúcida de O mostrará la situación, la condición de O, su comportamiento y, lo que es más importante, su actitud hacia su opresor como un escenario lógico que incorpora valores judeocristianos de servicio y autosacrificio y nociones universales de feminidad, un escenario lógico que demuestra la psicología de la sumisión y el autoodio que se encuentra en todos los pueblos oprimidos. O posee una importancia política asombrosa.

Veamos, entonces, la historia de O. El amante de O, René, la lleva a Roissy, donde la recluye; allí la follan, la chupan, la violan, la azotan, la humillan y la torturan de manera regular y continua: está programada para ser una esclava erótica, la puta personal de René. Tras recibir el entrenamiento adecuado, la envían a casa con su amante; su amante la entrega a sir Stephen, hermanastro de él, y de nuevo la follan, la chupan, la violan, la azotan, la humillan y la torturan de manera regular y continua. Entonces le ordenan que se convierta en la amante de Jacqueline y que la reclute para Roissy, y ella lo hace; la envían a Anne-Marie para que la marquen con la insignia de sir Stephen y le inserten anillos también con su insignia en el coño; sirve como modelo erótico para la hermana menor de Jacqueline, Natalie, que se encapricha de ella; la llevan a una fiesta con una máscara de búho, Natalie la sujeta con una correa. Allí la saquean, la despojan, la violan de manera individual y en grupo. Al darse cuenta de que no queda nada más que sir Stephen pueda hacerle o hacer con ella, y temiendo que la abandone, le pide

permiso para suicidarse y él se lo otorga. Q. E. D., la pornografía nunca ha destacado por su trama.

Por supuesto, como suele pasar con los resúmenes, el anterior es algo incompleto. No he mencionado la cantidad de pollas que O chupa, ni las agresiones anales que sufre, ni las numerosas violaciones y torturas que le infligen personajes secundarios del libro, ni la variedad de látigos con que la azotan, ni he descrito su ropa ni los diferentes tipos de colorete para pezones, ni las variadas maneras de encadenarla, ni los distintos colores y formas que adoptan los cardenales de su cuerpo.

Del transcurso de la historia de O emerge una clara figura mitológica: ella es mujer, y el hecho de llamarla O, cero, vacío, lo dice todo. Su estado ideal es el de la pasividad total, la nada, una sumisión tan absoluta que trasciende la forma humana (al convertirse en un búho). Para definirla, solo queda el agujero entre sus piernas, y el símbolo de ese agujero debe ser, seguramente, O. Sin embargo, incluso en los entornos enrarecidos de la pornografía hay muchas cosas que por fuerza interfieren a la hora de alcanzar la pasividad absoluta. Dado que es un cuerpo que ocupa espacio, tiene necesidades, impone exigencias, está conectado, incluso simbólicamente, a una historia personal que es una secuencia de gustos, aversiones, habilidades, opiniones, la persona toma forma, se moldea: una existe, al menos, como espacio positivo. Y puesto que, además, como mujer se nace culpable y carnal, personificando los pecados de Eva y Pandora, la maldad de Jezabel y Lucrecia Borgia, la manera en que O trasciende la especie es un auténtico fenómeno.

La tesis de O es simple. La mujer es un coño, lujuriosa, desenfrenada. Debe ser castigada, domesticada, degradada. Otorga el regalo de sí misma, su cuerpo, su bienestar, su vida, a su amante. Así es como debe ser: lo natural y lo bueno. Termina necesariamente con su aniquilación, que también es natural y buena, así como bella, porque cumple su destino:

> Mientras me peguen y violen en tu nombre, no soy más que el pensamiento de ti, el deseo de ti, la obsesión de ti. Eso, creo, es lo que querías. Bueno, yo te amo, y eso es lo que quiero también.[21]

> ¡Entonces que se la lleve, aunque solo sea para hacerle daño! O se odiaba a sí misma por su propio deseo, y detestaba a sir Stephen por el autocontrol que demostraba. Ella quería que él la amara; así era, por fin había dicho la verdad: quería que él se impacientara por el impulso de tocar sus labios y penetrar en su cuerpo, de destrozarla si era necesario… [22]

> Sin embargo, él estaba seguro de que ella era culpable y, sin quererlo realmente, René la estaba castigando por un pecado del que no sabía nada (ya que seguía siendo completamente interno), aunque sir Stephen lo había detectado de inmediato: su perversidad.[23]

> … ningún placer, ninguna alegría, ningún producto de su imaginación podría competir con la felicidad que sentía por la forma en que él la usaba con total libertad, por la idea de que podía hacer cualquier cosa con ella, de que no había límite, no había restricción alguna en la manera en que él podía buscar placer en su cuerpo.[24]

O es poseída totalmente. Eso significa que es un objeto, sin ningún control sobre su propia movilidad, incapaz de afirmar su personalidad. Su cuerpo es «un» cuerpo, de la misma manera que

un lápiz es un lápiz, un cubo es un cubo o, como señaló Gertrude Stein, una rosa es una rosa. También significa que la energía, o el poder, de O como mujer, como Mujer, queda absorbida. La posesión aquí denota una transferencia biológica de poder que trae consigo una fuerza espiritual proporcional al poseedor. O hace más que ofrecerse a sí misma; ella misma es la ofrenda. Ofrecerse a sí misma sería un sacrificio cristiano prosaico, pero ella como ofrenda es el vehículo de lo milagroso, incorpora lo divino.

Aquí el sacrificio tiene su significado antiguo y primitivo: lo que fue dado al principio se convierte en el regalo. Los primeros frutos de la cosecha se dedicaban y consumían por el espíritu vegetal que los proveía. La destrucción de la víctima en el sacrificio humano o animal o el consumo de la ofrenda era la definición misma del sacrificio: la muerte era necesaria porque la víctima era o representaba la sustancia vivificante, la fuente de energía vital que había que liberar, que solo la muerte podía liberar. Una muerte real, el sacrificio *per se*, no solo liberaba energía benevolente, sino que también aseguraba una propagación y un aumento de la energía vital (concretamente expresada como fertilidad) mediante una especie de ecología mágica, un reciclaje de energía básica o potencia bruta. La victimización de O es la confirmación de su poder, un poder que es trascendental y que tiene como esencia los procesos sagrados de la vida, la muerte y la regeneración.

Pero la importancia plena de la posesión, tanto mística como mitológicamente, aún no está clara. En la experiencia mística, la comunión (a veces llamada posesión erróneamente) ha significado la disolución del ego, la entrada en el éxtasis, la unión con la divinidad y su iluminación. La experiencia de la comunión ha sido competencia

del místico, profeta o visionario, aquellos que fueron capaces de transformar su energía en espíritu puro y ese espíritu en un estado de gracia. La posesión, en su definición correcta, es la perversión de la experiencia mística; es demoníaca por su propia naturaleza, porque tiene como objetivo el poder, sus medios son la violencia y la opresión. Derrama la sangre de su víctima y, al hacerlo, se aleja de la unión que vivifica. El amante de O cree que ella se entrega libremente, pero si no lo hiciera, la tomaría de todos modos. Su relación es la encarnación de la posesión demoníaca:

> Por lo tanto, él la poseía como un dios posee a sus criaturas, a las que posee bajo la apariencia de un monstruo o un pájaro, de un espíritu invisible o un estado de éxtasis. No quería dejarla. Cuanto más la entregaba, más la apreciaba. El hecho de darla a otros era para él una prueba, y debería serlo también para ella, de que ella le pertenecía: solo se puede dar lo que te pertenece. Él la daba solo para reclamarla de inmediato, para reclamarla enriquecida ante sus ojos, como un objeto común que ha sido utilizado para algún propósito divino y, por lo tanto, ha sido consagrado. Durante mucho tiempo había querido prostituirla, y le complacía sentir que el placer que obtenía era aún mayor de lo que había esperado, y que lo unía a ella aún más porque, gracias a ese placer, la humillación y violación de O eran superiores. Como ella lo amaba, no podía evitar amar lo que provenía de él.[25]

Un corolario preciso de la posesión es la prostitución. La prostituta, la mujer como objeto, se define por el uso que el poseedor le da. El sometimiento de ella es el sello del poder de él. Para la mujer, la prostitución significa la aniquilación carnal de la voluntad y la capacidad de elección, pero para el hombre significa de nuevo un aumento de poder, así de simple. Llamar divino al poder del poseedor, el cual demuestra jugando a ser un superproxeneta, o

confundirlo con el éxtasis o la comunión, es caer en una grave malinterpretación. «Todas las bocas que se habían adentrado en su boca, todas las manos que le habían agarrado los pechos y el vientre, todos los miembros que la habían penetrado habían proporcionado a la perfección la prueba viviente de que era digna de ser prostituida y, por así decirlo, la habían santificado».[26] Por supuesto, no es O quien se santifica, sino René, o sir Stephen, o los demás, a través de ella.

La prostitución de O es una caricatura feroz de la prostitución religiosa del viejo mundo. La antigua prostitución sacra de hebreos, griegos, indios, etc., era la expresión ritual del respeto y la veneración a los poderes de la fertilidad y la generación. Las sacerdotisas/prostitutas del templo eran personificaciones literales de la energía vital de la diosa de la tierra y transferían esa energía a quienes participaban en sus ritos. Los principios cósmicos, articulados como divino masculino y divino femenino, se unían de forma ritual en el templo porque, sin duda, solo a través de su unión continua y repetida podían garantizarse la fertilidad de la tierra y el bienestar de un pueblo. La prostitución sacra era «nada menos que un acto de comunión con Dios (o divinidad) y estaba tan alejado de la sensualidad como el acto cristiano de la comunión está alejado de la glotonería».[27] O y todas las mujeres de Roissy se distinguen por su esterilidad y no se parecen en nada a ninguna diosa conocida. Nunca se menciona la concepción o la menstruación, y la procreación nunca es una consecuencia de follar. La fertilidad de O se ha convertido en O. No hay nada sagrado en la prostitución de O.

La degradación de O está provocada por la necesidad masculina de iniciarse en la edad adulta y el miedo que esto ocasiona. Los ritos

de iniciación suelen incluir un periodo de soledad absoluta, aislamiento, seguido de pruebas de aptitud física, resistencia mental, a menudo a través de la tortura y la mutilación física, lo que resulta en una cicatriz o tatuaje permanente que marca a quien se ha iniciado con éxito. El proceso de iniciación está diseñado para revelar los valores, ritos y reglas de la virilidad y confiere al iniciado las responsabilidades y privilegios de la virilidad. Lo que ocurre en Roissy es una clara perversión de una iniciación real. René y los demás mutilan el cuerpo de O, pero ellos quedan intactos. El cuerpo de ella sustituye a sus propios cuerpos. O está marcada con las cicatrices que deberían tener ellos. Ella padece el calvario por ellos, soporta la soledad y el aislamiento, la tortura, la mutilación. Al tratar de convertirse en dioses, han pasado por alto los rigores necesarios para convertirse en hombres. El hecho de que las torturas deban repetirse sin fin, no solo a O sino a un gran número de mujeres que son forzadas y persuadidas, demuestra que los hombres de Roissy nunca se convierten en hombres de verdad, nunca son iniciados, nunca logran la seguridad de una hombría plena.

Lo que sería el signo del iniciado, la marca o cicatriz final, se manifiesta en el caso de O como expresión última del sadismo. Los anillos que atraviesan el coño de O con el nombre y la heráldica de sir Stephen, así como la marca de su culo, son anillos de boda permanentes colocados en el lugar correcto. La marcan como un objeto de propiedad y no simbolizan en absoluto el paso a la madurez y la libertad. Lo mismo podría decirse del anillo de bodas convencional.

O, en su papel interminable como sustituta de todo, también es el vínculo sexual directo entre sir Stephen y René. Que los dos

hombres se aman y se follan el uno al otro a través de O queda claro por el hecho de que sir Stephen penetra a O analmente la mayor parte del tiempo. Las consecuencias de desviar la energía sexual son alucinantes.

Pero lo más extraordinario de *Historia de O* es el desconcertante estilo literario de Pauline Réage, su autora. O es perversa pero pura; Sir Stephen es cruel pero amable; René es brutal pero dulce; una pared es negra pero blanca. Todo es lo que es, lo que no es y su opuesto directo. Esa técnica, que ejecuta con tanta habilidad, podría ayudar a explicar la convincente irracionalidad de *Historia de O*. Para aquellas mujeres que están convencidas a la vez que indecisas, atraídas a la vez que repelidas, existe este esquema de autoprotección: es muy fácil lidiar con el doble «doblepensar»(6) que desarrolla la autora si nos damos cuenta de que solo tenemos que «desdoblepensarlo» el doble.

En resumen, *Historia de O* es una historia de canibalismo psíquico y posesión demoníaca que plantea que los hombres y las mujeres están en polos opuestos del universo: la supervivencia de uno depende de la destrucción absoluta de la otra. Se pregunta, como muchas historias, quién tiene más poder y responde que los hombres, que lo ejercen, literalmente, sobre los cuerpos muertos de las mujeres.

4

La mujer como víctima. *La imagen*

La imagen, de Jean de Berg, es una historia de amor, una historia cristiana de amor y también una historia de amor cristiano. Ningún otro libro explica mejor la experiencia cristiana de la mujer después de la caída, tal como la conocemos, el desafortunado descenso de Eva. *La imagen*, al igual que el catecismo, es un manual del cristianismo en acción. Además, *La imagen* es una disección casi clínica del juego de roles y su relación con el sexo, de la dualidad como base estructural de la violencia entre hombres y mujeres.

Sería una exageración llamar a lo siguiente un resumen de la trama, pero lo que sucede en *La imagen* es esto: Jean de Berg, el autor de *La imagen*, se encuentra con Claire, a quien conoce de manera casual durante muchos años, en una fiesta; siempre ha sentido interés por ella, pero, debido a su frialdad, indiferencia y belleza perfecta, carecía de la vulnerabilidad necesaria que, en la tradición *veni, vidi, vici*, la habrían vuelto una conquista deseable; Claire le presenta a Anne, la Chica Joven e Inocente Vestida de Blanco, que resulta ser esclava de Claire; van a un bar donde Anne le es ofrecida a Jean de Berg; van a un jardín de rosas, donde Anne se clava una rosa por las espinas en la carne del coño; van a un

restaurante donde Claire avergüenza a Anne, una situación que se repite a menudo (Claire avergüenza a Anne ordenándole que se levante la falda, o se baje la blusa, o metiéndole un dedo en el coño); Claire le muestra a Jean de Berg unas fotografías para las que posó Anne dentro de la tradición sadomasoquista artesanal, a excepción de la última, que es claramente una foto de la propia Claire; Claire azota a Anne; Anne le chupa la polla a Jean de Berg; Jean de Berg lleva a Anne a comprar lencería y humilla a Anne e incomoda a la vendedora exhibiendo las cicatrices de látigo que Anne tiene todavía frescas; Claire le da un baño a Anne en presencia de Jean de Berg en el que casi ahoga (eróticamente) a Anne; a Jean de Berg se le ocurre que le gustaría follarse a Claire, lo que hace que Claire aumente la maldad de sus agresiones a Anne. Anne es torturada en la cámara gótica y luego violada analmente por Jean de Berg; Jean de Berg se va a casa, sueña con Claire, se despierta cuando llaman a la puerta, y, ¡sorpresa!, Claire ha reconocido su auténtico papel en la vida («He venido», dice en voz baja):[28] ser la esclava de Jean de Berg. Él la golpea y ella vive feliz para siempre.

Por supuesto, el resumen anterior es de nuevo algo incompleto. No he mencionado que Anne se ve obligada a orinar en público en el jardín de rosas, ni que se porta mal con Jean de Berg en una librería (un hecho crucial, ya que luego tiene que castigarla), ni que ella misma va a buscar los látigos, ni que Claire y Jean de Berg la obligan a que les sirva una naranjada justo antes de clavarle agujas al rojo vivo en los pechos.

Las caracterizaciones tienen aún menos profundidad y complejidad, por no hablar de sutileza y sensibilidad, que la trama. Claire es fría y distante. Jean de Berg la describe así:

> Claire era muy guapa, como dije, probablemente incluso más guapa que su amiga del vestido blanco. Pero a diferencia de ella, nunca había despertado ninguna emoción real en mí. Esto me asombró al principio, pero luego me dije a mí mismo que era su impecable belleza, precisamente, su misma perfección, lo que hacía imposible pensar en ella como una potencial «conquista». Probablemente necesitaba sentir que al menos alguna parte de ella, aunque fuera pequeña, era vulnerable, para despertar cualquier deseo en mí de ganarla.[29]

Más tarde escribe: «Sus rasgos clásicos, su fría belleza, su lejanía me hicieron pensar en alguna diosa en el exilio».[30] Aquí la caracterización femenina es explícita: la vulnerabilidad como la principal cualidad del ser humano; la frialdad como la principal cualidad de la diosa. Como en la mayoría de las ficciones, la caracterización femenina es sinónimo de una valoración de la belleza del personaje, su tipo y, lo que es más importante, su efecto en las figuras masculinas del libro.

Anne, que es, según Pauline Réage, la otra mitad de Claire, es dulce, modesta, vulnerable, joven, tímida («Anne, por su parte, había recuperado el comportamiento modesto de un objeto de lujuria»)[31] y perversa. Claire dice que Anne se corre con cada nueva humillación, incluso con la mera idea de que la golpeen. Anne parece Beth de *Mujercitas* pero, en realidad, es una perra en celo, tiene el coño siempre mojado, como el resto de nosotras, debemos concluir. (Recordemos que Beth murió joven por ser bondadosa).

Jean de Berg, que representa el sexo masculino, es —¡sorpresa!— inteligente, seguro de sí mismo, discretamente estupendo y reservado cuando no está cometiendo algún ultraje, y de una

virilidad poderosa y abrumadora cuando está ultrajando. No tenemos ni idea de su físico, pero imaginamos que tiene las sienes canosas.

Las relaciones entre los tres personajes se estructuran de manera simple y un poco repetitiva: Claire, ama-Anne, esclava; Jean de Berg, amo-Anne, esclava; que desemboca en el final feliz: Jean de Berg, amo-Claire, esclava. El motivo amo-esclavo es el contenido, la estructura y la moraleja de la historia. El papel del amo es siempre masculino, el papel de la esclava es siempre femenino. La moraleja de la historia es que Claire, en virtud de su género, solo puede encontrar la felicidad en el papel de mujer/esclava.

Aquí se nos dice lo que la sociedad quiere que sepamos sobre las relaciones lésbicas: se requiere un hombre para completarlas, para su consumación. A Claire se le asigna erróneamente el papel de ama a causa de su sexo literal, sus genitales. Jean de Berg es su polla de alquiler, que después convierte en instrumento de su propia degradación. *La imagen* pinta a las mujeres como auténticos eunucos femeninos, mutiladas en primera instancia, como sugirió Freud, por su falta de polla, incapaces de lograr una unión sexual plena, orgánica y satisfactoria sin la intrusión y participación de una figura masculina. Esa figura no puede tan solo representar el papel masculino, sino que debe poseer una polla y unas pelotas biológicas. Claire y Anne, como hembras biológicas, representan una comedia grotesca y caricaturesca: Claire como ama, un bicho raro en virtud del papel que quiere desempeñar, un papel diseñado para satisfacer las necesidades y capacidades de un hombre. Claire como ama resulta tan cómica como Chaplin representando al rey de Francia o como Laurel y Hardy tropezándose en otro vano intento de conquistar la riqueza y el éxito. *La imagen* nos lleva a la conclusión

de que, al fin y al cabo, ¿qué puede meter Claire en el coño de Anne sino sus dedos, apenas instrumentos de rapto y éxtasis? Se nos dice que la biología es un rol. Se nos dice que la biología es el destino. El mensaje resulta extrañamente familiar.

Pauline Réage, la principal promotora de *La imagen* como una obra de veracidad metafísica, ve la función, o la existencia misma, del hombre-amo, como la glorificación de la mujer-esclava. Su tesis es que ser esclava es tener poder:

> … la esclava todopoderosa, arrastrándose por el suelo a los pies de su amo, ahora es realmente el dios. El hombre es solo su sacerdote, que vive con miedo y temblor por disgustarla. Su única función es realizar las diversas ceremonias que giran en torno al objeto sagrado.[32]

Con la lógica característica de nuestra cultura de roles duales, el esclavo se transmuta aquí en la fuente de poder. ¿A qué precio?, nos preguntamos con desesperación. Esta es realmente la fuente de la noción masculina de poder femenino: como ella ocupa el centro de su obsesión, es poderosa. No importa que la forma que tome su poder sea que «se arrastra por el suelo a los pies de su amo».

El hombre, según nos instruye Réage, tiene la «ilusión» de poder porque empuña el látigo. Esa ilusión marca para Réage la distancia entre el conocimiento carnal y lo que es cierto a un nivel más profundo:

> Sí, los hombres son estúpidos al esperar que los adoremos cuando, al final, no valen casi nada. La mujer, como el hombre mismo, solo puede adorar en el santuario de ese cuerpo agredido, ahora amado, ahora vilipendiado, sometido a toda humillación, pero que, después de todo, es de ella. El hombre, en todo

> este asunto, permanece de una sola pieza: él es el verdadero adorador, que aspira en vano a fundirse con su dios.
>
> La mujer, por el contrario, aunque también es una verdadera adoradora y posee esa misma inquietud (por sí misma) es al mismo tiempo el objeto divino, violado, sacrificado sin fin pero siempre renacido, cuya única dicha, lograda a través de una sutil interacción de imágenes, radica en la contemplación de sí misma.[33]

Habiendo tomado nota de la extraordinaria facilidad de Réage para «doble doblepensar» en el capítulo anterior, que retoma aquí con su habilidad habitual, debo objetar sus conclusiones. Es sorprendente que la adoración del objeto divino, la mujer como víctima y verdugo, implique cualquier mediación externa, especialmente la de un sacerdote masculino. Sin duda, si la mujer está tan dispuesta a ser la dadora y la ofrenda, si como «el objeto divino, violado, sacrificado sin fin, pero siempre renacido», su «única dicha […] radica en la contemplación de sí misma», el hombre es superfluo. Sin duda, con tales dotes divinas y sus satisfacciones correspondientes, no necesita que la persuadan o seduzcan para azotarse o mutilarse a sí misma («Y, sin embargo, suelen ser los hombres los que descubren a sus amantes las alegrías de ser encadenadas y azotadas, torturadas y humilladas…»),[34] o para iniciar a otras mujeres, que sirven como sustituta o imagen especular u otra mitad. Los hombres a menudo insisten en que las mujeres solo se sirven a sí mismas y, en efecto, Claire es la sacerdotisa de Anne. Ambas ejecutan sus funciones con eficacia. No se requiere ninguna figura masculina mitológica a menos que Jean de Berg interprete al eunuco sacerdote, ese compañero tradicional de la sacerdotisa, un honor que sin duda no le está destinado aquí.

A la inversa, solo a los hombres se les ha permitido servir a los dioses masculinos; los eunucos y las mujeres, sinónimos aquí, han sido estrictamente excluidos de esos ritos sagrados. Por tanto, la conclusión más apropiada es que el hombre, y no la mujer, es el objeto divino de *La imagen*: él es el sacerdote. Él sirve a un dios masculino a cuya imagen fue creado; se sirve a sí mismo. Si no fuera así, la mujer, en cuanto adorada, se serviría a sí misma, en lugar de servirse en bandeja como un pavo o un pato, relleno y condimentado, con su cuchillo afilado, listo para el ritual de trincharlo. Que un hombre se convierta en el amo de la ama significa, a pesar de las afirmaciones contrarias de Réage, que las mujeres deben servir a los hombres, que las mujeres son propiamente esclavas y los hombres propiamente amos, que los hombres tienen el único poder que importa (en nuestra cultura, ese poder que se alía con la fuerza y la violencia, y se define por ellas), que los hombres creados a imagen del Todopoderoso son todos poderosos. En este caso, un simple «piensa simple» nos acerca más a la verdad que el «doble doblepensar».

La imagen está repleta de simbolismo cristiano. Una de las secuencias más memorables del libro tiene lugar en un jardín de rosas que Claire ha elegido como proscenio adecuado para humillar a Anne. En el jardín de rosas, Claire llama la atención de Jean de Berg sobre un tipo de rosa, especial por su belleza perfecta. Claire le ordena a Anne que se adentre en el parterre y acaricie la rosa, y esta la trata como si fuera un coño húmedo y dispuesto. Claire le ordena a Anne que recoja la rosa y se la lleve; ella así lo hace, aunque no sin antes protestar tímidamente que está prohibido cortar las flores y que tiene miedo de pincharse con las espinas. La

vacilación de Anne exige un castigo. Claire le ordena que se levante el vestido mientras le acaricia primero el coño con la rosa, luego le clava una espina en el muslo y le rasga la carne con toda intención. Claire le besa las manos a Anne, que derrama una poética gota de sangre. Después, Claire le introduce el tallo de la rosa en el liguero. La espina queda atrapada entre el encaje y la flor pende como un adorno cargado de significado simbólico. Incluso a Jean de Berg le parece que la actuación es un poco exagerada: «Le respondí que, en efecto, era una gran obra, aunque quizá algo sobrecargada de símbolos de la tradición romántica y surrealista».[35] La rosa como símbolo tiene profundas raíces místicas. Eliphas Levi dice al respecto:

> Era la carne en rebelión contra la opresión del espíritu; era la Naturaleza testificando que, como la gracia, era hija de Dios; era el amor negándose a ser sofocado por el celibato; era la vida en rebelión contra la esterilidad; era la humanidad que aspiraba a la religión natural, llena de razón y amor, fundada en las revelaciones de la armonía del ser, de la cual la rosa, para los iniciados, era el símbolo floral vivo.[36]

La rosa se convirtió para los místicos cristianos en «una rosa de luz en cuyo centro una figura humana extiende sus brazos en forma de cruz».[37] Sin embargo, la Iglesia oficial, en su interminable lucha contra la carnalidad y la naturaleza, postuló la rosa como un símbolo de ambos en oposición al lirio, que representaba la pureza de la mente y el cuerpo. *La imagen* se pone del lado del cristianismo oficial al utilizar la rosa como instrumento de dolor y derramamiento de sangre.

Las fotografías que Claire le muestra a Jean de Berg también abundan en simbolismo. Contienen una serie de poses sadomasoquistas convencionales. Ilustran la tortura y mutilación de una víctima, en este caso Anne, y culminan en lo que parece ser el brutal apuñalamiento y muerte real de la víctima. En conjunto, revelan la preocupación de una mujer por su propio cuerpo, un narcisismo que se concreta en la última fotografía, donde aparece la propia Claire, sin cara, acariciándose el coño. Este narcisismo es un defecto que define a la mujer y, para expiarlo, siguiendo la gloriosa tradición de O, la mujer debe someterse y participar en su propia aniquilación. Este escenario le permite una salvación cristiana, la redime del pecado de Eva y del pecado posterior de su propia vanidad. Las fotografías «no son, en realidad, más que imágenes religiosas, pasos que avanzan rumbo a un nuevo camino hacia la cruz».[38] Sin embargo, se trata de un camino antiguo, muy transitado, y si es difícil llegar hasta la cruz por ese camino en particular es solo porque los cuerpos de otras mártires que no son Anne y Claire yacen amontonados en lo hondo.

Resulta demasiado obvio que la mujer torturada y mutilada que aparece primero como Anne, luego como la víctima más impersonal de las fotografías y finalmente en un sueño de Jean de Berg como un cadáver «atravesado por muchas heridas de puñaladas triangulares en las áreas más oportunas»[39] es un cristo secular con coño y tetas, la descendiente carnal, lujuriosa y caída de Eva, la víctima que, a diferencia de Jesús, sufre por sus propios pecados, la delincuente cuyo castigo apenas iguala el horror de su delito. Ese delito, por supuesto, es la feminidad biológica. Jesucristo murió por nosotros una vez, la crucifixión que sufrió fue suficiente, se nos dice,

para siempre. Anne, Claire, O, todas serán forzadas a abrir brazos y piernas en la cruz hasta que la muerte las libere, una y otra vez. No hay crueldad en el mundo que pueda llegar a expiar su delito y liberarnos así a las demás.

El cristianismo tiene otra imagen de la mujer: María, la Virgen, la madre de Dios. Jean de Berg sueña con Claire como la Virgen poco antes de golpearla y follársela. Sin duda, eso demuestra el significado psicológico, en una cultura sexista, de la figura de la Virgen. De la misma manera que Anne en la cruz era una profanación de la naturaleza sagrada de las mujeres, también lo es el concepto, la Mentira, de una madre virgen, separada de su coño, separada de la naturaleza, inocente en virtud del abandono de su sexualidad real y más honorable.

El culto a la virginidad debe plantearse como una verdadera perversión sexual, más cruel e insidiosa que aquellos modelos sexuales que la cultura condena considerándolos perversos. La institucionalización cristiana de ese culto, su cultivo y refinamiento, han impedido que las mujeres desarrollen y expresen la sexualidad natural al darle crédito a ese otro: la mujer como puta. El dualismo del bien y del mal, virgen y prostituta, lirio y rosa, espíritu y naturaleza es inherente al cristianismo y encuentra su expresión lógica en los rituales del sadomasoquismo. El énfasis cristiano en el dolor y el sufrimiento como el camino hacia la trascendencia y la salvación es la sustancia misma de la mayoría de la pornografía sadomasoquista, al igual que la definición cristiana de la mujer es su justificación. El cómico Lenny Bruce lo expresó de manera muy sencilla cuando dijo:

Entiendo que, desde un punto de vista intelectual, una mujer que se acuesta con un tipo distinto cada semana es mejor cristiana que la virgen. Porque tiene la capacidad de besar y abrazar a cincuenta tipos al año. Y en eso consiste ese acto, en besar y abrazar. No puedes hacerlo con alguien con quien estás cabreado. Con que solo estés un poco molesto, ya no puedes.

Así que lo de esta chica que siente tanto amor por sus semejantes que puede hacerlo con cincuenta tipos al año… es desde un punto de vista intelectual. Ahora bien, emocionalmente, no quiero ser el tipo número cincuenta y uno. Porque yo aprendí pronto la lección, compañero. La gente me decía: «Así son las cosas, la Virgen es buena, la Virgen es buena». La verdad es que es todo bastante raro.[40]

Como la figura masculina de Cristo más obvia de nuestro tiempo, él es quien mejor debe de saberlo.

5

La mujer como víctima. *Suck*

Pasamos de la pornografía literaria directa de nuestros antecesores, representada por *Historia de O* y *La imagen*, a un nuevo reino, el de la revista sexual, nacida de la cultura *hip* (o, como nos gusta pensar, la contracultura), la revolución postsexo (freudiana, reichiana, maileriana, bruceana, ginsbergiana), postyerba, postácido, postpastillas: del post-Ellos al mundo del Nosotros. Pasamos al reino del aquí y ahora, nuestro propio tiempo y espacio encendido y liberado, hacia el mundo social del que somos responsables. Dado que buscamos en ese mundo la libertad como mujeres, definida en términos radicales, conseguida a través de un estilo de vida vivido de una manera concreta, las publicaciones como *Suck*, *Oz* y *Screw* son importantes. *Playboy* es Ellos; sin duda, Kissinger y Sinatra duermen con un ejemplar debajo de la almohada. Pero las revistas eróticas de la contracultura las crean personas que habitan nuestro mundo (bichos raros, drogatas, radicales, melenudos, cualquiera que sea el término apropiado), personas que comparten nuestros valores, nuestras preocupaciones, personas que hablan de liberación. En ese sentido, las revistas eróticas de la contracultura serían parte de nuestra comunidad y, por lo tanto, estamos

obligados, si somos una comunidad, a abordarlas de manera crítica y seria, a preguntarnos qué nos aportan y qué nos quitan.

¿Quiénes somos «nosotros»? Jerry Rubin dice que somos los Hijos de Amérika. Eldridge Cleaver nos llama los Hijos de la SANGRE. Son nuestros padres, Amérika, el derramamiento de SANGRE, los que a través de su quiebra moral y sus tendencias genocidas nos han obligado desde antes de nacer a salir a las calles de la nación. Son nuestros padres, Amérika, el derramamiento de SANGRE, los que nos negamos a ser, cuyo trabajo nos negamos a hacer. Somos los supervivientes del Flower Power, ahora adultos, con nuestros propios hijos. Somos las tribus de la Nación Woodstock, ahora en diáspora, vagando por toda la tierra. Somos la Nueva Izquierda, heridos, sumidos en el caos. Todavía no nos hemos extinguido, y mucho menos estamos acabados. Nuestro pasado es solo un prólogo.

En general tenemos entre veinticuatro y treinta y cinco años; hemos tomado ácido, mescalina, psilocibina, etc., con cierta frecuencia; fumamos hierba y hachís a menudo sin mistificación; probablemente hemos probado la cocaína, las anfetaminas o los barbitúricos en algún momento; tenemos relaciones sexuales frecuentes, muchas de las cuales son absolutamente casuales; rechazamos la familia nuclear y buscamos formas de comunidad antagónicas a ella. Somos la gente que escucha a Leary, Ginsberg, Bruce. En política somos radicales. Algunos buscamos desarrollar formas radicales de comunidad, vivir vidas plenas, simples y naturales. Algunos emprendemos acciones explícitamente políticas, oponiéndonos a las guerras ilegítimas, denunciando el uso de la autoridad ilegítima, nos preguntamos cómo matar cerdos sin convertirnos en cerdos, estamos inmersos en el *proceso* de la

revolución, aprendemos las habilidades de la revolución, resistimos a todas las formas de autoridad actual y al mismo tiempo buscamos desarrollar alternativas a esas formas. Cada vez hay menos fanáticos de la paz entre nosotros (totalmente comprometidos con la revolución no violenta) y bastantes anarquistas acérrimos. Somos, al menos en nuestra manifestación amerikana, blancos, hijos del privilegio, hijos de liberales y reformistas. Nos criamos en hogares bonitos y limpios, tuvimos mucha privacidad, amigos, compañía de familiares y colegas. Gozamos de una excelente educación: fuimos a buenas escuelas suburbanas (en su mayoría públicas), donde nos sometieron a una disciplina física e intelectual que nos pareció insoportable; fuimos a las mejores facultades y universidades (en su mayoría privadas) donde estudiamos antropología, Freud, Marx, Norman O. Brown y también Marcuse, con las mejores mentes, que resultaron ser unos peleles cuando se trataba de aplicar los principios igualitarios en el aula o fuera de ella. Las universidades donde estudiamos todas estas ideas incorpóreas siguieron trabajando en defensa del gobierno amerikano. Hemos tenido nuestra cuota de desastres y desesperación: las tragedias del ácido, las tragedias del Weather Underground, las tragedias de la heroína. Muchos de nosotros hemos conocido la cárcel y todos hemos visto morir a amigos. Somos más viejos de lo que jamás pensamos que seríamos.

En resumen, se trata de lo siguiente: a través del consumo de drogas, a través de la vida sexual, a través de la acción política radical, rompimos los esquemas mentales burgueses que habíamos heredado, pero conservamos el humanismo propio del liberalismo de nuestros padres. Nuestros objetivos son bastante fáciles de

entender: queremos humanizar el planeta, romper las estructuras nacionales que nos separan como personas, las estructuras corporativas que nos separan en clases distintas, las estructuras racistas que nos separan según el color de la piel; conservar el aire, el agua, la vida en sus múltiples formas; crear comunidades que sean más que habitables, comunidades en las que las personas sean libres, en las que las personas tengan lo que necesitan, en las que no haya grupos de personas que acumulen poder, ni dinero, ni bienes, a través de la explotación de otras personas. Así pues, cuando miramos una revista erótica, hecha por personas como nosotros, exigimos que dé un paso positivo en la dirección en que queremos avanzar: exigimos que incorpore nuestras actitudes radicales, el conocimiento que el ácido y otras partes de nuestro estilo de vida nos han dado. Y, lo más importante, nos negamos a permitir que refuerce los patrones sexistas de roles duales y la mentalidad imperante en esta cultura, los mismos patrones y mentalidad que nos oprimen como mujeres, que nos esclavizan como seres humanos.

Suck es una revista erótica típica de la contracultura. Cualquier análisis de la misma revela que el sexismo es omnipresente, expresado sobre todo como sadomasoquismo, absolutamente igual, y no contrario, a los valores culturales de nuestros padres. *Suck* dice ser un aliado. Es crucial demostrar que no.

El primer número de *Suck* apareció en Ámsterdam, Holanda, en 1969. Se sigue imprimiendo en Ámsterdam porque la policía holandesa no confisca la pornografía ni encarcela a los pornógrafos. La fundaron dos expatriados amerikanos. *Suck* trata exclusivamente de sexo, es decir, sus páginas contienen ficción pornográfica,

consejos sexuales técnicos (cómo chupar una polla o un coño, por ejemplo), cartas de lectores que revelan historias sexuales personales (en su mayoría a modo de celebración) y fotografías de coños, pollas, gente follando, mamadas y orgías grupales. La revista aparece de forma irregular, cuando hay dinero y material suficiente para su publicación. En Inglaterra y Francia se pone bastante empeño en confiscarla.

Suck ha hecho algunas contribuciones positivas. El sexo oral, *sucking*, se aborda de una manera totalmente nueva. Chupar pollas, chupar coños, cómo hacerlo, lo bueno que es. El semen sabe bien, al igual que el coño. En particular, el énfasis en chupar coños sirve para desmitificar el coño de forma espectacular: el coño no es sucio, no es aterrador, no huele mal ni es asqueroso; es una fuente de placer, una parte hermosa de la fisiología femenina, puede mostrarse, tocarse, saborearse.

El tabú del sexo oral está muy arraigado. La mayoría de las leyes vigentes contra la mamada y la lamida de coño están vinculadas a la prohibición de cualquier actividad sexual que no tenga como resultado o propósito la fecundación. El sexo oral como acto que provoca el orgasmo define con claridad la naturaleza de la relación sexual: el sexo es la unión de las personas por placer. El valor está en la unión. El matrimonio no santifica esa unión, la procreación no es su objetivo. *Suck* considera el sexo oral como sexo de pleno derecho. Esa actitud, las imágenes de mujeres chupando pollas, hombres chupando coños y todos los viceversas, las reflexiones técnicas sobre chupar genitales, todo ello rompe las barreras y nos encamina a la realización de una sexualidad plena.

El *cunnilingus* y la felación (llámeselo como se quiera) siguen siendo delitos. Las leyes *antifellatio*, junto con las leyes de sodomía, a veces se utilizan contra los hombres homosexuales (a las lesbianas no se las toma lo bastante en serio como para procesarlas). Dada la aplicación selectiva de las leyes, la vergüenza que acompaña a los actos prohibidos y el hecho de que las representaciones en palabras o en imágenes de hacer el amor por la boca se consideran por lo general obscenas, el sexo oral debe considerarse en sí mismo como un acto de significación política (lo que sin duda es una noticia maravillosa para los revolucionarios deprimidos). En este sentido, *Suck* adopta una postura relevante y respetable.

(Digresión importante. Nada menos que en octubre de 1961, Lenny Bruce fue detenido porque en uno de sus monólogos usaba el verbo «correrse» y hablaba de *cocksucking*, chupar pollas. Lo acusaron de un *delito* de obscenidad. Bruce describió así su arresto:

> Fui detenido por obscenidad en San Francisco por usar una palabra de diez letras que es bastante chic. No voy a repetir la palabra esta noche. Comienza con una «c». Dijeron que era una palabra coloquial para referirse a la práctica favorita de los homosexuales, lo cual es extraño, porque yo no relaciono esa palabra con los homosexuales. La relaciono con cualquier mujer contemporánea que conozco o podría conocer o amar o con la que podría casarme.[41]

Bruce fue arrestado en San Francisco [obscenidad], Filadelfia [posesión de drogas], Los Ángeles [posesión de drogas], Hollywood [obscenidad], Chicago [obscenidad] y le negaron la autorización para entrar en Inglaterra y Australia. En una fecha tan reciente como 1964, Bruce fue detenido por obscenidad en la ciudad de Nueva

York, en 1965 fue declarado legalmente insolvente y en agosto de 1966 murió en Los Ángeles).

Suck también contribuye a que se impriman fotos de coños, aunque aquí los elogios deben matizarse severamente. Las fotos de coños son poco comunes. Todo lo demás lo hemos visto: tetas siliconadas, sonrisas lascivas, la versión de *Playboy* del vello púbico. Pero después de haber visto la increíble película de Anne Severson y Shelby Kennedy,[42] en la que una cámara fija cataloga los coños de muchas mujeres diferentes, de todas las edades, razas, con todo tipo de experiencia sexual, una se da cuenta de la superficialidad de las fotos de coños que salen en *Suck*. Imagina un catálogo de fotos fijas de caras de personas: los colores, las texturas, las hendiduras, el carácter único de cada uno. Pasa lo mismo con los coños, y estaría bien que *Suck* nos mostrara eso. Pero no lo hace.

Germaine Greer escribió un tiempo para *Suck* —era editora—, y sus artículos, como muestra de los artículos de mujeres, a veces tenían mucha fuerza; su voz siempre era auténtica. Su objetivo era acercar a las mujeres a una sexualidad femenina inalterada y colocar esa sexualidad con claridad, sin complejos, dentro del ámbito de lo humano: las mujeres no como objetos, sino como seres humanos, un concepto verdaderamente revolucionario.

Pero Greer tiene otra cara que se alía con lo peor del chovinismo masculino y es esa cara la que, creo, hizo que sus artículos fueran aceptables para los editores de *Suck* y que *Suck* fuera aceptable para ella. En una entrevista para la revista amerikana *Screw*, reimpresa en *Suck* bajo el título «Germaine: “Soy una puta”», declaró:

> Idealmente, has llegado a la etapa en la que podrías tirártelos a todos: gordos, ciegos, tontos, impotentes, deshonestos.
>
> Tenemos que rescatar a las personas que ya están muertas. Tenemos que hacer el amor con las personas que están muertas, y eso no es fácil.[43]

Aquí está la idea siempre popular de que las mujeres, extendiendo nuestro papel como objeto sexual, podemos humanizar un mundo atrofiado. La idea se basa en una premisa falsa. Igual que se suponía que la píldora liberaba a las mujeres al liberarnos sexualmente, es decir, podíamos follar tan libremente como los hombres, se supone que follar también libera a las mujeres y a los hombres. Pero la píldora sirvió para reforzar nuestra esclavitud esencial: nos hizo más accesibles, más abiertas a la explotación. No cambió nuestra condición básica porque no hizo nada por cuestionar la estructura sexista de la sociedad, y mucho menos las relaciones y apareamientos sexuales convencionales. Tampoco la promiscuidad de por sí. La alianza de Greer con la revolución sexual es, por desgracia, pero de manera implícita, una alianza con el machismo porque no habla de la condición básica de la mujer, que sigue siendo la misma si a la semana follamos con un hombre o con veinte.

Hay un malentendido similar en esta declaración:

> Bueno, mira, esta es una de las cosas que las mujeres tienen que entender, y a veces me impaciento un poco con las que no son capaces de verlo. Una mujer, al fin y al cabo, en este país es una mercancía. Es un símbolo de estatus, y cuanto más guapa sea, más cara, más inaccesible. Cualquiera puede conseguir a una anciana gorda. Pero las chicas jóvenes con los ojos claros no son para el cuarentón que ha estado trabajando como empaquetador o mozo de almacén toda la vida. Así que, cuando la ve, refunfuña, sobre todo, creo, porque no está a su alcance. Ella es una burla

más, y una prueba más de que el sueño americano no es para él. Nunca ha tenido una chica así y nunca la tendrá.

Pues bien, creo que la forma más sensata de ver el delito de violación es como un acto de agresión contra este símbolo de propiedad … (pero no estoy segura de esto en absoluto, quiero decir, creo que también es una agresión contra la madre que le jode la vida a tantas personas). Y debo pensar que, como mujer que no ha hecho una revolución, que no se ha puesto en la barricada en esta cuestión, le debo a mis pobres hermanos no ponerme tan tiesa. Porque soy eso, soy una mujer a la que jamás podrían follarse, y en el fondo yo también los rechazo.[44]

Aquí, de nuevo, la alianza es con el machismo, y es algo que resulta incomprensible. Las madres le joden la vida a la gente de manera directamente proporcional a lo jodida que está la suya propia: esa jodienda es el papel que deben desempeñar, las posibilidades creativas que deben abandonar. Greer sin duda lo sabe y debe hablar de ello. Las mujeres que van a pie, a diferencia de las que van en taxi o conducen su propio coche (otra distinción de clase relevante), sufren un acoso constante, a menudo las amenazan con violencia, a menudo las violan. Esa es la situación de la vida cotidiana de las mujeres.

Sí es cierto, y mucho, que las mujeres son objetos, mercancías, algunas consideradas más caras que otras, pero solo a fuerza de afirmar la humanidad de cada una, en todas las situaciones, es posible convertirnos en alguien en lugar de en algo. Al fin y al cabo, ese es el punto central de nuestra lucha.

La violación, por supuesto, tiene sus apologistas. Norman Mailer la postula, junto con el asesinato, como la sustancia del heroísmo. Es, según dice en *The Presidential Papers*, moralmente superior a la masturbación. Eldridge Cleaver afirma que es un acto de rebelión

política; él mismo «practicó» con las mujeres negras para poder violar mejor a las blancas. Greer se une a este coro desconcertante cuando postula la violación como un acto de agresión contra la propiedad (una acción política anticapitalista, nada menos) y sugiere que también podría ser un acto de rebelión psicológica contra la madre ominosa y omnipresente.(7) La violación es, de hecho, un comportamiento heterosexual simple y directo en una sociedad dominada por hombres. Las pocas veces que nos ofende, se debe tan solo a que es una relación hombre-mujer sin teatro, sin el romance desconcertante de la pareja, sin la cortesía de un intercambio de dinero. Sucede tanto en el hogar como en las calles. No es una función del capitalismo, es una función del sexismo.

La contribución que Greer hace a *Suck*, y a sus lectoras, que podrían recurrir a ella en busca de un análisis convincente y una viva imaginación, es sobre todo confusión. Esa confusión surge de una identificación con los hombres que, con demasiada frecuencia, nubla su percepción de los problemas reales y empíricos a los que se enfrentan las mujeres en una sociedad sexista. Esa confusión se manifiesta de manera más destructiva en la idea claramente falsa de que una mujer que folla con libertad es libre.

El grueso de *Suck* es la ficción pornográfica. Es en la ficción donde encontramos una repetición de acontecimientos, situaciones, imágenes y actitudes que refuerzan de manera más efectiva los valores sexistas convencionales. «Congo Crystal Hotel», un relato de Mel Clay, es un ejemplo típico de la ficción de *Suck*. Dos hombres ven una película pornográfica. Tienen un encuentro sexual sádico. Uno de los hombres, Beno, se encuentra con Carol, una mujer que ya conoce de antes. La obliga a follar con dos negros y a hacerles

mamadas, y ellos la violan de todas las maneras posibles. El marido de Carol se entromete. Beno obliga a Carol a chuparle la polla a su marido y cuando su marido se corre, Beno le dispara. Un ejemplo de su estilo florido:

> En un espasmo repentino, el hombre le agarra la cabeza a Carol y arquea la espalda, y cuando le embargan las primeras sensaciones del orgasmo, Beno aprieta el gatillo; la explosión sofoca el sonido de Carol tragándose la corrida y los sesos de él estampándose contra el techo.[45]

Así se presenta a Carol: «Podía olerla incluso antes de verla».[46] La violación a la que Beno la somete es, por supuesto, el medio por el que ella reconoce que lo ama, porque solo él podría hacerle algo así. El relato contiene una violencia increíble. Beno azota a su amante masculino, a Carol la golpean y la violan, y su marido es asesinado. Las pollas de los negros son, por supuesto, herramientas gigantescas de placer y dolor. No hay mucha diferencia entre «Congo Crystal Hotel» y la pornografía directa, salvo por la nefasta calidad de la escritura. La visión de la mujer es exactamente la misma: un coño insaciable del que se abusa y se viola; el contenido sadomasoquista es el mismo; incluso los genitales exagerados de los negros participan de lo peor de la tradición pornográfica.

«Sex Angels», un relato de Ron Reid, narra las aventuras de Helen y Tony, que consisten en un *gangbang* organizado por Helen con un grupo de moteros duros. Helen es una «zorra de clase alta a quien pronto le meterían sus pollas de clase trabajadora».[47] El análisis de clase es fundamental para la historia: «El abismo social acentuaba el creciente entusiasmo, ya elevado por el hecho de que el joven esposo observaría cómo se follaban en manada a su

mujer».[48] La culminación del acto, después de que Helen haya sido usada a fondo, se describe así: «Te hemos dejado un conducto de follar húmedo y caliente, una raja caliente. A ver cómo te follas a tu esposa, ahora que todos hemos pasado por ella».[49]

Helen, cuyo parecido con ese otro objeto sexual bien conocido, Helena de Troya, como no se le habrá pasado por alto al observador agudo, es un «conducto de follar húmedo y caliente». En realidad, cabe preguntarse, ¿quién de nosotras no lo es, en el mundo de ficción de *Suck*?

La verdad abrumadora que emerge de la ficción de *Suck* es que contiene y expresa las fantasías masculinas tradicionales sobre las mujeres. Helen y Carol difieren poco de O y Claire. Sus necesidades pueden articularse exactamente de la misma manera: polla, en grandes cantidades, todo el tiempo, abuso sexual, violación, crueldad. Como si nuestras necesidades fueran así de simples. Como si nuestras necesidades tuvieran algo que ver con eso.

Los hombres siempre han sabido, de esa manera existencial según Mailer, que las mujeres no solo necesitan ESO, sino que quieren ESO orquestado en forma de violación, marca y azote. Siempre ha sido obvio para ellos: la «virtud» de una mujer es solo una fachada, su reticencia es una mera táctica. Lo que importa es que quiere que se la follen; se define por su necesidad de ser follada. En *Suck* encontramos estas sacrosantas fantasías masculinas aplicadas con verdadero igualitarismo contracultural: a todos los seres «femeninos», ya sean mujeres u hombres homosexuales. La proyección ha llegado a casa para anidar y el gallo canta más fuerte que nunca; ahora bien, al igual que pasaba con el culto al coño, el culto a la polla está teñido con los lavados de la culpa no resuelta y

el sadismo puro. La carga y el odio de la homosexualidad masculina es potente en *Suck*: fea, pesada y siempre presente.

Suck ha defendido de alguna manera la causa de la liberación gay. En *Suck 4* se publicó la «Guía gay de Europa», una lista de clubes, bares gays, lugares de cruising, etc., para satisfacer la necesidad crónica de información del viajero gay. *Suck 6* contenía un relato titulado «Una semana en el Fondle Park», en la que un hombre elogia la cantidad de pollas chupadas en una semana idílica en el parque central de Ámsterdam, que en el verano de 1971 había sido tomado por drogatas de pelo largo y bichos raros. Pero en *Suck*, como en la cultura de nuestros padres que condena cualquier desviación de la heteronorma de toda la vida, el odio asociado a lo *queer* es muy evidente.

«The Suction Game» es la historia de dos hombres, uno de piel oscura, otro de piel clara, uno abiertamente gay y otro que lo lleva en secreto, una situación colonial típica, todo listo para la explotación. El marica declarado tiene el típico punto de vista misógino: «Carlos explicó que el cuerpo masculino era la perfección de la naturaleza y lo limpios que eran los hombres en comparación con las mujeres».[50]

Para el hombre normal autocomplaciente, a lo John Wayne, lo anterior es evidente y siempre lo ha sido. En el contexto del encuentro homosexual tiene un significado añadido. Refuerza la masculinidad de ambos amantes. Hace del acto homosexual una afirmación de la virilidad. Las inseguridades que una identidad homosexual evoca en nuestra cultura, sin embargo, difícilmente se resuelven a través del menosprecio de las mujeres. «Chupapollas» es un término de insulto y abuso, significa «maricón». Sin embargo,

es absurdo que un hombre crea que lo que le resulta placentero cuando lo hace una mujer es repugnante cuando lo hace un hombre. La distinción aquí no es muy sutil: el significado político de los dos actos, felación heterosexual y felación homosexual, es diferente. El primero hace que el hombre sea claramente el amo: la mujer se arrodilla a los pies del jeque. El segundo lo convierte en un maricón. No es cosa nuestra decir por qué. ¿O sí?

Carlos (gay declarado, de piel oscura), habiendo desabrochado los pantalones del héroe, ha empezado a besar su gloriosa herramienta:

> Aquí estaba, de pie en esta pequeña habitación de la YMCA, desnudo como el día en que nací, con un mariquita guapo arrodillado frente a mí jugando con mi polla. Era todo repugnante, pero lo peor era que lo estaba disfrutando… De repente no me importaba una mierda que fuera marica. ¡Me relajé y me entregué a la mamada![51]

El orgasmo resultante es fantástico, alucinante, como lo son todos en *Suck*. Sin embargo, la calumnia inminente es insoportable. Una cosa es que te la chupe un marica. Devolverle el favor es otra muy distinta. ¿Será la reciprocidad lo que lo hace a uno marica? «Él era un puto maricón, pero yo no. Si tenía la verga caliente, era su problema, no el mío. Solo tendrá que buscarse a otro maricón que se la chupe».[52]

Carlos Verga Caliente no pierde la paciencia. Después de mucho insistir, nuestro superhéroe sucumbe, con reservas: «La idea me repugnaba, pero quería hacerle feliz».[53] La moraleja de la historia es simple. Nuestro héroe dice: «Es curioso. No me considero marica, solo muy afortunado por poder atraer a tantos chicos jóvenes y guapos que quieren meterme la polla».[54]

Por fin parece revelarse la definición definitiva de marica. Resulta que la mamada no es la experiencia definitiva. Debemos concluir que el sexo anal, el corolario más cercano a la penetración femenina, es lo que realmente define lo marica. Debemos concluir que ser follado por el culo es lo que separa a los maricas de los hombres y los sitúa directamente entre las mujeres. Debemos concluir que ser penetrado es de maricas, por no decir degradante, repugnante y humillante, como ya habíamos adivinado.

Los hombres homosexuales no solo son penetrados como las mujeres, sino que también codician el dolor y la degradación. El autor de «The Suction Game» nos ha dado otro ejemplo de pornografía homosexual, con el cautivador título de «Tough Young Dicks for Hot Kicks», «Jóvenes pollas duras en busca de marcha». Cinco tipos duros se van de *cruising*; recogen a un chico de pelo largo, lo meten en el asiento trasero del coche y le ordenan que se la chupe a todos; el chico piensa en negarse, ya que le encantaría que lo golpearan en ese momento, pero en cambio obedece, ya que siempre se puede recibir más abusos sometiéndose que resistiéndose; los duritos violan brutalmente al chico de pelo largo, luego le orinan y le cagan encima. Él, por supuesto, está extasiado: «Joder, olía a semen y sudor adolescente y tuve dos orgasmos más solo de pensar en sus caras y sus pollas jóvenes y duras usándome para su placer».[55]

El estereotipo de homosexual que se desprende de la línea de ficción general de *Suck* no es muy diferente del estereotipo de mujer. El homosexual es maricón, gilipollas, chupapollas, mariquita; la mujer es un agujero, un conducto caliente y húmedo, una raja caliente o simplemente un culo. Él se nutre del dolor y ella también.

Los *gangbangs* son su alegría compartida. La polla enorme, palpitante y monstruosa que arrasa con todo es dios y amo de ambos. Los papeles que desempeñan en el guion sadomasoquista son los mismos: también lo son la indumentaria, las actitudes y otros bagajes culturales convencionales. No es difícil ver que la lucha por la liberación de los gays y la liberación de las mujeres es una lucha común: ambas significan liberarse del estigma de la feminidad. Las fantasías (indicativas de esquemas mentales estructurales) que oprimen a los hombres homosexuales y a las mujeres son muy parecidas. Las mujeres y los homosexuales están unidos en su «desviación» (*queerness*), una unión que es real y verificable, afirmada por *Suck*, que contribuye a la opresión cultural de ambos.

Por desgracia, las páginas de *Suck* no tienen nada que ver con la liberación sexual: no contienen ningún argumento «contra» la cultura por ninguna parte. Más bien, son un catálogo de las mismas fantasías sexistas que expresan nuestros esquemas psicológicos más morbosos. Dibujan el paisaje de la represión, un paisaje sorprendentemente familiar. Como mujeres, vemos que estamos donde siempre hemos estado: la víctima obligada; ahí está, otra vez la víctima; el objeto eterno: ahí está, otra vez el objeto. A través de la proyección de imágenes sadomasoquistas arquetípicas, que son un elemento básico de la mentalidad sexista, nos convertimos todavía más en prisioneras, engañadas y despojadas de cualquier experiencia real o comunicación auténtica, arrojadas de nuevo a la intrincada confusión de ser mujeres en busca de una identidad que nos sirva.

TERCERA PARTE

La *herstory*

Somos gente sin sentimientos. Si realmente pudiéramos sentir, el dolor sería tan grande que pondríamos fin a todo el sufrimiento. Si pudiéramos sentir que cada seis segundos una persona muere de hambre (y mientras esto sucede, yo escribiendo y alguien leyendo, una persona se está muriendo de hambre) le pondríamos fin. Si realmente pudiéramos sentirlo en los intestinos, en la ingle, en la garganta, en el pecho, saldríamos a la calle y pararíamos la guerra, pararíamos la esclavitud, pararíamos las cárceles, pararíamos los asesinatos, pararíamos la destrucción. Y, ay, yo podría aprender lo que es el amor.

Cuando sintamos, sentiremos la emergencia; cuando sintamos la emergencia, actuaremos; cuando actuemos, cambiaremos el mundo.

JULIAN BECK, *The Life of the Theatre*

Las violaciones, las torturas y los abusos sexuales de O, Claire, Anne, la Helen de *Suck*, etc., son ficciones que documentan el retorcido paisaje de los deseos masculinos cumplidos. Aquí exponemos la *herstory*, la historia de ellas, el vientre de la historia, dos actos de ginecidio cometidos contra las mujeres por los hombres, cuyo alcance y sustancia por lo general se desconoce. Una no se sorprende al descubrir que documentan ese mismo paisaje retorcido.

Describo los casos concretos del vendaje de pies chino y la persecución de brujas porque son crímenes que se igualan en horror y sadismo al exterminio de los nativos americanos y la exterminación de los judíos que llevó a cabo Hitler. Esas dos horrendas matanzas han encontrado un lugar, aunque limitado, en la «conciencia» del «hombre». Los actos de genocidio contra las mujeres apenas se han advertido, y nunca han provocado rabia, horror o tristeza. Estos dos ejemplos demuestran claramente que el odio sexista equivale al odio racista en su intensidad, irracionalidad y desprecio por lo sagrado de la vida humana. Que las mujeres no han sido exterminadas ni lo serán (al menos hasta que se perfeccione la tecnología para crear vida en el laboratorio) se puede atribuir a nuestra presunta capacidad para tener hijos y, lo que es más importante, qué duda

cabe, a la verdad relativa de que los hombres prefieren follar con coños que estén nominalmente vivos. Excepto a los necrófilos, esos príncipes puros e inmaculados cuya historia comienza donde termina la nuestra.

Además, en cualquier guerra, en cualquier violencia entre tribus o naciones, se perpetra un crimen de guerra específico contra las mujeres: la violación. Toda mujer violada durante una guerra política entre naciones y estados es víctima de una guerra mucho más grande, planetaria en sus dimensiones: la guerra, más declarada de lo que podemos soportar, que los hombres libran contra las mujeres. Esa guerra tuvo su expresión más espantosa y grotesca cuando los hombres chinos vendaban los pies de las mujeres chinas y los hombres británicos, galeses, irlandeses, escoceses, alemanes, holandeses, franceses, suizos, italianos, españoles y amerikanos quemaron a las mujeres en la hoguera en nombre de Dios Padre y su único Hijo.

El acto del vendado de pies

Instrucciones antes de leer el capítulo 6

1. Consigue un trozo de tela de 3 metros de largo y 5 centímetros de ancho.
2. Consigue un par de zapatos de niña.
3. Dobla todos los dedos de los pies, excepto el pulgar, y mételos bajo la planta del pie. Envuelve el paño alrededor de estos dedos y luego alrededor del talón. Coloca el talón y los dedos de los pies lo más cerca posible. Envuelve todo el paño lo más apretado posible.
4. Encaja el pie en los zapatos de niña.
5. Camina.
6. Imagina que tienes cinco años.
7. Imagínate estar así el resto de tu vida.

6

Ginecidio. El vendado de pies en China

Los orígenes del vendado de pies chino, y del pensamiento chino en general, pertenecen a esa entidad amorfa llamada Antigüedad. El siglo x marca el comienzo de la deshumanización física, intelectual y espiritual de las mujeres en China a través de la institución del vendado de pies. La institución en sí misma, la creencia implícita en

su necesidad y belleza, y el rigor con el que se practicó duraron otros diez siglos. Hubo intentos esporádicos de emancipar al pie: algunos artistas, intelectuales y mujeres en posiciones de poder fueron la excepción. Esos intentos, por modestos que fueran, estaban condenados al fracaso. El vendado de pies era una institución política que reflejaba y perpetuaba la inferioridad sociológica y psicológica de las mujeres; el vendado de pies afianzaba a las mujeres en una cierta esfera, con una cierta función: las mujeres eran objetos sexuales y criadoras. El vendado de pies era una actitud de masas, una cultura de masas —era la realidad clave en una forma de vida vivida por mujeres reales—, y afectó a muchos millones de ellas durante diez siglos.

En general, se cree que el vendado de pies se originó como una innovación entre las bailarinas del harén imperial. En algún momento entre los siglos IX y XI, el emperador Li Yu ordenó a su bailarina favorita que lograra el característico «aspecto puntiagudo». El cuento de hadas dice así:

> Li Yu tenía una concubina de palacio favorita llamada Bella Doncella, que era una belleza de cintura delgada y una talentosa bailarina. Había mandado construir para ella un loto de oro de dos metros; estaba decorado con lujosas perlas y tenía una alfombra de loto de carmín en el centro. A Bella Doncella se le ordenó que se vendara los pies con un paño de seda blanca para que las puntas parecieran las de la hoz de la luna. Luego bailó en el centro del loto, dando vueltas como una nube ascendente.[56]

A partir de este suceso original, el pie vendado recibió el eufemismo «loto dorado», aunque está claro que los pies de Bella Doncella estaban vendados holgadamente: todavía podía bailar. Un

ensayista posterior, un verdadero *gourmand* de los pies, describió 58 variedades del loto humano, cada una clasificada en una escala de nueve puntos. Por ejemplo:

TIPO: Pétalo de loto, Luna nueva, Arco armonioso, Brote de bambú, Castaño de agua.
CARACTERÍSTICAS: redondez, suavidad, finura.
CLASIFICACIÓN:
Calidad divina (A-1), perfectamente redondo, suave y fino.
Calidad maravillosa (A-2), débil y esbelto.
Calidad inmortal (A-3), de hueso recto, independiente.
Artículo precioso (B-1), parecido a un pavo real, demasiado ancho, desproporcionado.
Artículo puro (B-2), parecido a un ganso, demasiado largo y delgado.
Artículo seductor (B-3), carnoso, corto, ancho, redondo (la desventaja de este pie era que su dueña *podía* soportar un viento fuerte).
Artículo excesivo (C-1), estrecho pero no lo bastante puntiagudo.
Artículo ordinario (C-2), redondo y común.
Artículo falso (C-3), talón grande tipo mono (podía trepar).

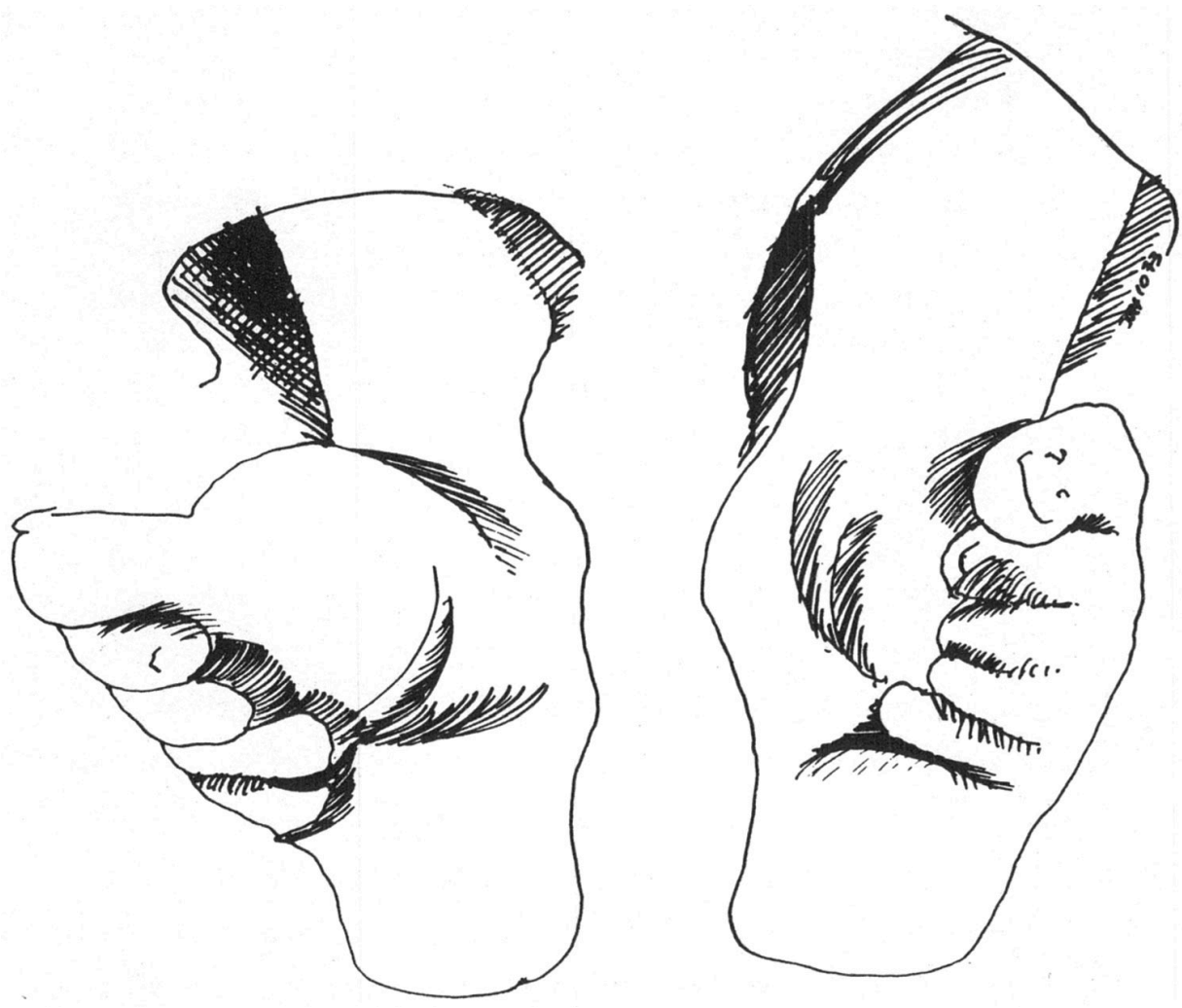
Las distinciones solo enfatizan que el vendado de pies era una operación bastante peligrosa. Romper los huesos en cuestión o modificar la presión del vendaje de manera irregular tenía consecuencias embarazosas; ninguna niña podía soportar el ridículo que suponía ser llamada un «demonio de pies grandes» ni la vergüenza de no poder casarse.

Ni siquiera la poseedora de un loto dorado A-1 podía dormirse en los laureles: tenía que observar con escrúpulo la etiqueta tabú de la feminidad vendada: 1) no caminar con los dedos de los pies apuntando hacia arriba; 2) no quedarse con los talones suspendidos en el aire; 3) no mover la falda al sentarse; 4) no mover los pies al

acostarse. El mismo ensayista concluye su tratado con este consejo tan sensato (dirigido a los caballeros, por supuesto):

> No le quite las vendas para mirar sus pies descalzos, quédese satisfecho con su apariencia externa. Disfrute de la impresión exterior, porque si retira los zapatos y las vendas, el sentimiento estético quedará destruido para siempre.[57]

Y que lo diga. Los pies reales tenían este aspecto:



(pies: de 7 a 10 cm de largo)

Howard S. Levy describe el proceso físico que causaba esta práctica en *Chinese Footbinding: The History of a Curious Erotic Custom*:

> El éxito o fracaso del vendado de los pies dependía de la aplicación hábil de un vendaje alrededor de cada pie. El vendaje, de aproximadamente cinco centímetros de ancho y tres metros de largo, se envolvía de la siguiente manera: se colocaba un extremo en el interior del empeine, y desde allí pasaba por encima de los dedos pequeños para doblarlos hacia la planta del pie. El dedo gordo quedaba sin vendar. A continuación, el vendaje se envolvía alrededor del talón con tanta fuerza que el talón y los dedos quedaban más juntos. Después el proceso se repetía desde el principio hasta aplicar todo la venda. El pie de la niña pequeña se sometía a una presión coercitiva y continua, ya que el objeto no era tan solo confinar el pie, sino hacer que los dedos de los pies quedaran doblados por debajo de la planta y acercar el talón y la planta tanto como fuera posible físicamente.[58]

Un misionero cristiano observó: «La carne a menudo se pudría durante el vendado y se desprendían trozos de la planta; a veces se caían uno o más dedos».[59]

Una anciana china, en fecha tan tardía como 1934, recordaba con nitidez su experiencia de infancia:

> Nacida en una familia anticuada en Pingxi, me infligieron el dolor de vendarme los pies cuando tenía siete años. Yo era una niña activa a la que le gustaba saltar, pero a partir de entonces mi naturaleza libre y optimista se desvaneció. Mi hermana mayor soportó el proceso entre los seis y los ocho años de edad [esto significa que la hermana mayor tardó dos años en alcanzar el pie de siete centímetros]. En el primer mes lunar de mi séptimo año me perforaron las orejas y me pusieron pendientes de oro. Me dijeron que una niña tenía que sufrir dos veces, con la perforación de las orejas y el vendado de los pies. El vendado empezó en el segundo mes lunar; mi madre

había consultado qué día sería propicio para ello. Lloré y me escondí en casa de un vecino, pero mi madre me encontró, me regañó y me llevó a casa a rastras. Cerró la puerta del dormitorio, puso agua a hervir y sacó de una caja los vendajes, unos zapatos, un cuchillo, una aguja e hilo. Le rogué que lo aplazara un día, pero mi madre se negó: «Hoy es un día propicio», dijo. «Si se vendan hoy, los pies nunca te dolerán; si se vendan mañana, te dolerán». Me lavó y me puso alumbre en los pies y me cortó las uñas. Entonces me dobló los dedos de los pies hacia la planta con un vendaje de tres metros de largo y cinco centímetros de ancho, primero el pie derecho y luego el izquierdo. Terminó de vendarme y me ordenó que caminara, pero al intentarlo el dolor fue insoportable.

Esa noche, mamá no me dejó quitarme los zapatos. Me ardían los pies y no podía dormir; mi madre me pegó por llorar. Durante los días siguientes, traté de esconderme, pero me obligaron a caminar. Mamá me golpeó en las manos y los pies por resistirme. Me tocaron más golpes y maldiciones por aflojar los vendajes en secreto. Después de tres o cuatro días, me lavaron los pies, añadiendo más alumbre, y los volvieron a vendar. Tras varios meses, todos los dedos de los pies, excepto el grande, estaban presionados contra la superficie interna. Cada vez que comía pescado o carne fresca, se me hinchaban los pies y supuraban pus. Mamá me reñía por ejercer presión sobre el talón al caminar, diciendo que mis pies nunca adoptarían una forma bonita. Mi madre me quitaba los vendajes y limpiaba la sangre y el pus que goteaban de mis pies. Me dijo que mis pies solo podrían adelgazar si se eliminaba carne. Si me pinchaba una llaga por error, la sangre brotaba como un chorro. Mis dedos gordos, algo carnosos, estaban atados con pequeños trozos de tela para que apuntaran hacia arriba, para darles forma de luna nueva.

Cada dos semanas, me cambiaba de zapatos. Cada nuevo par era de dos a cinco milímetros más pequeño que el anterior. Los zapatos eran rígidos y había que meter los pies a presión. Aunque quería sentarme a descansar junto al Kang, mi madre me obligaba a moverme. Después de cambiarme más de diez veces de zapatos, mis pies se redujeron a poco más de diez centímetros. Yo había estado vendándome durante un mes cuando comenzó mi hermana menor; cuando no había nadie cerca, llorábamos juntas. En verano, mis pies desprendían un olor nauseabundo debido al pus y la sangre;

> en invierno, los tenía fríos por la falta de circulación y me dolían si los acercaban demasiado al Kang y les daban corrientes de aire cálido. Tenía cuatro dedos de los pies acurrucados como orugas muertas; nadie que no fuera de allí hubiera creído que pertenecían a un ser humano. Tardamos dos años en conseguir el modelo de siete centímetros. Mis uñas presionaban contra la carne como papel delgado. La planta estaba arrugada hasta tal extremo que no era posible rascarse cuando picaba o aliviarla si dolía. Tenía las piernas delgadas y los pies se me pusieron jorobados, feos y apestosos; ¡cómo envidiaba los pies naturales![60]

Los pies vendados suponían una lesión grave y el dolor era insoportable. En realidad, las mujeres estaban «caminando» con la parte exterior de los dedos de los pies que se habían doblado por debajo de la planta. El talón y el arco se parecían a la suela y el tacón de una bota de tacón alto. Se formaban callosidades muy duras; las uñas de los pies crecían clavándose en la piel; los pies se llenaban de pus y sangre; la circulación quedaba prácticamente detenida. La mujer con pies vendados cojeaba, apoyándose en un bastón, contra una pared o en un sirviente. Para mantener el equilibrio, daba pasos muy cortos. De hecho, cada paso era una caída que salvaba el siguiente. Caminar suponía un esfuerzo tremendo.

El vendado de pies también deformaba las líneas naturales del cuerpo femenino. Hacía que los muslos y las nalgas, siempre en tensión, quedaran algo hinchados (lo que los hombres llamaban «voluptuoso»). Se extendió una curiosa creencia entre los hombres chinos de que el vendado de los pies producía una alteración muy útil de la vagina. Un diplomático chino explicaba:

> Cuanto más pequeño es el pie de la mujer, más maravillosos se vuelven los pliegues de la vagina. (Había un dicho: cuanto más pequeños son los pies, más intenso es el impulso sexual). Por lo tanto, los matrimonios en Datong (donde el vendado es más efectivo) a menudo tienen lugar antes que en otros lugares. Las mujeres de otros distritos pueden producir estos pliegues de manera artificial, pero la única forma es vendando los pies, lo que concentra el desarrollo en esta parte. A raíz de ello, se van desarrollando capa tras capa (de pliegues dentro de la vagina); quienes lo han experimentado personalmente (en las relaciones sexuales) sienten una exaltación sobrenatural. Así que el sistema de vendaje de pies no era realmente opresivo.[61]

Las autoridades médicas confirman que el vendado de pies no tuvo ningún efecto fisiológico en la vagina, aunque sí distorsionó la orientación de la pelvis. La creencia en los maravillosos pliegues de la vagina de la mujer con pies vendados era puro delirio colectivo, una proyección de la lujuria en los pies, las nalgas y la vagina de la mujer lisiada. Huelga decir que la justificación del diplomático para juzgar que el vendado de pies «no era realmente opresivo» confundía su propia «exaltación sobrenatural» con la miseria y mutilación de las mujeres.

Los pies vendados, prosigue el mismo mito, «hicieron que las nalgas fueran más sensuales, [y] concentraron los vapores vivificantes en la parte superior del cuerpo, haciendo que el rostro fuera más atractivo».[62] Si, debido a un colapso del flujo de esos «vapores vivificantes», una mujer fea se sometía al vendado de pies y seguía siendo fea, no había que desesperar, porque un loto dorado A-1 podía compensar una cara y figura de C-3.

Pero volviendo a la *herstory*, ¿cómo se convirtió nuestra bailarina china en los millones de mujeres que se sucedieron a lo largo de

diez siglos? La transición de una bailarina de palacio a la población en general puede verse como parte de una dinámica de clase. El emperador establece el estilo, la nobleza lo copia y las clases bajas, siempre empeñadas en medrar, hacen todo lo posible para emularlo. La clase alta vendaba los pies de sus damas con la mayor severidad. La señora, incapaz de caminar, permanecía debidamente invisible en su tocador, un adorno, débil y pequeño, un testimonio de la riqueza y el privilegio del hombre que podía permitirse mantenerla, esto es, mantenerla ociosa. Como no hacía ningún trabajo manual, tampoco necesitaba los pies. Solo en las ocasiones más inusuales se le permitía salir de las paredes carcelarias de su casa, y en esos casos, solo en una silla de mano cubierta con pesadas cortinas. Cuanto más baja era la clase de una mujer, menos podía permitirse tal ociosidad y, por tanto, más grandes eran sus pies. Las mujeres que tenían que trabajar para la supervivencia económica de la familia también tenían los pies vendados, pero llevaban los vendajes más sueltos y tenían los pies más grandes; al fin y al cabo, tenían que poder caminar, aunque fuera despacio y tambaleándose.

El vendado de pies era una marca visible. El vendado de pies no enfatizó las diferencias entre hombres y mujeres, las creó, y luego se perpetuaron en nombre de la moralidad. El vendado de pies funcionaba como el Cerbero de la moralidad y aseguraba la castidad femenina en un país de mujeres que literalmente no podían escapar. La fidelidad y la legitimidad de los hijos estaban garantizadas.

Las mujeres con pies vendados tenían la mente tan contraída como los pies. A las hijas se les enseñaba a cocinar, supervisar el hogar y bordar zapatos para el loto dorado. La restricción intelectual y física gozaba de la justificación masculina habitual. Si se las dejaba

desarrollarse con naturalidad, las mujeres eran perversas y pecaminosas, indecentes y lascivas. Los chinos creían que nacer mujer era un castigo por los males cometidos en una vida anterior. El vendado de pies se diseñó para evitarle a la mujer el desastre de otra encarnación como tal.

El matrimonio y la familia son los pilares fundamentales de todas las culturas patriarcales. Los pies vendados, en China, eran los pilares fundamentales de esos pilares fundamentales. Aquí tenemos la unión de la política y la moralidad, acopladas para producir su inevitable descendencia: la opresión de las mujeres basada en estándares totalitarios de belleza y un fascismo sexual desenfrenado. Cuando se concertaba un matrimonio, los padres del hombre preguntaban primero sobre los pies de la posible novia y después sobre su cara. Esas eran sus cualidades humanas y reconocibles. Durante el proceso del vendado de pies, las madres consolaban a sus hijas conjurando las exquisitas posibilidades de matrimonio que dependían de la belleza del pie vendado. Las concubinas del harén imperial se seleccionaban en festivales de pies diminutos (precursores de los concursos de Miss América). Filas y filas de mujeres se sentaban en bancos con los pies extendidos mientras el público y los jueces recorrían los pasillos y comentaban el tamaño, la forma y la decoración de los pies y los zapatos. Sin embargo, nunca se permitía que nadie tocara la mercancía. Las mujeres esperaban con ansia estos festivales, ya que se les permitía salir de casa.

La estética sexual, literalmente el arte del amor, del pie vendado, era compleja. El atractivo sexual del pie se basaba en su ocultamiento y en el misterio que rodeaba su desarrollo y cuidado. Los vendajes se desenrollaban y los pies se lavaban en el tocador de

la mujer, en la más estricta intimidad. La frecuencia del baño variaba de una vez a la semana a una vez al año. Durante y después del lavado, se utilizaban perfumes de fragancias diversas y alumbre, y se practicaban varios tipos de cirugía en los callos y las uñas. El proceso físico de lavado ayudaba a restablecer la circulación. La momia se desenvolvía, se retocaba y se devolvía a su letargo con más conservantes añadidos. El resto del cuerpo nunca se lavaba al mismo tiempo que los pies, por temor a que una se convirtiera en cerdo en la próxima vida. Las mujeres bien educadas debían morir de vergüenza si un hombre las observaba lavarse los pies. Al fin y al cabo, el pie consistía en un amasijo de carne podrida y maloliente. Por supuesto, aquello no era agradable para el varón entrometido, era una violación de su sensibilidad estética.

El arte de los zapatos era básico para la estética sexual del pie vendado. En el bordado de los zapatos se echaban horas, días y meses incontables. Había zapatos para todas las ocasiones, zapatos de diferentes colores, zapatos para cojear, zapatos para irse a la cama, zapatos para ocasiones especiales como cumpleaños, matrimonios, funerales, zapatos que denotaban la edad. El rojo era el color preferido para los zapatos de cama porque acentuaba la blancura de la piel de las pantorrillas y los muslos. Una hija casadera confeccionaba unos doce pares de zapatos como parte de su dote. Presentaba dos pares hechos especialmente para su suegra y su suegro. Cuando entraba en casa de su marido por primera vez, toda la familia le examinaba los pies de inmediato, sin contener los elogios ni los sarcasmos.

También estaba el arte de andar, el arte de sentarse, el arte de levantarse, el arte de acostarse, el arte de ajustarse la falda, el arte

de cada movimiento que implicara los pies. La belleza equivalía a qué aspecto tenían los pies y cómo se movían. Ciertos pies eran mejores que otros, más bonitos. La forma perfecta de siete centímetros y la inutilidad absoluta eran las marcas distintivas del pie aristocrático. Estos conceptos de belleza y estatus definían a las mujeres: como ornamentos, como juguetes sexuales, como constructos sexuales. El constructo perfecto, incluso en China, era, por supuesto, la prostituta.

En China, la mujer de pies naturales provocaba horror y repulsión. Era execrable, y todas las fuerzas del insulto y el desprecio se utilizaban para destruirla. Los hombres decían sobre los pies vendados y los pies naturales:

> Un pie pequeño es una prueba de la bondad femenina. […]
>
> Las mujeres que no se vendan los pies parecen hombres, porque el pie pequeño sirve para mostrar la diferenciación. […]
>
> El pie pequeño es suave y, cuando se frota, provoca una gran excitación. […]
>
> El gracioso caminar brinda al observador sentimientos encontrados de compasión y piedad. […]
>
> Los pies naturales son grandes y pesados cuando se meten en la cama, pero los pies pequeños se meten con sigilo bajo las sábanas. […]
>
> La mujer de pies grandes es descuidada con el adorno, pero las de pies pequeños se lavan y aplican con frecuencia una variedad de fragancias perfumadas, hechizando a todos los que gozan de su presencia. […]
>
> El pie natural es mucho menos estético al caminar. […]
>
> A todo el mundo les gusta el pie pequeño, considerando preciosa su pequeñez. […]
>
> Antiguamente, los hombres lo anhelaban tanto que su poseedor lograba un matrimonio armonioso. […] Debido a su diminutez, provoca una variedad de placeres sensuales y sentimientos de amor.[63]

Delgada, pequeña, con curvas, tierna, fragante, débil, con tendencia a la inflamación, pasiva hasta el punto de ser casi inanimada: así era la mujer de pies vendados. Sus vendajes creaban extraordinarios pliegues vaginales; el aislamiento en el dormitorio aumentaba su deseo sexual; jugar con el pie arrugado y lisiado aumentaba el deseo de todos. Incluso el imaginario de los nombres de los distintos tipos de pies sugiere, por un lado, pasividad femenina (lotos, lirios, brotes de bambú, castaños de agua) y, por otro lado, independencia, fuerza y movilidad masculinas (barcos de loto, cuervos de patas grandes, pie de mono). Era inaceptable que una mujer tuviera esas cualidades masculinas que denotaban los pies grandes. Este hecho confirma la afirmación anterior: el vendaje de pies no formalizó las diferencias existentes entre hombres y mujeres, sino que las creó. Un sexo se hizo masculino en virtud de haber hecho del otro sexo algo diferente, algo completamente opuesto a sí mismo, algo llamado hembra. En 1915, un ensayo satírico en defensa del vendado de pies, escrito por un hombre chino, enfatizó lo siguiente:

> El pie atado es la condición de una vida de dignidad para el hombre, de satisfacción para la mujer. Permítanme aclarar esto. Soy un chino típico de mi clase. Estudié demasiado los textos clásicos en mi juventud y me nublé los ojos, se me estrechó el pecho, se me torció la espalda. No tengo una memoria fuerte, y en una civilización antigua hay mucho que aprender antes de empezar a saber nada. Así pues, entre los eruditos soy una figura pobre. Soy tímido, y me falla la voz en las reuniones de hombres. Pero para mi esposa de pies vendados, confinada de por vida en su casa, excepto cuando la llevo en brazos a su palanquín, mi paso es heroico, mi voz es la de un león

> rugiente, mi sabiduría es la de los sabios. Para ella yo soy el mundo; yo soy la vida misma.[64]

Está claro que los hombres chinos se sentían altos y fuertes frente a los diminutos pies de las mujeres.

El así llamado arte de vendar los pies era el proceso de tomar el pie humano, usarlo como si fuera materia insensible y moldearlo en una forma inhumana. El vendado de pies era el «arte» de hacer que la materia viva fuera insensible, inanimada. Obviamente no estamos tratando aquí con el arte en absoluto, sino con el fetichismo, con la psicosis sexual. Este fetiche se convirtió en el contenido principal de la experiencia sexual de toda una cultura durante mil años. La manipulación del pie diminuto era un preludio indispensable de toda experiencia sexual. Se escribieron manuales que elaboraban diversas técnicas para sujetar y frotar el loto dorado. Oler los pies, mascarlos, lamerlos, chuparlos, todo eran experiencias cargadas de sexualidad. Se suponía que una mujer con pies diminutos era más fácil de manejar en la cama y esta no era una ventaja desdeñable. El robo de zapatos era común. Se obligaba a las mujeres a coser los zapatos directamente a sus vendajes. Los zapatos robados podían devolverse empapados de semen. Las prostitutas mostraban sus pies desnudos por un alto precio (en China no abundaban las que hacían la calle). Los juegos de beber usando tazas colocadas en los zapatos de prostitutas o cortesanas eran uno de los pasatiempos favoritos. Las prostitutas de pies pequeños adoptaban nombres especiales como Luna Inmortal, Tesoro Rojo, Perla Dorada. No menos numerosos eran los eufemismos para pies, zapatos y vendajes. Algunos hombres acudían a las prostitutas para lavarle los pequeños pies y comerse su suciedad, o para beber té hecho con el agua de lavado.

Otros querían que les tocaran el pene con los pies. La superstición también tenía cabida: existía la creencia en los poderes curativos del agua en la que se lavaban los pies diminutos.

Por último, el vendado de pies era el terreno en el que el sadismo podía crecer y pasar desapercibido, en el que la simple crueldad podía trascender, sin mucho esfuerzo, en atrocidad. Hay verdaderas historias de terror típicas de aquellos tiempos:

> Una madrastra o una tía generalmente eran mucho más crueles que la madre natural a la hora de vendar los pies de las niñas. Se cuenta que un anciano se deleitaba al ver a sus hijas llorar cuando las vendaban con fuerza. […] En un hogar, todas tenían que vendarse. La esposa principal y las concubinas se vendaban en el grado más pequeño, una vez por la mañana y otra por la noche, y una vez antes de retirarse. El esposo y la primera esposa llevaban a cabo estrictas inspecciones de pies y azotaban a las que habían dejado el vendaje demasiado flojo. Los zapatos para dormir eran tan pequeños y dolorosos que las mujeres tenían que pedirle al amo que las frotara para aliviarlas. Otro hombre rico azotaba a sus concubinas en los pies diminutos una y otra vez hasta que les saliese sangre.[65]

> Alrededor de 1931 […] unas mujeres con los pies vendados, incapaces de huir, habían sido capturadas. Los bandidos, irritados por la torpeza al caminar de sus cautivas y la incapacidad de mantenerse en fila, obligaron a las mujeres a quitarse los vendajes y los calcetines y correr descalzas. Gritaban de dolor y no podían avanzar a pesar de las palizas. Cada bandido agarraba a una mujer y la obligaba a bailar en un amplio campo lleno de rocas afiladas. Las prostitutas recibían el trato más duro. Les clavaban clavos en las manos y los pies; se lamentaban a gritos durante varios días antes de expirar. Una forma de tortura era atar a una mujer de manera que sus piernas quedaran colgadas en el aire y colocar ladrillos alrededor de cada dedo del pie, aumentando el peso hasta que los dedos se enderezaban y finalmente se desprendían.[66]

Fin del acto de vendado de pies

Una se hace las mismas preguntas una y otra vez, durante años y años, en el transcurso de una vida. Las preguntas interrogan sobre las personas y lo que hacen, el cómo y el por qué. ¿Cómo pudieron los alemanes asesinar a seis millones de judíos, utilizar sus pieles para hacerse pantallas de lámparas, sacarles los dientes de oro? ¿Cómo pudieron los blancos comprar y vender a los negros, colgarlos y castrarlos? ¿Cómo pudieron los «estadounidenses» masacrar a los pueblos indígenas, robarles la tierra, propagar entre ellos el hambre y las enfermedades? ¿Cómo es posible que continúe el genocidio de Indochina, día tras día, año tras año? ¿Cómo es posible? ¿Por qué sucede?

Como mujer, una se ve obligada a plantear otra serie de preguntas difíciles: ¿por qué ha existido en todas partes la opresión de las mujeres a lo largo de la historia registrada? ¿Cómo pudieron los inquisidores torturar y quemar a las mujeres por brujería? ¿Cómo pudieron los hombres idealizar los pies vendados de las mujeres mutiladas? ¿Cómo y por qué?

Los pies vendados existieron durante mil años. ¿En qué medida, con qué parámetros, se podría calcular la magnitud del crimen, las dimensiones de la transgresión, la cantidad de crueldad y dolor inherente a esa *herstory* de mil años? ¿En qué medida, con qué vocabulario, se podría comprender el significado, la realidad, de esa *herstory* de mil años?

Aquí no se trata de una raza que luchó contra otra para conseguir alimentos, tierras o poder civil; ni de un país que luchó contra otro por la supervivencia, real o imaginaria; no se trata de un grupo de personas que destruyó a otro grupo en un arrebato de histeria. Ninguna de las explicaciones o justificaciones tradicionales de la brutalidad entre los pueblos se aplica a esta situación. Por el contrario, se trata de un sexo que mutiló (esclavizó) al otro en pos del «arte» del sexo, la «armonía» hombre-mujer, la definición de los roles, la belleza.

Considera la magnitud del crimen.

Millones de mujeres, durante un periodo de mil años, fueron brutalmente maltratadas, mutiladas, en nombre del erotismo.

Millones de seres humanos, durante un periodo de mil años, fueron brutalmente maltratados, mutilados, en nombre de la belleza.

Millones de hombres, durante un periodo de mil años, se deleitaron en hacer el amor dedicados a la adoración de los pies vendados.

Millones de hombres, durante un periodo de mil años, adoraron y veneraron los pies vendados.

Millones de madres, durante un periodo de mil años, maltrataron y mutilaron brutalmente a sus hijas en aras de un matrimonio seguro.

Millones de madres, durante un periodo de mil años, maltrataron y mutilaron brutalmente a sus hijas en nombre de la belleza.

Pero este periodo de mil años es solo la punta de un iceberg impresionante y aterrador: una expresión extrema y visible de actitudes, procesos y valores románticos profundamente arraigados en todas las culturas, entonces y ahora. Demuestra que el amor del hombre por la mujer, su adoración sexual por ella, su definición

humana de ella, su deleite y placer en ella, requieren su negación: mutilación física y lobotomía psicológica. Esa es la verdadera naturaleza del amor romántico, que es el amor basado en definiciones de roles opuestos, que se manifiesta tanto en su *herstory* como en la ficción: él la glorifica en su agonía, adora su deformidad, aniquila su libertad, quiere tenerla como objeto sexual, incluso si tiene que destruirle los huesos de los pies para ello. La brutalidad, el sadismo y la opresión emergen como el núcleo fundamental del espíritu romántico. Ese espíritu es la urdimbre y la trama de la cultura tal como la conocemos.

Las mujeres tienen que ser bellas. Todos los acervos de la sabiduría cultural, desde el rey Salomón hasta el rey Hefner, coinciden: las mujeres tienen que ser bellas. Es la reverencia por la belleza femenina lo que da forma al espíritu romántico, le da su energía y su justificación. La belleza se transforma en ese ideal dorado, la belleza, arrebatadora y abstracta. Las mujeres tienen que ser bellas y la Mujer es Belleza.

Las ideas de belleza siempre incorporan la totalidad de una estructura social dada, son cristalizaciones de sus valores. Una sociedad con una aristocracia bien definida tendrá estándares aristocráticos de belleza. En la «democracia» occidental, las ideas de belleza son «democráticas»: incluso si una mujer no nace bella, puede hacerse «atractiva».

El argumento no dice simplemente que algunas mujeres no son bellas y que, por lo tanto, no es justo juzgarlas sobre la base de la belleza física; ni que, dado que a los hombres no se los juzga sobre esa base, a las mujeres tampoco se las debe juzgar sobre esa base; ni que los hombres deben buscar el carácter en las mujeres; ni que

nuestros estándares de belleza son demasiado provincianos en sí mismos; ni siquiera que juzgar a las mujeres según su conformidad con un estándar de belleza sirve para convertirlas en productos, bienes muebles, que solo difieren de la vaca favorita del granjero en un sentido literal. Lo que se está diciendo es algo diferente, y la diferencia es crucial. Los estándares de belleza describen con precisión la relación que un individuo tendrá con su propio cuerpo. Le prescriben la movilidad, la espontaneidad, la postura, la forma de caminar, los usos que podrá dar a su cuerpo. Definen con precisión la magnitud de su libertad física. Y, por supuesto, la libertad física y el desarrollo psicológico, la capacidad intelectual y el potencial creativo están vinculados de una manera indisociable.

En nuestra cultura, ninguna parte del cuerpo de una mujer queda intacta, inalterada. Ninguna característica o extremidad se libra del arte, o dolor, de la mejora. El pelo se tiñe, se fija, se alisa, se riza; las cejas se depilan, se pintan, se decoloran; a los ojos se les aplica perfilador, rímel, sombra; las pestañas se rizan o se usan postizas. De la cabeza a los pies, cada rasgo de la cara de una mujer, cada sección de su cuerpo, se somete a modificaciones o alteraciones. Estas alteraciones son un proceso continuo y repetitivo. Un proceso vital para la economía, la esencia de la diferenciación de roles entre hombres y mujeres, la realidad física y psicológica más inmediata del ser mujer. Desde los once o doce años hasta que muere, una mujer invertirá gran parte de su tiempo, dinero y energía en vendarse, depilarse, maquillarse y desodorizarse. Suele decirse, erróneamente, que los travestis masculinos caricaturizan a las mujeres en las que quieren convertirse con el uso de maquillaje y vestuario, pero un conocimiento real del espíritu romántico revela que estos hombres

han comprendido la esencia de la experiencia de ser mujer, un constructo romantizado.

La tecnología de la belleza, y el mensaje que encierra, se transmite de madre a hija. La madre enseña a su hija cómo pintarse los labios, depilarse las axilas, sujetarse los pechos, llevar una faja y zapatos de tacón. La madre enseña a la hija de forma concomitante cuál es su papel, su comportamiento apropiado, su lugar. La madre enseña a la hija, necesariamente, la psicología que define la feminidad: una mujer tiene que ser bella para complacer al amorfo y amoroso Él. Lo que hemos llamado espíritu romántico opera con la misma intensidad en la Amérika y la Europa del siglo xx que en la China del siglo x.

Esta transferencia cultural de tecnología, rol y psicología afecta implícitamente a la relación emotiva entre madre e hija. Contribuye sustancialmente a la dinámica ambivalente de amor-odio de esta relación. ¿Qué debe haber sentido la hija/niña china hacia la madre que le vendó los pies? ¿Qué siente cualquier hija/niña hacia la madre que la obliga a infligir dolor a su propio cuerpo? La madre asume el papel de ejecutora: usa la seducción, las órdenes y todo tipo de poder para obligar a la hija a cumplir con las demandas de la cultura. Dado que este papel se convierte en su papel dominante en la relación madre-hija, las tensiones y dificultades entre madres e hijas a menudo son irresolubles. La hija que rechaza las normas culturales impuestas por la madre se ve obligada a un rechazo básico de su propia madre, un reconocimiento del odio y el resentimiento que sentía hacia esa madre, una alienación de la madre y la sociedad tan extrema que su propia condición de mujer queda negada por ambos. La hija que interioriza esos valores y

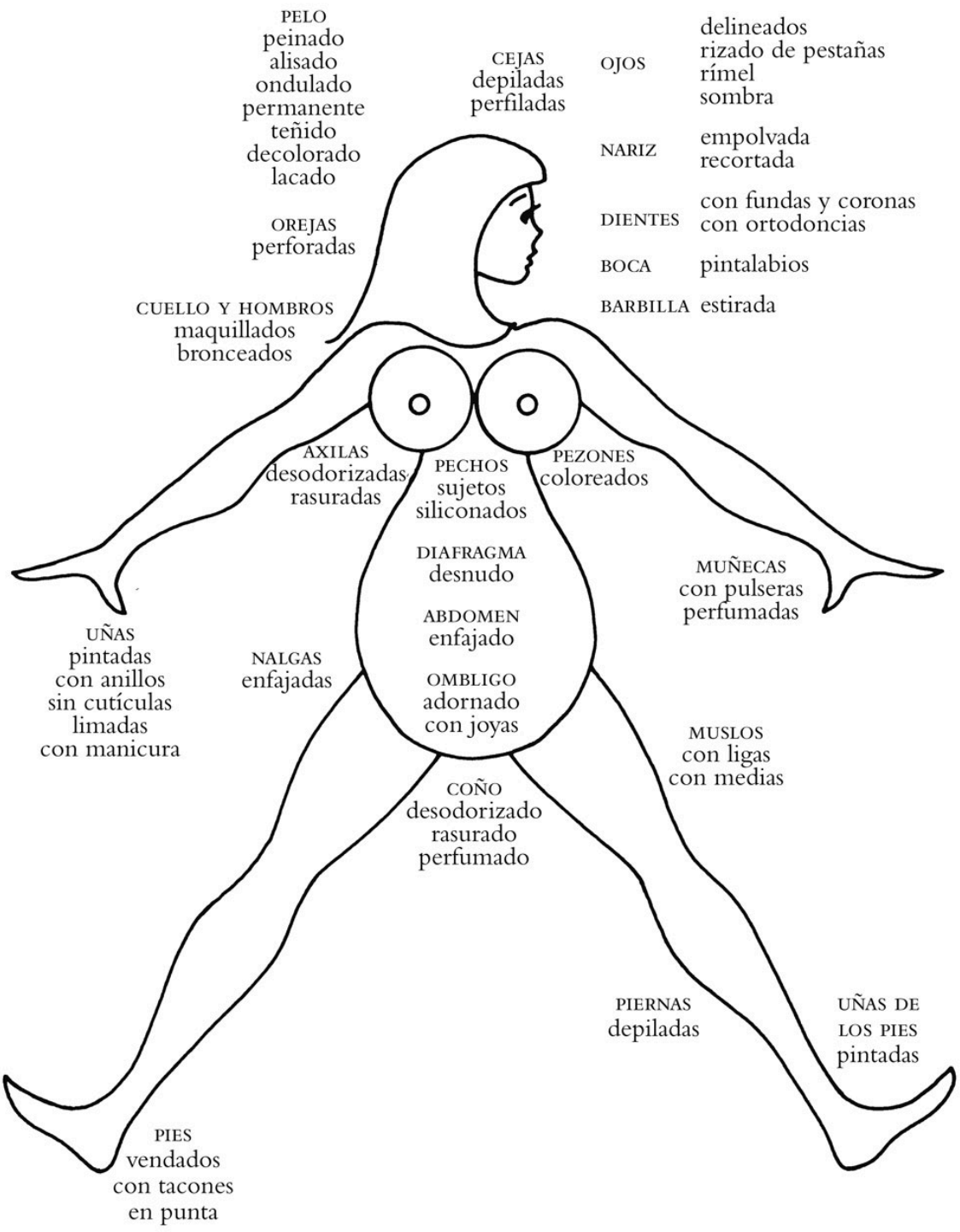
respalda esos mismos procesos está destinada a repetir la misma enseñanza que recibió: su ira y resentimiento permanecen bajo tierra, canalizados en contra de su propia descendencia femenina y de su madre.

El dolor es una parte esencial del proceso de aseo, y no es algo accidental. Arrancarse los pelos de las cejas, afeitarse las axilas, usar una faja, aprender a caminar con zapatos de tacón, arreglarse la nariz, alisarse o rizarse el pelo, todo eso *duele*. El dolor, por supuesto, enseña algo importante: no hay precio demasiado alto, ni proceso demasiado repulsivo, ni operación demasiado dolorosa para la mujer que quiere ser bella. La tolerancia del dolor y la idealización de esa tolerancia comienza aquí, en la preadolescencia, en la socialización, y sirve para preparar a las mujeres para una vida de maternidad, abnegación y complacencia del marido. La experiencia adolescente del «dolor de ser mujer» arroja la psique femenina a un molde masoquista y fuerza a la adolescente a conformarse con una imagen de sí misma que se basa en la mutilación del cuerpo, el dolor felizmente sufrido y la movilidad física restringida. Crea las personalidades masoquistas que generalmente se encuentran en las mujeres adultas: serviles, materialistas (ya que se otorga todo el valor al cuerpo y a su ornamentación), intelectualmente restringidas, creativamente empobrecidas. Obliga a las mujeres a ser un sexo de logros menores, más débil, tan subdesarrollado como cualquier nación atrasada. De hecho, los efectos de esa relación prescrita entre las mujeres y sus cuerpos son tan extremos, tan profundos, tan extensos, que casi ningún área del potencial humano queda intacta.

A los hombres, por supuesto, les gusta una mujer que «se cuide». La respuesta masculina a una mujer maquillada y vendada es un fetiche aprendido, de magnitud social. Basta con referirse a la idealización masculina del pie vendado y decir que aquí está operando la misma dinámica. El romance basado en la diferenciación de roles, la superioridad basada en una inferioridad determinada culturalmente e impuesta con rigidez, la vergüenza y la culpa y el miedo a las mujeres y al sexo mismo: todos requieren la perpetuación de estos imperativos de aseo opresivos.

Sin duda, el significado de este análisis del espíritu romántico está claro. Un primer paso en el proceso de liberación (las mujeres de su opresión, los hombres de la falta de libertad de su fetichismo) es la redefinición radical de la relación entre las mujeres y sus cuerpos. El cuerpo debe ser liberado literalmente: de la pintura, de las fajas y de todas las demás estupideces. Las mujeres deben dejar de mutilar sus cuerpos y empezar a vivir en ellos. Quizá el concepto de belleza que surja entonces de manera orgánica sea de verdad democrática y demuestre respeto por la vida humana en su infinita y respetable variedad.

La belleza duele



Adivinanza

P: ¿Por qué las mujeres no han hecho grandes obras de arte?

R: Porque ellas son grandes obras de arte.

7

Ginecidio. Las brujas

> Nunca se ha sabido de una persona inocente que haya sido castigada bajo sospecha de brujería, y no hay duda de que Dios nunca permitirá que tal cosa suceda.
>
> *Malleus Maleficarum*

Sería difícil dar una idea de lo oscura que era la Edad Media en realidad. El adjetivo «oscura» apenas logra describir la penumbra social e intelectual de esos siglos. El aprendizaje del mundo clásico atravesaba un estado de eclipse. La riqueza de ese mundo cayó en manos de la Iglesia católica y de una serie de monarcas, y la única democracia que las masas de siervos sin tierras conocían era una distribución democrática de la pobreza. La enfermedad era aún más cruel que el señor feudal. La Iglesia medieval no creía que la higiene estuviera al lado de la piedad. Por el contrario, se pensaba que había una capa de suciedad, piojos y alimañas entre las tentaciones de la carne y el reino de los cielos que proporcionaba protección y aseguraba la virtud. Dado que la carne era por definición pecaminosa, no debía ser descubierta o lavada, ni debían ser

tratadas las enfermedades que, de hecho, eran un castigo de Dios; de ahí la hostilidad de la Iglesia hacia la práctica de la medicina y la búsqueda del conocimiento médico. Instigados por esta predilección medieval por la suciedad y la vergüenza, las sucesivas epidemias de lepra, las convulsiones epilépticas y la peste diezmaban regularmente la población de Europa. Se cree que la peste negra mató al 25 por ciento de toda la población de Europa. En algunas ciudades murieron todos los habitantes. En Francia, la mitad de la población. Se calcula que en Londres solo sobrevivió una de cada diez personas:

> Los domingos, después de misa, los enfermos acudían en masa, suplicando ayuda, y lo único que obtenían eran palabras: «Has pecado y Dios te está afligiendo. Dale gracias: así sufrirás menos tormento en la vida venidera. Aguanta, sufre, muere. ¿No tiene acaso la Iglesia sus oraciones por los muertos?».[67]

El hambre y la miseria, los compañeros constantes del siervo, bien pueden haber inducido el tipo de alucinaciones e histeria que la profunda ignorancia tradujo como posesión demoníaca. Enfermedad, caos social, insurrecciones campesinas, brotes de danzamanía (tarantismo) con su flagelación masiva correspondiente: la Iglesia tenía que explicar estos males obvios. ¿Qué clase de pastor era este cuyo rebaño recibía ataques tan crueles y frecuentes? Sin duda, los fuegos del infierno y la condenación eterna tan presentes en la imaginación cristiana se modelaron según la experiencia diaria, la vida real que se vivía en la tierra.

La idea cristiana de la naturaleza del diablo sufrió tantas transformaciones como pieles tiene la serpiente. En esta evolución,

la selección natural desempeñó un papel determinante a medida que la Iglesia fue introduciendo en su concepción las deidades más adecuadas para crear su marca propia de teología dualista. Es una constante cultural que los dioses de una religión se conviertan en los demonios de la siguiente, y la Iglesia, intolerante a la desviación en esta como en todas las demás áreas, vilipendió a los dioses de aquellas religiones paganas que amenazaban la supremacía católica en Europa hasta al menos el siglo xv. Las religiones paganas no eran monoteístas y sus panteones no escaseaban. La Iglesia tenía gran cantidad de deidades que despachar y lo habría hecho rápidamente si los dioses antiguos no hubieran tenido sus fieles seguidores, que se aferraban a las viejas prácticas, y que tenían poder local y debían ser apaciguados. En consecuencia, la Iglesia hizo una especie de ruleta y envió algunos dioses al cielo (canonizándolos) y otros al infierno (condenándolos). Sobre todo en el sur de Europa, a las deidades locales, anteriormente alojadas en el Olimpo, se les permitió continuar con sus vocaciones tradicionales de curar a los enfermos y proteger a los viajeros. La Iglesia a menudo modificaba los nombres de los dioses, sin duda para salvar la cara. Apolo, por ejemplo, se convirtió en San Apolinar; Cupido se convirtió en San Valentín. A los dioses paganos también se les permitió conservar sus lugares favoritos: santuarios, árboles, pozos, cementerios, después de redecorarlos con una cruz.

Pero en el norte de Europa a los viejos dioses no les fue tan bien. Los pueblos del norte de Europa eran bastante diferentes de los cristianos latinos en cuanto a carácter y cultura, y sus religiones se centraban en el totemismo animal y los ritos de fertilidad. Los «paganos» se adherían a un animismo primitivo. Adoraban la

naturaleza (archienemigo de la Iglesia), que se manifestaba en espíritus que habitaban piedras, ríos y árboles. En la etapa paleolítica de la caza, se interesaban por el control mágico de los animales. En la etapa agrícola neolítica posterior, predominaron las prácticas de fertilidad para garantizar el suministro de alimentos.

Los antropólogos hoy en día creen que la primera representación de una deidad antropomórfica hecha por humanos es la de una figura con cuernos que lleva una cabeza de ciervo y parece estar bailando. Esa figura se encuentra en una caverna de Arriège. Las primeras religiones adoraban activamente a los animales, y en particular a los animales que simbolizaban la fertilidad masculina: el toro, la cabra o el ciervo. La danza extática, las fiestas, el sacrificio del dios o su representante (humano o animal) eran parte de los ritos. El mago-sacerdote-chamán se convertía en la encarnación terrenal del dios-animal y al parecer se vestía con las pieles del animal sagrado (incluso el faraón de Egipto llevaba una cola animal atada al cinturón). Allí estaba, repleto de cuernos y pezuñas, la deidad primitiva, atributos que de las que se harían eco las deidades posteriores, Osiris, Isis, Hathor, Pan y Jano. Su adoración se asimiló a la adoración fálica de los dioses guerreros del tormentoso cielo del norte (cuya influencia se puede ver en las prácticas druidas). Estos ritos y deidades paganos mantuvieron su divinidad en la psique colectiva a pesar de todos los intentos de la Iglesia por incluirlos en la lista negra. Algunos reyes de Inglaterra se convirtieron con la llegada de misioneros, pero recuperaban la antigua fe cuando los misioneros se marchaban. Otros tenían dos altares, uno dedicado a Cristo y otro al dios con cuernos. Los campesinos nunca se metían en política, se aferraban a las creencias mágicas de la fertilidad.

Hasta el siglo x, la Iglesia protestó por esta deliberada «adoración al diablo», pero no pudo hacer más que emitir proclamas, imponer penitencias y ayunos y, por supuesto, continuar la interminable lucha contra la naturaleza y la carne.

Este era un asunto serio, ya que se creía que el fin del mundo era inminente. Para los buenos cristianos, los preparativos para partir de la morada terrenal incluían la renuncia a todas las actividades hedonistas (comer, bailar, follar, etc.). Simón Estilita, en su intento de evitar el crimen de ser humano, huyó al desierto donde erigió un pilar sobre el que mortificó su carne durante la mayor parte de sus setenta y dos años. Fue tentado en todo momento por visiones de mujeres lascivas. En efecto, eran necesarias el hambre, la oración incesante y la flagelación para recibir la visita de mujeres lascivas por aquellos tiempos y aun así llevar una vida cristiana impecable.

La desmesura de los imperativos ascéticos de la Iglesia invitaba a un libertinaje recíproco. La nobleza, cuando no estaba ocupada masacrando, imponía la más curiosa de las costumbres, el *jus primae noctis*, que legitimaba la violación de las campesinas recién casadas. Los cruzados traían especias y sífilis de Oriente, lo que resume su conocimiento de la cultura árabe. El clero era tan abiertamente corrupto y sensual que los sucesivos papas se vieron obligados a reconocerlo. «En 1102, un concilio de la Iglesia tuvo que declarar específicamente que los sacerdotes debían ser degradados por sodomía y anatematizados por "sodomía obstinada"».[68] Los obispos y cardenales también eran conocidos por andar follando por ahí: «Un ejemplo típico es ese obispo de Toul […] cuya concubina favorita era su propia hija con una monja de Épinal».[69] En los monasterios y claustros reinaba la homosexualidad, pero de vez en

cuando las monjas y los monjes se juntaban para follar como heteros.

Hasta el siglo XII, había básicamente tres tipos de relaciones con la Iglesia. Estaban los ascetas, que huían de las ciudades para vagar como bestias por el desierto y emulaban a San Simón, quien hizo de una pocilga su hogar cuando no estaba en el pilar. Los ascetas mortificaban la carne mientras esperaban el cataclismo y la resurrección eterna. Estaban la nobleza, el clero y los soldados, que se deleitaban en excesos carnales de todo tipo, y los siervos que seguían reproduciéndose porque era su única salida y porque los nobles alentaban el aumento del número de arrendatarios. El último grupo, crucial para esta época, fueron los herejes. En el siglo XII, diversos grupos, viendo las abominaciones del cristianismo cada vez con más horror, comenzaron a expresar abiertamente e incluso en voz alta su escepticismo. Estas sectas desempeñaron un papel destacado en la formación de las ideas de la Iglesia sobre el diablo.

Los valdenses, maniqueos y cátaros eran las principales sectas heréticas. Se dice que «los valdenses fueron quemados por las prácticas por las que los franciscanos fueron después canonizados». [70] Su crimen era acusar al clero de fraudulento y burlarse de él. Por su piedad sufrieron el destino de todos los herejes, que era arder en la hoguera. Más influyentes y más peligrosos fueron los maniqueos, que remontan sus orígenes al Mani persa, crucificado en el año 276 d.C. Los maniqueos adoraban a un solo dios, que incorporaba tanto el bien como el mal, la antigua idea zoroástrica. Los cátaros, que fueron igualmente difamados por los cristianos, también adoraban el principio dual:

> … la principal cualidad notable de los cátaros era su piedad y caridad. Estaban divididos en dos secciones: los creyentes laicos ordinarios y los Perfecti, que creían en la abstinencia completa e incluso en el final lógico de todo ascetismo: el Endura, una desaprobación apasionada de la humanidad física que los llevaba a la inanición e incluso al parecer al suicidio en masa. Adoptaron la mayor parte de la enseñanza cristiana y el dogma del Nuevo Testamento, mezclado con el ritual gnóstico, utilizando el ascetismo como un final para las visiones y otras formas de conciencia. Eran tan leales a sus creencias que un tal Juan de Toulouse pudo suplicar ante sus jueces en 1230 […] «Señores: escúchenme. No soy un hereje; porque tengo esposa y yazco con ella, y tengo hijos; y como carne y miento y juro, y soy un cristiano fiel». Muchos de ellos parecen, en efecto, haber vivido con la piedad estéril de los santos. En consecuencia, fueron acusados de orgías sexuales y sacrilegios, y quemados, azotados y acosados. Sin embargo, la herejía prosperó, y los cátaros pudieron celebrar conferencias en igualdad de condiciones con los obispos ortodoxos.[71]

La Santa Inquisición, en sus comienzos, exterminó a los cátaros, trató de exterminar a los judíos y luego pasó a exterminar a los Caballeros Templarios, la organización cristiana de caballería y conquista que se había vuelto demasiado rica y poderosa. Se había independizado del clero y los reyes, y por tanto había provocado la ira de ambos. Con todas estas experiencias en su haber, en el siglo XV la Inquisición se dedicó a la persecución de los más atroces de los herejes, las brujas, es decir, todas aquellas que todavía se aferraban a las viejas creencias de la Europa pagana.

Los maniqueos y los cátaros, para dar cuenta de la existencia del bien y del mal (el más espinoso de los problemas teológicos), adoraban tanto al bien como al mal. Los católicos, incapaces de aceptar esa solución, desarrollaron una teología compleja sobre la relación entre Dios y el diablo, ahora llamado Satanás, que se

basaba en la extraña idea de que Satanás estaba limitado de algunas maneras específicas, pero maravillosamente, todas sus maquinaciones, maldiciones y condenaciones eran «con el permiso de Dios» y un testimonio de la majestad divina. Aquí tenemos la versión católica del «doble doblepensar». A través de los procesos de la famosa lógica de Aristóteles, adaptada por Santo Tomás de Aquino, que fue la base de la teología católica, quedaba claro que no creer en la existencia literal de Satanás equivalía a ser ateo. El catolicismo absorbió el principio del mal, articulado por los maniqueos y los cátaros, junto a la figura con cuernos de los antiguos cultos paganos, para producir el Satanás negro, con cuernos, garras, fuego y azufre de los iconógrafos cristianos medievales.

Más tarde, Calvino y Lutero también hicieron sus contribuciones. Lutero tuvo más contacto personal con Satanás que cualquier hombre antes o después que él. Proclamó a Satanás «príncipe» de este reino terrenal y consideró todas las experiencias terrenales bajo su dominio. Lutero y Calvino estuvieron de acuerdo en que las buenas obras ya no contaban; solo la gracia divina para los elegidos aseguraba la entrada en el reino de Dios. Así, el protestantismo reformista borró el pequeño rayo de esperanza que incluso el catolicismo ofrecía. El propio Calvino era un voraz cazador e incinerador de brujas.

Aunque los protestantes contribuyeron sin modestia y con gran entusiasmo al terror de las brujas, encontramos los orígenes de las persecuciones reales y organizadas, como era de esperar, en la bula de Inocencio VIII, emitida el 9 de diciembre de 1484. El Papa nombró inquisidores a Heinrich Kramer y James Sprenger y les pidió

que definieran la brujería, describieran el *modus operandi* de las brujas y estandarizaran los procedimientos judiciales y las sentencias. La bula papal invirtió la posición anterior de la Iglesia, que se había formulado en un sínodo en el año 785:

> … si alguien, engañado por el diablo, siguiendo la costumbre de los paganos, cree que algún hombre o mujer es una *striga* que come hombres, y por esa razón la quema o le da su carne para comer, o la come, debe ser castigado con la muerte.[72]

A raíz de ello, durante siete siglos la Iglesia había considerado la creencia en la brujería como una creencia pagana y la quema de presuntas brujas como un crimen capital. El Papa Inocencio, sin embargo, seguro de la infalibilidad papal y demostrando una verdadera sensibilidad política (que condujo a la consolidación de su poder), describió el alcance de su preocupación:

> En efecto, últimamente ha llegado a Nuestros oídos, no sin afligirnos con amarga tristeza, que en algunas partes del norte de Alemania, así como en las provincias, municipios, territorios, distritos y diócesis de Maguncia, Colonia, Treves, Salzburgo y Bremen, muchas personas de ambos sexos, sin tener en cuenta su propia salvación y desviándose de la fe católica, se han abandonado a los demonios, íncubos [masculinos] y súcubos [femeninos], y por sus encantamientos, hechizos, conjuros y otros embrujos y artes malditos, enormidades y horribles ofensas, han matado bebés aún en el vientre de la madre, así como también la descendencia del ganado, han arruinado el producto de la tierra, las uvas de la vid, el fruto de los árboles, más aún, hombres y mujeres, bestias de carga, bestias de manada, así como animales de otros tipos, viñedos, huertos, prados, pastizales, maíz, trigo y todos los demás cereales; estos miserables además afligen y atormentan a hombres y mujeres, bestias de carga, bestias de manada, así como animales de otros

tipos, con terribles y lastimosos padecimientos y enfermedades dolorosas, tanto internas como externas; impiden a los hombres realizar el acto sexual y a las mujeres concebir, de modo que los maridos no pueden conocer a sus esposas ni las esposas recibir a sus maridos; además de esto, renuncian blasfemamente a esa fe que es suya por el sacramento del Bautismo, y por instigación del Enemigo de la Humanidad, no rehúyen cometer y perpetrar las abominaciones más infames y los excesos más indecentes haciendo peligrar sus propias almas, con lo que ofenden a la Divina Majestad y son motivo de escándalo y peligro para muchos.[73]

Para hacer frente a la creciente ola de brujería y de conformidad con las órdenes del Papa, Sprenger y Kramer colaboraron en el *Malleus Maleficarum*. Este documento, un monumento a la lógica y la metodología académica de Aristóteles (lleno de citas y notas de «autoridades»), cataloga las principales preocupaciones de la teología católica del siglo xv:

Pregunta I. Si la creencia de que existen seres como las brujas es una parte tan esencial de la fe católica que la obstinación en mantener la opinión opuesta equivale claramente a herejía (Respuesta: sí).

Pregunta III. Si los íncubos y súcubos pueden engendrar niños (Respuesta: sí).

Pregunta VIII. Si las brujas pueden reducir el poder de generación u obstruir el acto venéreo (Respuesta: sí).

Pregunta IX. Si las brujas pueden crear una ilusión prestidigitadora para que el órgano masculino parezca estar completamente eliminado y separado del cuerpo (Respuesta: sí).

Pregunta XI. Que las brujas que son parteras matan de varias maneras al niño concebido en el útero y procuran el aborto; o si no lo hacen, ofrecen niños

recién nacidos a los demonios (Respuesta: sí).[74]

El *Malleus* también describe el ritual y el contenido de la brujería misma, aunque en la tradición del paternalismo típico de la Iglesia, Sprenger y Kramer tienen cuidado de no dar fórmulas para hechizos u otra información peligrosa. Escriben «de los varios métodos por los cuales los demonios, a través de las brujas, tientan y atraen a los inocentes al aumento de esas horribles artes y compañía»; «del modo como se hace un pacto formal con el mal»; «cómo se transportan de un lugar a otro»; «aquí sigue el modo como las brujas copulan con esos demonios conocidos como íncubos», etcétera.[75] Documentan cómo las brujas hieren al ganado, causan tormentas de granizo y tempestades, enfermedades en personas y animales, hechizan a los hombres, se convierten en animales, convierten a los animales en personas, cometen actos de canibalismo y asesinato. La principal preocupación del *Malleus* son los fenómenos naturales, la naturaleza, el mundo dinámico real que se negaba a ajustarse a la doctrina católica. El *Malleus*, con una trágica equivocación, explica la mayoría de los aspectos de la biología, la sexología, la medicina y el clima en relación con lo demoníaco.

Antes de abordar el lugar que ocupa la mujer en este episodio tan cristiano de la historia occidental, hay que entender la importancia del propio *Malleus*. En la Edad Media, había pocas personas que supiesen leer y los libros eran difíciles de conseguir. Sin embargo, se imprimieron varias ediciones del *Malleus*. Se encontraba en todas las salas de los tribunales. Lo habían leído todos los jueces, que se lo sabían al dedillo. El *Malleus* tenía más credibilidad que la Biblia. Era

teología, era ley. Ignorarlo, desafiar su autoridad («pozos de sabiduría aparentemente inagotables»,[76] escribió Montague Summers en 1946, el año en que yo nací) era cometer herejía, un crimen capital.

Aunque la información estadística sobre las persecuciones por brujería es muy incompleta, existen registros judiciales más precisos sobre ciudades y áreas específicas:

> En casi todas las provincias de Alemania, la persecución se propagaba cada vez con mayor intensidad. Se dice que un solo obispo en Bamberg, donde la cárcel especial de brujas estaba llena a rebosar, quemó a seiscientas personas. En el obispado de Wurzburg fueron exterminadas novecientas en un solo año, y en Nuremberg y otras grandes ciudades se quemaban cien o doscientas al año. Ocurría lo mismo en Francia y en Suiza. En el distrito de Como se ejecutó a mil personas en un año. Remigius, uno de los inquisidores, autor de *Demonolatría*, y juez en Nancy, se jactaba de haber causado personalmente la quema de novecientas personas en el transcurso de quince años. Delrio afirma que en Ginebra fueron ejecutadas quinientas en tres meses de terror en 1515. En Toulouse, la Inquisición asesinó a cuatrocientas personas en una sola ejecución, y en Douai murieron cincuenta en un solo año. En París, las ejecuciones eran continuas. En los Pirineos, un país de lobos, la forma popular de ejecución era la del *loup-garou*, y De L'Ancre en Labout quemó a doscientas.[77]

Se estima que en Inglaterra se ejecutó al menos a mil personas, y los escoceses, galeses e irlandeses realizaron purgas aún más encarnizadas. Es difícil extraer una cifra para todo el continente y las Islas Británicas, pero la estimación más responsable parece ser de *nueve millones*. Según algunas autoridades, es posible que fueran más. Nueve millones parece una cantidad casi moderada si se considera que el abad Reichhelm de Schongau a finales del siglo XIII

calculó el número de devotos del Diablo en 1.758.064.176. Un conservador, Jean Weir, médico del duque de Cléveris, estimó que el número ascendía tan solo a 7.409.127. La proporción de mujeres y hombres ejecutados se ha calculado de diversas maneras, en 20 a 1 y 100 a 1. La brujería era un crimen de mujeres.

Los hombres, por supuesto, eran la mayoría de las veces los hechizados. Sometidos a los malvados designios de las mujeres, eran víctimas aterrorizadas. Los hombres que fueron condenados por brujería a menudo eran familiares de brujas condenadas, ocupaban posiciones de poder civil o tenían ambiciones políticas que entraban en conflicto con las de la Iglesia, un monarca o un dignatario local. Los hombres estaban protegidos de convertirse en brujas no solo en virtud de un intelecto y una fe superiores, sino porque Jesucristo, la divinidad fálica, murió «para preservar al sexo masculino de un crimen tan grande. Ya que Él estaba dispuesto a nacer y morir por nosotros, concedió a los hombres ese privilegio». [78] Cristo murió literalmente por los hombres y dejó que las mujeres se defendieran solas del diablo. Sin la intercesión personal de Cristo, las mujeres siguieron siendo lo que siempre habían sido en la cultura judeocristiana:

> En el Eclesiastés, 25 se habla de la maldad de las mujeres: No hay cabeza por encima de la cabeza de una serpiente, y no hay ira por encima de la ira de una mujer. Preferiría vivir con un león y un dragón que compartir casa con una mujer malvada. Y tras hablar mucho de lo que precede y sigue a una mujer malvada, concluye: Toda maldad es poca comparada con la maldad de una mujer. Por lo cual San Juan Crisóstomo dice sobre el texto que no es bueno casarse (Mateo, 19): ¡Qué otra cosa es la mujer sino un enemigo de la amistad, un castigo ineludible, un mal necesario, una tentación natural, una calamidad deseable, un peligro doméstico, un detrimento apetecible, una

> naturaleza malvada, pintada con colores bonitos! […] Cicerón en su segundo libro de la *Retórica* dice: Los muchos deseos de los hombres los llevan a un pecado, pero el único deseo de las mujeres las lleva a todos los pecados; porque la raíz de todos los vicios de la mujer es la avaricia. […] Cuando una mujer piensa sola, piensa mal.[79]

La palabra «mujer» significa «los deseos de la carne. Como se ha dicho: he encontrado a una mujer más amarga que la muerte, y una buena mujer sometida a la lujuria carnal».[80]

Otras características de las mujeres las hacían predispuestas al pecado y a asociarse con Satanás:

> Y la primera es que son más crédulas […]. La segunda razón es que las mujeres son por naturaleza más impresionables y están más dispuestas a recibir la influencia de un espíritu incorpóreo […].
>
> La tercera razón es que tienen la lengua muy suelta y no pueden ocultar a sus semejantes las cosas que saben por sus artes malvadas; y, como son débiles, encuentran una manera fácil y secreta de defenderse mediante la brujería […].
>
> … porque en estos tiempos esta perfidia se encuentra más a menudo en las mujeres que en los hombres, como sabemos por experiencia real, si alguien tiene curiosidad por la razón, podemos añadir a lo que ya se ha dicho lo siguiente: que como son más débiles tanto de mente como de cuerpo, no es de extrañar que caigan más a menudo bajo el hechizo de la brujería.
>
> Porque en cuanto al intelecto, o la comprensión de las cosas espirituales, parecen ser de una naturaleza diferente a la de los hombres; un hecho que está avalado por la lógica de las autoridades, respaldado por varios ejemplos de las Escrituras. Terencio dice: «Las mujeres son intelectualmente como los niños».[81]

Las mujeres son por naturaleza instrumentos de Satanás; son por naturaleza carnales, un defecto estructural arraigado en la creación

original:

> Pero la razón natural es que ella es más carnal que un hombre, como se desprende de sus muchas abominaciones carnales. Y cabe señalar que hubo un defecto en la formación de la primera mujer, ya que se formó a partir de una costilla doblada, es decir, una costilla del pecho, que se dobla por así decirlo en dirección contraria a un hombre. Y como por este defecto es un animal imperfecto, siempre engaña. […] Y todo esto lo indica la etimología de la palabra; pues *femina* proviene de *fe* y *minus*, ya que es cada vez más débil para sostener y preservar la fe. Y esto, con respecto a la fe, es de su propia naturaleza…[82]

> Si esto es así incluso en mujeres santas, ¿cómo debe ser en otras?[83]

Además, «las mujeres también tienen recuerdos débiles», «la mujer seguirá su propio impulso hasta su propia destrucción», «casi todos los reinos del mundo han sido derrocados por las mujeres», «el mundo ahora sufre por la malicia de las mujeres», «una mujer es hermosa de ver, pero su tacto contamina y mantenerla resulta mortal», «es mentirosa por naturaleza», «su forma de andar, su postura y su hábito […] es vanidad de vanidades».[84]

Las mujeres se describen con gran vehemencia como «más amargas que la muerte»:

> Y he hallado una mujer más amarga que la muerte, que es el cepo del cazador, y su corazón es una red, y sus manos correas. El que quiera complacer a Dios escapará de ella; pero el que sea pecador se dejará atrapar por ella. Más amarga que la muerte, es decir, que el diablo […].
>
> Más amarga que la muerte, de nuevo, porque esta es natural y destruye solo el cuerpo; pero el pecado que surgió de la mujer destruye el alma al privarla de la gracia, y entrega el cuerpo al castigo por el pecado.

> Más amarga que la muerte, de nuevo, porque la muerte corporal es un enemigo declarado y terrible, pero la mujer es una enemiga aduladora y secreta.[85]

Y también:

> Y que ella sea más peligrosa que un cepo no se refiere al cepo de los cazadores, sino de los demonios. Porque los hombres son atrapados no solo por sus deseos carnales, cuando ven y oyen a las mujeres, porque San Bernardo dice: «Su rostro es un viento ardiente, y su voz el silbido de las serpientes» […]. Y cuando se dice que su corazón es una red, se habla de la malicia inescrutable que reina en sus corazones […].
>
> En conclusión: toda brujería proviene de la lujuria carnal, que en las mujeres es insaciable. Véase Proverbios, 30: hay tres cosas que nunca se satisfacen, sí, una cuarta cosa que no dice, es suficiente; es decir, la boca del útero.[86]

Aquí la definición de mujer, en común con la definición pornográfica, es su carnalidad; la esencia de su carácter, en común con la definición de los cuentos de hadas, es su malicia y avaricia. Las palabras fluyen casi con demasiada facilidad en nuestra era psicoanalítica: estamos tratando con un terror existencial a las mujeres, de la «boca del útero», derivado de una ansiedad primaria sobre la potencia masculina, ligada a un deseo de autocontrol (fálico); los hombres tienen un miedo a la castración profundamente arraigado que se expresa como horror al útero. Estos terrores forman el sustrato de un mito del mal femenino que a su vez justificó varios siglos de ginecidio.

Las pruebas, aportadas por el *Malleus* y las ejecuciones que ensombrecieron aquellos siglos, son casi ilimitadas. Una de las

preocupaciones que había era que los demonios les robaban el semen (vitalidad) a hombres inocentes mientras dormían; las brujas seductoras visitaban a los hombres por la noche y hacían el mal robando. Como escribió Ernest Jones:

> La explicación de estas fantasías seguramente no es difícil. Una visita nocturna de un ser bello o espantoso que primero agota al durmiente con abrazos apasionados y le retira un fluido vital: todo esto solo puede apuntar a un proceso natural y común, a saber, a emisiones nocturnas acompañadas de sueños de naturaleza más o menos erótica. En la mente inconsciente, la sangre es comúnmente un equivalente para el semen.[87]

Ser objeto de sueños ajenos a menudo conducía a arder a fuego lento en la hoguera.

Sin embargo, la prueba más evidente de la naturaleza explícitamente sexual de las persecuciones tenía que ver con uno de los crímenes más frecuentes de las brujas: arrojaban «encantos» sobre el órgano masculino para que desapareciera por completo. Sprenger y Kramer hicieron todo lo posible para demostrar que las brujas en realidad no eliminaban los genitales, solo los hacían invisibles. Si tal encanto dura menos de tres años, un matrimonio no puede ser anulado; si dura tres años o más, se considera un hecho permanente y anula cualquier matrimonio. Los católicos que ahora buscan motivos para justificar el divorcio tal vez deberían considerar este.

Los hombres perdían sus genitales con bastante frecuencia. La mayoría de las veces, la mujer responsable de la pérdida era una amante abandonada, maliciosamente convertida en bruja. Si el

hombre hechizado podía identificar a la mujer que lo había afligido, podía exigir la restitución de sus genitales:

> Un joven que había perdido su miembro y sospechaba de cierta mujer, le ató una toalla al cuello, la estranguló y exigió que lo curase. «La bruja lo tocó con la mano entre los muslos, diciendo: "Ahora tienes tu deseo"». Su miembro quedó restaurado de inmediato.[88]

A menudo, las brujas, codiciosas en virtud de su feminidad, no se contentaban con el robo de un genital:

> ¿Y qué pensar entonces de aquellas brujas que de esta manera a veces recogen órganos masculinos, hasta veinte o treinta miembros juntos, y los ponen en un nido de pájaros o los encierran en una caja, donde se mueven como miembros vivos y comen avena y maíz? Pues son muchos los que lo han visto y es una cuestión de dominio público.[89]

¿Cómo se puede entender que millones de personas durante siglos creyeran como verdad literal estas acusaciones que parecen tan estúpidas? ¿Cómo es siquiera posible que estas creencias constituyeran la base de un sistema de jurisprudencia que condenó a nueve millones de personas, en su mayoría mujeres, a ser quemadas vivas? El texto literal del *Malleus Maleficarum*, con su odio frenético y psicótico a la mujer, y las nueve millones de muertes, demuestran el poder del mito del mal femenino, revela cómo dominó la dinámica de una cultura, muestra el terror primordial absoluto que las mujeres, como seres carnales, inspiran a los hombres.

En el texto del *Malleus* vemos no solo el miedo a la pérdida de potencia o virilidad, sino a los genitales mismos, un terror a la pérdida de pollas y huevos. La razón de este miedo tal vez pueda

localizarse en la propia naturaleza del acto sexual: los hombres entran en la vagina con fuerza, erectos; después salen sin vitalidad, con la polla flácida. La pérdida de semen y la sensación de debilidad que resulta de ella tiene una gran importancia para los hombres. La tradición hindú, por ejemplo, postula que los hombres deben expulsar el semen y luego aspirarlo de nuevo por el pene, o no eyacular directamente. Para aquellos hombres occidentales que experimentan el orgasmo de modo simultáneo a la eyaculación, el sexo debe ser una muerte muy literal a manos de la misteriosa, musculosa y tirante vagina como verdugo.

Situar el origen del mito del mal femenino en el miedo a la castración y a la impotencia masculina no es tanto participar en la visión freudiana del mundo como aceptar y aplicar el método antropológico y vincular al hombre judeocristiano occidental con los primitivos australianos, africanos o trobriandeses. Es desafiar el egoísmo que moldea nuestra actitud histórica hacia nosotros mismos y que supuestamente nos separara del resto de la especie. Nada parece indicar que la «civilización», la «cultura» y/o el cristianismo hayan moderado en modo alguno el temor primordial masculino a la castración. Por el contrario, la historia podría incluso definirse como el estudio de la expresión concreta de ese temor.

Los cristianos en su amplia variedad continuaban la tradición judía altamente desarrollada de la misoginia, el patriarcado y la supresión sexista, también conocida como el jardín del Edén. El mito de creación de Adán y Eva es el mito básico del hombre y la mujer, la creación, la muerte y el sexo. Hay otra leyenda judía, la de Adán y Lilith, que nunca alcanzó ese estatus porque implica otros valores no sexistas y no patriarcales. El relato del Génesis de Adán y Eva en el

Edén contiene, según Hays, tres temas: «la transición de la vida primitiva a la civilización, la llegada de la muerte y la adquisición de conocimiento».[90] Como señala Hays, Dios Padre le ha dicho a Adán que si come del árbol del conocimiento morirá. La serpiente le dice a Eva que ella y Adán no morirán. Resulta que la serpiente dice la verdad inmediata: Adán y Eva no caen muertos, sino que se conocen carnalmente.

El sexo es, según la Biblia, la única fuente de civilización, muerte y conocimiento. Como castigo, Adán debe ir a trabajar y Eva debe tener hijos. Aquí tenemos el inicio de la familia humana y de la ética del trabajo, ambas ligadas a la culpa y a la represión sexual en virtud de sus orígenes. Podría afirmarse, con la seguridad de quien habla a toro pasado, que Adán y Eva siempre fueron mortales y carnales y que, al comer la fruta prohibida, solo se dieron cuenta de cuál había sido siempre su condición. Dios nunca ha sido muy directo con la gente.

Tanto si la moraleja de la historia es que la muerte es un castigo directo por el conocimiento carnal (que podría hacer de la culpa un corolario epistemológico) como si es que la conciencia del sexo y la muerte son coincidentes, el hecho de que el hombre conozca y se sienta culpable está arraigado en el contenido edípico de la leyenda. En un patriarcado, uno no desobedece al padre.

El legado de Adán después del Edén es el conocimiento sexual, la mortalidad, la culpa, el trabajo duro y el miedo a la castración. Adán se convirtió en un hombre humano, el jefe de una familia. Su pecado fue menor que el de Eva, al parecer de nuevo por definición. Incluso en el paraíso, el desenfreno, la infidelidad, la carnalidad, la lujuria, la codicia, la inferioridad intelectual y una estupidez metafísica marcan

su carácter. Sin embargo, su pecado fue mayor que el de Adán. Dios, en su renombrada sabiduría, la creó de una manera que la dejó indefensa contra las artimañas de la serpiente; la serpiente se acercó a ella por esa misma razón. Sin embargo, es ella quien carga con la responsabilidad de la caída. El «doble doblepensar» tiene sin duda un origen bíblico.

El legado de Eva fue una doble maldición: «A la mujer le dijo: "Aumentaré en gran manera los dolores cuando des a luz tus hijos. Tu deseo te llevará a tu marido, y él te dominará"».[91] Por lo tanto, el ciclo menstrual y la agonía tradicional del parto no contienen el castigo completo: el patriarcado es la otra mitad de esa antigua maldición.

Los cristianos, por supuesto, como Avis, haciendo mayores esfuerzos, viendo en la mujer la raíz de todo mal, la limitaron a criar más pecadores para que la Iglesia los salvara. Por eso no es de extrañar que las mujeres siguieran siendo fieles adeptas de los antiguos cultos totémicos de Europa occidental que veneraban la sexualidad femenina, deificaban los órganos sexuales y la capacidad reproductiva, y reconocían a la mujer como la encarnación del poder regenerador de la naturaleza. Los rituales de estos cultos, centrados en la potencia sexual, el nacimiento y los fenómenos relacionados con la fertilidad, habían sido desarrollados por mujeres. La magia era la esencia del ritual, el contenido de la creencia. La magia de las brujas era un imponente catálogo de habilidades médicas relacionadas con los procesos reproductivos y psicológicos, un sofisticado conocimiento de la telepatía, la autosugestión y la heterosugestión, el hipnotismo y las drogas para controlar el estado de ánimo. Las mujeres conocían la naturaleza medicinal de las

plantas y desarrollaron fórmulas para emplearlas. Las mujeres devotas de los cultos paganos desarrollaron la ciencia de la medicina orgánica, utilizando las plantas antes de que existiera la profesión de la medicina. Paracelso, el médico más famoso de la Edad Media, afirmó que todo lo que sabía lo había aprendido de «las buenas mujeres».[92]

Al experimentar con plantas, las mujeres aprendieron que aquellas que podían matar si se administraban en dosis elevadas tenían poderes curativos si se administraban en cantidades más pequeñas. Por desgracia, se recuerda a las brujas como envenenadoras. Las brujas usaban drogas como la belladona y el acónito, anfetaminas orgánicas y alucinógenos. También fueron pioneras en el desarrollo de analgésicos. Realizaban abortos, proporcionaban toda la ayuda médica para los partos, se les consultaban los casos de impotencia, que trataban con hierbas e hipnosis, y fueron las primeras que practicaron la eutanasia. Dado que la Iglesia impuso la maldición de Eva al negarse a permitir cualquier alivio del dolor del parto, se dejó a las brujas la tarea de disminuir el dolor y la mortalidad lo mejor que pudieran. Fue especialmente en su papel de parteras que estas mujeres eruditas ofendieron a la Iglesia, porque, como escribieron Sprenger y Kramer: «Nadie hace más daño a la fe católica que las parteras».[93] La objeción católica al aborto se basaba sobre todo en la maldición bíblica que había convertido la maternidad en un castigo doloroso; no tenía que ver con el «derecho a la vida» del feto no nacido. También se decía que las parteras podían eliminar los dolores del parto de la mujer y transferirlos a su marido, ambos claras transgresiones del mandato y la intención divinos.

Los orígenes del contenido mágico de los cultos paganos se remontan a las hadas, que eran un pueblo neolítico real, de menor estatura que los nativos del norte de Europa o Inglaterra. Eran un pueblo pastoril sin conocimientos de agricultura. Huyeron de asesinos y misioneros más fuertes y más avanzados tecnológicamente que despreciaban su cultura. Establecieron comunidades en el interior y ocultaron sus viviendas en montículos medio escondidos en la tierra. Las hadas desarrollaron las habilidades mágicas por las que, siglos después, las brujas fueron condenadas a la hoguera.

La organización sociorreligiosa de la cultura de las hadas era matriarcal y probablemente poliándrica. La cultura de las hadas aún existía en Inglaterra en el siglo XVII, cuando incluso las creencias paganas de las primeras brujas habían degenerado en la parodia cristiana que asociamos con el satanismo. Los cristianos tenían razón al considerar a las hadas como hechiceras antiguas y originales, pero se equivocaban al entender toda su cultura como una expresión de lo demoníaco. Había comunicación entre las hadas y las mujeres paganas, y cualquier indicio de que una mujer hubiera visitado a las hadas se consideraba una prueba segura de que era bruja.

Había, entonces, tres fenómenos separados, aunque interrelacionados: la raza de hadas con su organización social matriarcal, su conocimiento de la magia y la medicina esotéricas; los cultos de fertilidad orientados a la mujer, en los que también se practicaba la magia y la medicina esotéricas; y, más tarde, los cultos de brujería diluidos, parodias degeneradas del cristianismo. Existe una gran confusión a la hora de distinguir entre los dos últimos fenómenos. Muchas de las mujeres condenadas por la Inquisición

eran verdaderas devotas de la Antigua Religión. Muchas estaban confundidas por la militancia y la agresión cristianas, por no hablar de la tortura y la amenaza de arder en la hoguera, y se veían a sí mismas como brujas diabólicas y malditas.

Es de vital importancia comprender qué era en realidad la Antigua Religión, cómo funcionaba, si queremos entender la naturaleza exacta de la caza de brujas, la cantidad y el tipo de distorsión que el mito del mal femenino hizo posible, quiénes eran las mujeres a las que se quemaba y qué habían hecho realmente. La información de la que disponemos proviene principalmente de las confesiones de brujas acusadas, registradas y distorsionadas por los inquisidores, y del trabajo de antropólogos como Margaret Murray y C. L'Estrange Ewen. El panorama de los cultos de brujería se reconstruye a partir de esas fuentes, pero faltan muchas piezas. Con la muerte de nueve millones de personas desaparece también una gran cantidad de conocimiento. La religión estaba organizada con base en una integridad geográfica. Las comunidades tenían sus propias organizaciones, estructuradas principalmente en aquelarres, en los que ciudadanas locales ejercían como administradoras. Había reuniones semanales que se ocupaban de los negocios, llamadas *esbats*. Luego había reuniones más grandes, llamadas *sabbats*, donde se reunían muchos aquelarres para celebrar fiestas totémicas. Es posible que existiera una organización real a escala continental con un líder todopoderoso, pero las pruebas al respecto son ambiguas. Era una religión proselitista en la medida en que las funcionarias locales trataban de conseguir nuevas adeptas entre la población. Las condiciones para ser miembro de un aquelarre eran el libre consentimiento de la persona, la abjuración de todas las demás

creencias y lealtades (particularmente la renuncia a cualquier lealtad a la nueva fe católica) y una declaración de lealtad al dios cornudo. La membresía era contractual, es decir, las afiliadas firmaban un contrato real que limitaba sus obligaciones con el culto a un número específico de años, tras lo cual eran libres de rescindir su lealtad. La mayoría de las veces, el Diablo «les prometía dinero y que vivirían galantemente y gozarían de los placeres del Mundo…».[94] Es probable que se pagaran las deudas de las neófitas y sin duda también aprendían los secretos de la medicina, las drogas, la telepatía y los conocimientos sanitarios básicos, lo que mejoraría considerablemente todos los aspectos de su existencia terrenal. Según la Iglesia, perdían su alma como parte del trato. Ni que decir tiene, era la Iglesia, y no el Diablo, quien les quitaba la vida.

Una vez que la neófita se decidía por el dios cornudo, pasaba por una iniciación formal, a menudo realizada en el *sabbat*. La ceremonia era sencilla. La iniciada declaraba que se unía al aquelarre por su propia voluntad y juraba devoción al líder del aquelarre que representaba al dios cornudo. Luego se la marcaba con algún tipo de tatuaje que se llamaba la marca de las brujas. La realización del tatuaje era dolorosa y el proceso de curación era largo. Una vez curada, la cicatriz era roja o azul e indeleble. Uno de los métodos predilectos de los cazadores de brujas era afeitar el vello púbico y otro pelo corporal (incluido el pelo de la cabeza, las cejas, etc.) a una mujer sospechosa, y, si encontraban cualquier cicatriz, acusarla de brujería. Además, la existencia de cualquier pezón supernumerario, algo común en todos los mamíferos, era prueba de culpabilidad.

La iniciada solía recibir un nuevo nombre, especialmente si tenía un nombre cristiano como María o Fe. Las niñas, cuando alcanzaban la pubertad, eran iniciadas en el aquelarre: como es natural, las madres querían que sus hijas compartieran la religión familiar. La Inquisición era tan despiadada con las niñas como con las adultas. Hay relatos de niñas que recibían azotes mientras quemaban a sus madres: lo llamaban «prevención».

La ceremonia religiosa, que era el contenido principal del *sabbat*, incluía baile, comida y sexo. Las adoradoras rendían homenaje al dios cornudo besando a su representante, el líder del aquelarre, en cualquier lugar que indicara. El beso era, por lo general, en el culo, según algunos para provocar a los cristianos antisodomíticos. Es posible que ese beso ritual se diera en una máscara que la figura disfrazada —enmascarada, con cuernos, vestida con pieles de animales y probablemente un falo artificial— se ponía debajo de la cola. El disfraz evocaba al antiguo Jano de dos caras.

Las brujas bailaban en corro en dirección opuesta a la trayectoria del sol, un rito antiguo y simbólico. Los luteranos y los puritanos prohibieron el baile porque les recordaba el espectáculo del culto pagano.

Después del baile, las brujas comían. A menudo llevaban su propia comida, siguiendo una tradición similar al picnic, aunque a veces el líder del aquelarre ofrecía un verdadero banquete. Los cristianos alegaban que las brujas eran caníbales y que su cena era una orgía de carne humana, cocinada y adornada como solo el Diablo sabía hacerlo. En realidad, la cena común a todos los *sabbats* era una comida normal y corriente.

Todo el concepto de canibalismo y sacrificio ha sido obstinada, persistente y deliberadamente malinterpretado. No hay pruebas de que las brujas asesinaran a ningún niño vivo para comérselo, ni de que hicieran sacrificios infantiles. Sí existen pruebas de que algunos bebés muertos se comían o se ofrecían como parte de rituales. El canibalismo y su sustituto no tan simbólico, el sacrificio de animales, era una parte vital del ritual de todas las religiones primitivas, incluida la judía. Las brujas participaban en esta tradición con bastante modestia: por lo general, sacrificaban una cabra o una gallina. Fueron los cristianos quienes desarrollaron y extendieron el sistema del sacrificio y el canibalismo del Viejo Mundo hasta extremos casi surrealistas: Cristo, el cordero sacrificial, que agonizó en la cruz hasta la muerte para asegurar el perdón de los pecados de los hombres y cuyos seguidores, de manera simbólica, comen de su carne y beben de su sangre hasta nuestros días. ¿Qué es la Eucaristía si no un canibalismo fosilizado?

La actividad final del *sabbat* era una orgía fálica: sexo pagano y colectivo, y acompañado de drogas. El sexo del *sabbat* se distingue por las descripciones del dolor. Se decía que las relaciones sexuales eran dolorosas, que el falo del líder enmascarado del aquelarre era frío y demasiado grande, y que ninguna mujer concebía jamás. Es posible que la figura cornuda usara un falo artificial para poder cubrir a todas las celebrantes. La Antigua Religión, a diferencia de la religión cristiana, celebraba la sexualidad, la fertilidad, la naturaleza y el lugar de la mujer en ella, y el sexo colectivo era un rito lógico y sumamente sagrado.

El culto a los animales también es característico de los sistemas religiosos basados en la naturaleza. Los primeros seres humanos

existieron entre animales y apenas se distinguían de ellos. Mediante los rituales religiosos, las personas se diferenciaban de los animales y los honraban, pues eran su alimento, su sustento. Había un respeto por el mundo natural: los seres humanos eran cazadores y presas al mismo tiempo. Tenían una perspectiva muy lúcida. Adoraban el espíritu y el poder que veían manifestado en el mundo carnívoro del que formaban parte. Cuando el hombre empezó a ser «civilizado», a separarse de la naturaleza, a situarse por encima de la mujer (él se convirtió en Mente, ella se convirtió en Carnalidad) y de otros animales, comenzó a buscar el poder sobre la naturaleza, un control mágico. Los cultos de las brujas aún conservaban una visión muy marcada de las personas como parte de la naturaleza y los animales seguían ocupando un lugar central tanto en los rituales como en la conciencia de las brujas. Los cristianos, que sentían un odio profundo y compulsivo por el mundo natural, pensaban que las brujas, por malicia y ansia de poder (sin duda, pura proyección), habían movilizado a la naturaleza y los animales para formar un ejército anticristiano robotizado. Los cazadores de brujas estaban convencidos de que sapos, ratas, perros, gatos, ratones, etc. recibían órdenes de las brujas, llevaban maldiciones de una granja a otra, causaban muerte, histeria y enfermedades. Pensaban que la naturaleza era una conspiración masiva contra ellos y que esta conspiración estaba organizada y controlada por mujeres malvadas. De hecho, se los puede considerar pioneros en la política de la paranoia total; desarrollaron el modelo clásico para esa patología cuya consecuencia lógica es el genocidio. Sus métodos para lidiar con la amenaza de las brujas se desarrollaban empíricamente; sentían un profundo respeto por la efectividad. Por ejemplo, cuando

una mujer era sospechosa de brujería, la encerraban en una habitación vacía durante varios días o semanas, y si cualquier criatura viva, algún insecto o araña, entraba en la habitación, se identificaba a esa criatura como espíritu animal de la mujer y con ello quedaba demostrado que era culpable de brujería. Por supuesto, dado que los insectos están en todas partes, sobre todo en los muebles de madera, esta prueba de culpabilidad siempre funcionaba.

Los gatos se asociaban especialmente con las brujas. Esa asociación se basa en el antiguo significado totémico del gato:

> Es bien sabido que para los egipcios los gatos eran sagrados. Eran considerados encarnaciones de Isis y también había una deidad felina. […] A través de Osiris (Ra) se asociaban con el sol; se creía que los rayos del «gato solar», que se retrataba matando a la «serpiente de las tinieblas» cada amanecer, producían fecundidad en la Naturaleza y, por lo tanto, los gatos eran figuras de fertilidad. […] Los gatos también estaban asociados con Hathor, una diosa con cabeza de vaca, y por tanto con los cultivos y la lluvia. […]
>
> Sin embargo, aún más fuerte era la asociación del gato con la luna, y así el gato era símbolo de una diosa virgen, una encarnación de madre virgen. En su papel de diosa lunar, era inviolable y autorrenovable […], el círculo que forma en una posición acurrucada [se considera como] el símbolo de la eternidad, una recreación interminable.[95]

Los cristianos no solo convirtieron al dios cornudo en Satanás, sino también al gato sagrado en una encarnación demoníaca. Las brujas, al aceptar los espíritus animales y en particular con su predilección por los gatos, solo participaban en una antigua tradición cuya esencia era el amor y el respeto por el mundo natural.

También se creía que la bruja podía transformarse en un gato u otro animal. Esta idea, llamada licantropía, tiene una doble cara:

> … por un lado, la creencia de que una bruja o una persona guiada por el diablo asume temporalmente una forma animal, para asolar o destruir; o, por otro, la creación de un animal «doble» en el que, dejando el cuerpo humano sin vida en casa, él o ella puede vagar, atemorizar o atacar a la humanidad. [96]

Los orígenes de la creencia en la licantropía se remontan a rituales en grupo en los que los celebrantes, disfrazados de animales, recreaban movimientos y sonidos de animales e incluso patrones de caza. Estas celebraciones rituales serían prehistóricas. Las propias brujas, mediante el consumo de belladona, acónito y otras drogas, sentían que se convertían en animales.(8) El efecto de la creencia en la licantropía en la población general fue electrizante: un perro callejero, un gato salvaje, una rata, un sapo… Todos eran brujas, agentes de Satanás, que traían consigo sequía, enfermedad y muerte. Cualquier animal del entorno era peligroso, demoníaco. La leyenda del hombre lobo (popularizada en la fábula de Caperucita Roja) causaba terror. En Labout, se quemó a doscientas personas acusadas de ser hombres lobo. Había innumerables historias de granjeros que disparaban a animales que los acosaban por la noche, y a la mañana siguiente descubrían que una respetable matrona de la ciudad había resultado herida precisamente de la misma manera.

Las brujas, por supuesto, también podían volar con escobas, y a menudo lo hacían. Antes de ir al *sabbat*, ungían sus cuerpos con una mezcla de belladona y acónito, lo que causaba delirio, alucinaciones y la sensación de estar volando. El palo de escoba era un símbolo

casi arquetípico de la feminidad, igual que la horca lo era de la masculinidad. La levitación se consideraba algo poco habitual pero auténtico:

> En cuanto a su historia, una de las convicciones más tempranas, común a casi todos los pueblos, es que no solo los seres sobrenaturales, ángeles o demonios, vuelan o flotan en el aire a voluntad, sino que también pueden hacerlo aquellos humanos que invocan su ayuda. La levitación entre los santos era, y lo es para los devotos, aceptada como un hecho objetivo. El ejemplo más famoso es el de San José de Cupertino, cuyos vuelos extáticos (se posaba en los árboles) causaron vergüenza en el siglo XVII. Sin embargo, la imagen del vuelo, en trance celestial, se ha afirmado a lo largo de toda la historia de la Iglesia, y no solo en figuras tan destacadas como San Francisco, San Ignacio de Loyola o Santa Teresa. […] En la Edad Media se consideraba un milagro, pero estaba establecido con firmeza. […] Por tanto, no es en absoluto notable que se creyera que las brujas volaban […] [aunque] la Iglesia prohibió expresamente, durante el reinado de Carlomagno, cualquier creencia de que las brujas volaban.[97]

Así pues, con la coherencia que la caracteriza, la Iglesia dijo que los santos podían volar, pero las brujas no. En lo que respecta a las brujas, confiaban en su experiencia, sabían que volaban. Coincidían en esto con santos cristianos, yoguis, místicos de todas las tradiciones, en la realización de un fenómeno tan antiguo que parecería extenderse casi hasta los orígenes del impulso religioso en las personas.

Ahora sabemos casi todo lo que se puede saber sobre las brujas: quiénes eran, en qué creían, qué hacían, la visión que la Iglesia tenía de ellas. Hemos visto las dimensiones históricas de un mito del mal femenino que llevó a la matanza de nueve millones de personas, casi todas mujeres, a lo largo de más de trescientos años. La

evidencia real de esa matanza, su memoria, se ha suprimido durante siglos para que pudiera sobrevivir el mito de la mujer como la criminal originaria, el vientre abierto e insaciable. Junto con los nueve millones de personas se aniquiló toda una cultura centrada en la mujer, centrada en la naturaleza; todo su conocimiento ha desaparecido, todo su saber se ha destruido. Los historiadores (blancos, hombres y sin ninguna credibilidad para las mujeres, indios, negros y otros pueblos oprimidos cuando comienzan a buscar las cenizas de su propio pasado) juzgaron que la masacre de las brujas carecía de suficiente importancia para incluirla en las crónicas de aquellos siglos, excepto como una nota al pie, no tenía suficiente importancia para ser vista como la esencia de aquellos siglos: no reconocieron los siglos de ginecidio, no registraron la angustia de aquellas muertes.

Nuestro estudio de la pornografía, nuestra experiencia de vida, nos dice que el mito del mal femenino que los cristianos de la Edad Media vivieron con tanta determinación sigue vivito y coleando, aquí y ahora. Nuestro estudio de la pornografía, nuestra experiencia de vida, nos dice que, aunque las brujas estén muertas porque las quemaron vivas en la hoguera, la creencia en el mal femenino no lo está, el odio a la carnalidad femenina no lo está. La Iglesia no ha cambiado sus premisas; la cultura no ha refutado esas premisas. Somos nosotras y nosotros, los herederos de ese mito, quienes debemos destruirlo, tanto el mito como las instituciones que se basan en él.

Cuarta parte

Androginia

Cuando se libere la energía sexual de las personas, se romperán las cadenas.

La lucha por romper el molde es de vital importancia. Porque, de lo contrario, estamos contenidos en moldes que nos niegan la posibilidad de realizar una forma (una técnica) para escapar del fuego en el que nos consumimos.

El viaje hacia el amor no es romántico.

Julian Beck, *The Life of the Theatre*

Queremos destruir el sexismo, es decir, las definiciones de roles opuestos de macho y hembra, hombre y mujer. Queremos destruir el poder patriarcal desde su fuente principal, la familia; en su forma más horrible, el estado-nación. Queremos destruir la estructura de la cultura tal como la conocemos, su arte, sus iglesias, sus leyes: todas las imágenes, instituciones y conjuntos mentales estructurales que definen a las mujeres como un conducto de follar húmedo y caliente, una raja caliente.

La mitología andrógina nos proporciona un modelo que no utiliza definiciones de roles opuestos, donde las definiciones no son, implícita o explícitamente, hombre = bueno, mujer = mala, hombre = humano, mujer = otro. Los mitos de la androginia son modelos mitológicos multisexuales. Van mucho más allá de la bisexualidad tal como la conocemos en los escenarios que sugieren para construir comunidad, para realizar la máxima expresión de la posibilidad y creatividad sexual humana.

La androginia como concepto no incorpora ninguna idea de represión sexual. Donde la mujer es la carnalidad, y la carnalidad es el mal, es lógico (¡viva la lógica!) que la mujer deba ser encadenada, azotada, castigada, purgada; que follar es algo vergonzoso, prohibido, terrible, culpabilizado. La androginia como la base de la

identidad sexual y la vida comunitaria no impone tales imperativos. La libertad sexual y la libertad para las mujeres biológicas, o todas las personas «femeninas», no pueden separarse. Afirmar que son diferentes y que la libertad sexual tiene prioridad es la peor de las exageraciones sexistas. La androginia puede ayudar a alcanzar ambos objetivos. Quizá sea el único camino abierto hacia la libertad para las mujeres, los hombres y toda esa mayoría emergente, el resto de nosotros.

8

Androginia.
El modelo mitológico

Se trata de encontrar el modelo adecuado. Nacemos en un mundo en el que las posibilidades sexuales están sumamente restringidas: Cenicienta, Blancanieves, Bella Durmiente; O, Claire, Anne; amor romántico y matrimonio; Adán y Eva, la Virgen María. Estos modelos son el mensaje fundamental de esta cultura: definen conjuntos psicológicos y patrones de interacción social que vivimos en nuestros roles como adultos. Funcionamos dentro del escenario sociorreligioso de lo correcto y lo incorrecto, lo bueno y lo malo, lo lícito y lo ilícito, lo legal y lo ilegal, todo saturado de vergüenza y culpa. Estamos programados por la cultura con tanta precisión como las ratas están programadas para recorrer el arduo camino en el laberinto del científico, y esa programación opera en todos los niveles de decisión y acción. Por ejemplo, hemos visto cómo el espíritu romántico se relaciona con la forma en que las mujeres se visten y embellecen sus cuerpos y cómo ese comportamiento regula literalmente la movilidad física de las mujeres. Para cualquier aspecto del comportamiento podemos encontrar la fuente de la respuesta programada en la estructura cultural. La preocupación

obsesiva del hombre occidental por la libertad metafísica y política resulta casi ridícula en este contexto.

Los psicólogos de la psicología profunda consideran al hombre el centro de su mundo: su psique es el universo primario que gobierna, muy directamente, el universo secundario, distinto de él, de la naturaleza. Los filósofos consideran al hombre, en la parte fragmentada y muy sobrevalorada llamada intelecto, el centro del mundo natural; de hecho, este es su único miembro significativo. Los artistas consideran al hombre, aislado en su función creativa, el centro del proceso creativo, del lienzo, del poema, un ingeniero de la cultura. Los políticos consideran al hombre, representado por su organización sociopolítica y sus ejércitos, el centro de cualquier poder planetario que pueda ser relevante y significativo. Los religiosos consideran a Dios un sustituto del hombre, creado precisamente a imagen del hombre, pero más aún, erigido en padre de la familia humana. La idea del hombre como parte del mundo natural, integrado en él, de una forma tan particular (ni más ni menos) como la tarántula, con una función tan importante (ni más ni menos) como la de la abeja melífera o el árbol, está en declive, y su declive no se extiende una década, o un siglo, sino a lo largo de toda la historia escrita. La arrogancia que caracteriza la relación del hombre con la naturaleza (simplemente, que él es superior a la naturaleza) es precisamente la misma arrogancia que caracteriza su relación con la mujer (simplemente, que él es superior a la mujer). Aquí vemos la ecuación completa: mujer = carnalidad = naturaleza. La separación del hombre de la naturaleza, en la que el hombre queda por encima, es la responsable directa de la situación ecológica actual que puede llegar a provocar la extinción de muchas formas de

vida, incluida la humana. El hombre ha tratado la naturaleza igual que ha tratado a la mujer: con violación, saqueo y violencia. El mundo fenomenológico se caracteriza por la diversidad, la complejidad y la reciprocidad de sus interacciones, y la única posibilidad que tiene el hombre para sobrevivir en ese mundo consiste en encontrar la manera adecuada de relacionarse con él.

En el ámbito de las relaciones humanas, el problema es similar. Como individuos, nos percibimos a nosotros mismos como el centro del mundo social concreto que habitamos. Pensamos que somos libres y nos negamos a ver que somos *funciones de nuestra cultura particular*. Esa cultura ya no nos refleja orgánicamente, no es nuestra suma total, no es la fenomenología colectiva de nuestras posibilidades creativas: nos posee y nos gobierna, nos reduce, obstruye el flujo de energía y actividad sexual y creativa, penetra incluso en lo que Freud llamó el «ello», disfraza de pesadilla el deseo natural. Para lograr un equilibrio adecuado en la interacción humana, debemos encontrar formas de transformarnos, de pasar de ser agentes definidos por la cultura a seres definidos por la naturaleza. Debemos encontrar formas de destruir los personajes culturales impuestos a nuestra psique y descubrir formas de relación, comportamiento, ser e interacción sexual que sean compatibles con nuestras posibilidades naturales inherentes. Debemos alejarnos de las definiciones perversas y bidimensionales que provienen de la represión sexual, que son la fuente de la opresión social, y avanzar hacia maneras creativas, plenas y multidimensionales de expresión sexual.

En esencia, el argumento es este: miramos el mundo que habitamos y vemos desastres por todas partes; estados policiales;

prisiones y hospitales psiquiátricos llenos a rebosar; alienación de los trabajadores de su trabajo, de las mujeres y los hombres entre sí, de niños de la comunidad adulta, gobiernos que desprecian a su ciudadanía, personas dominadas por un odio intenso hacia sí mismas; violencia callejera, asaltos, violaciones, asesinos a sueldo, asesinos psicópatas; consumismo desenfrenado, poder y riqueza concentrados; hambre, miseria, inanición, campamentos llenos de refugiados. Estos fenómenos marcan la distancia entre el hombre civilizado y el hombre natural, el hombre tribal, cuyos patrones sexuales y sociales funcionaban de una manera más integrada y equilibrada. Sabemos cómo es ahora y queremos saber cómo era entonces. Aunque no podamos reconstruir el momento en que los humanos aparecieron en la evolución con una humanidad reconocible, ni analizar a esas personas para ver cómo era la existencia; aunque no podamos tratar de emular rituales y formas sociales de las sociedades tribales, ni comprender y después imitar la relación dinámica que las sociedades primitivas tenían con el resto del mundo natural; aunque ni siquiera podamos saber mucho de lo que sucedió antes de que las personas hicieran cerámica y construyeran ciudades; aunque no podamos (y tal vez no queramos) borrar el conocimiento que tenemos (de viajes espaciales y vacunas contra la polio, de cemento e Hiroshima), todavía podemos encontrar vivos en la cultura los ecos de un tiempo lejano en el que las personas estaban más juntas, en un sentido figurado y literal. Estos ecos reflejan un periodo del desarrollo humano en el que las personas funcionaban como parte del mundo natural, no en su contra; cuando hombres y mujeres, machos y hembras, eran lo que

eran, no polos opuestos, separados por su ropa y su papel en castas, piezas fragmentadas de un todo inimaginable.

En los últimos años, los psicólogos de la profundidad en particular han recurrido a sociedades primitivas y situaciones tribales en un intento de descifrar las dinámicas básicas masculinas y femeninas. El intento más notable ha sido el de Jung, y es necesario afirmar aquí que, por admirable que a veces sea el resto de su obra, Jung y sus seguidores llevaban consigo el bagaje del patriarcado y el dualismo sexual en su búsqueda. Jung describe lo masculino y lo femenino en términos absolutos como conceptos nativos de la cultura, como arquetipos preexistentes en la psique. Lo masculino se define como autoridad, lógica, orden, aquello que es saturniano y encarna los valores correspondientes del patriarcado; lo femenino se define como emocional, receptivo, anárquico, bajo el signo de Cáncer. El matriarcado precedió al patriarcado porque los valores patriarcales (en especial la necesidad de una organización compleja) caracterizan a las sociedades avanzadas, mientras que los valores femeninos caracterizan a las sociedades tribales más primitivas. En lo que respecta a los hombres y mujeres individuales, la psique masculina tiene un componente femenino (el subconsciente) que es anárquico, emocional, sensible, lunar, y la personalidad femenina tiene un componente masculino (la conciencia o mente) que puede definirse como una capacidad para el pensamiento lógico. Por supuesto, las mujeres biológicas están gobernadas por el subconsciente; los hombres están gobernados, como es lógico, por la conciencia, la mente, el intelecto. Cabría imaginar un tiempo y un lugar donde el intelecto no se valorara por encima de lo anárquico, lo emocional, lo sensible (¿lo lunático?), pero sería una fantasía de lo más gratuita.

Jung nunca cuestionó la arbitrariedad cultural de estas categorías, nunca las analizó para ver sus implicaciones políticas, nunca supo que eran sexistas, que él mismo estaba actuando como un instrumento de opresión cultural.

En el libro *Los misterios de la mujer*, M. Esther Harding, estudiosa de Jung y mecenas del Instituto C. G. Jung, aplica la ontología junguiana a un estudio de la mitología. Tomando la Luna como la santa patrona de las mujeres (e ignorando cualquier imaginario masculino asociado con la luna, a pesar de su importancia; ignorando cualquier imaginario femenino vinculado al sol, a pesar también de su importancia), Harding termina identificando a la mujer con lo demoníaco, al igual que la Iglesia católica:

> Pero si ella se detiene lo suficiente para mirar en su interior, también podría tomar conciencia de impulsos y pensamientos que no se corresponden con sus actitudes conscientes, sino que son el resultado directo del ser femenino crudo e indomable en su interior. Sin embargo, la mayoría de las veces una mujer no mirará estos oscuros secretos de su propia naturaleza. Es demasiado doloroso, demasiado debilitante para el carácter consciente que se ha construido; prefiere pensar que realmente es como aparenta ser. Y, en efecto, su tarea consiste en interponerse entre el Eros que lleva dentro y el mundo exterior, y lidiar con su propia adaptación femenina al mundo para hacer humano, por así decirlo, el poder demoníaco del principio femenino no humano.[98]

Eros, el subconsciente, el flujo de energía sexual humana, descrito tal y como los cazadores de brujas lo describieron, «el poder demoníaco del principio femenino no humano». Harding representa plenamente el punto de vista junguiano.

Es una consecuencia natural de esta postura dualista que el hombre y la mujer se enfrenten entre sí y que el conflicto sea el modo dinámico de relación disponible entre lo masculino y lo femenino, hombres y mujeres, cuando se encuentran:

> Estas discrepancias en sus actitudes dependen del hecho de que la constitución psíquica de hombres y mujeres es esencialmente diferente; son espejos opuestos el uno del otro. […] De modo que su naturaleza y sus valores esenciales son diametralmente opuestos.[99]

Estos conjuntos masculinos y femeninos se definen como arquetipos, incrustados en un inconsciente colectivo, la estructura dada de la realidad. Son polos opuestos; su modo de interacción es el conflicto. No es posible que se entiendan entre sí porque son absolutamente diferentes; y, por supuesto, siempre es más fácil ejercer la violencia contra «lo otro», algo cuya «naturaleza y valores» son otros. (Las mujeres nunca han entendido que son, por definición, «lo otro», lo no masculino, por tanto, lo no humano. Ahora bien, los hombres sí perciben a las mujeres como totalmente opuestas, como «lo otro». Qué fácil es la violencia). De todas maneras, como Jung era un buen hombre y los junguianos son buenas personas, hay un final feliz: aunque estas dos fuerzas, masculina y femenina, son opuestas, también son complementarias, dos mitades de un todo. No hay uno superior y uno inferior. No hay uno bueno y uno malo. Sin embargo, esta resolución es inadecuada, porque la cultura, en su ficción y en su historia, demuestra que uno (lo masculino, lo lógico, el orden, el ego, el padre) es bueno y superior y el otro (adivina cuál) es malo e inferior. Toda la parafernalia del patriarcado conspira para suprimir el llamado

principio femenino de Eros a través de la opresión psicológica, fisiológica y económica de quienes son biológicamente mujeres. La ontología de Jung está al servicio de aquellas personas e instituciones que suscriben el mito del mal femenino.

La identificación de lo femenino con el Eros, o la energía erótica (la carnalidad con otro nombre), proviene de una incomprensión fundamental de la naturaleza de la sexualidad humana. La información esencial que posibilitaría una concepción no sexista y no represiva de la sexualidad se encuentra en los mitos de la androginia, mitos que describen la creación del primer ser humano como hombre y mujer en una sola forma. En otras palabras: Jung eligió el modelo equivocado, los mitos equivocados, sobre los que construir una psicología de lo masculino y lo femenino. Utilizó mitos impregnados de valores patriarcales, mitos que ganaron adeptos en las culturas dominadas por los hombres. Los descubrimientos antropológicos que alimentaron la formación de sus teorías revelan fragmentos relativamente recientes de la historia humana. Con pocas excepciones, toda la información antropológica de la que disponemos trata de un pasado cercano.(9) Pero los mitos que conforman la base de nuestra cultura y la legitiman son burdas perversiones de los mitos originales de la creación que moldearon la psique de los pueblos antiguos, probablemente menos ensimismados y más conscientes. Todos los mitos originales se refieren a un andrógino primigenio: una deidad andrógina, un pueblo andrógino. Las corrupciones de estos mitos del andrógino primigenio defienden sin excepción los conceptos patriarcales de polaridad sexual, de dualidad, de masculino y femenino como opuestos y antagónicos. El mito de un andrógino primigenio sobrevive como parte de una

auténtica clandestinidad cultural: a pesar de ser ignorado, despreciado por una cultura que plantea otros valores, y a pesar de que quienes han vinculado su estilo de vida directamente a él han sido condenados al ostracismo y perseguidos.

Y ya que hablamos tanto de mito y mitología, ¿qué es el mito y por qué tiene tanta importancia? La mejor definición sigue siendo la de Eliade, quien escribió en *Mitos, sueños y misterios*:

> ¿Qué es exactamente un mito? En el lenguaje vigente en el siglo XIX, «mito» era todo lo que se oponía a la «realidad»: la creación de Adán, o el hombre invisible, no menos que la historia del mundo descrita por los zulúes, o la *Teogonía* de Hesíodo: todos estos eran «mitos». Como muchos otros clichés de la Ilustración y del positivismo, este también era de origen y estructura cristianos; pues, según el cristianismo primitivo, todo lo que no podía justificarse por referencia a uno u otro de los testamentos era falso; era una «fábula». Pero las investigaciones de los etnólogos nos han obligado a ir más allá de esta herencia semántica de las polémicas cristianas contra el mundo pagano. Por fin estamos empezando a conocer y comprender el valor del mito, tal como se ha desarrollado en sociedades «primitivas» y arcaicas, es decir, en aquellos grupos humanos donde el mito es la base misma de la vida social y la cultura. Ahora bien, hay algo que nos llama la atención de inmediato: en tales sociedades se cree que el mito expresa la *verdad absoluta*, porque narra una *historia sagrada*; es decir, una revelación transhumana que tuvo lugar en los albores del Gran Tiempo. […] Al ser *real* y *sagrado*, el mito se vuelve ejemplar y, en consecuencia, *repetible*, ya que sirve como modelo y, de la misma manera, como justificación de todas las acciones humanas. En otras palabras, *un mito es una historia verdadera de lo que sucedió al principio de los tiempos, y proporciona el patrón para el comportamiento humano*.[100] [La cursiva es mía].

Yo ampliaría la definición de Eliade en un solo aspecto: no es solo en las sociedades primitivas y arcaicas donde los mitos proporcionan

este modelo de comportamiento, sino en todas las sociedades humanas. La distancia entre el mito y la organización social es tal vez mayor, o más intrincada, en las sociedades tecnológicas avanzadas, pero el mito todavía opera como la subestructura del colectivo. La historia de Adán y Eva afectará la forma que tomen los asentamientos en la Luna y en Marte, y la versión cristiana del mito primitivo del sacrificio de fertilidad divina ya satura los medios de comunicación de tecnología más avanzada.

¿Cuáles son los mitos de la androginia y cómo los ubicamos tras los mitos de polaridad con los que estamos familiarizados? Comencemos con los conceptos chinos de yin y yang.

El yin y el yang se asocian comúnmente con lo femenino y lo masculino. La ontología china, tan atractiva en la medida en que parece dar una descripción completa, armoniosa y libre de valores de los fenómenos naturales, describe el movimiento cósmico como una manifestación cíclica y profundamente entrelazada del yang (masculino, agresivo, luz, primavera, verano) y yin (femenino, pasivo, oscuridad, otoño, invierno). Con demasiada frecuencia, las identificaciones sexuales reducen los conceptos a polaridades conceptuales: se utilizan para fijar la naturaleza propia de hombres y mujeres, así como las fuerzas de lo masculino y lo femenino. Estas definiciones, al igual que las junguianas que se basan en ellas, están en apariencia modificadas por las afirmaciones de que 1) todas las personas están compuestas tanto de yin como de yang, aunque en el hombre predomina el yang y en la mujer predomina el yin, como debe ser; 2) estas fuerzas masculina y femenina son dos partes de un todo, igualmente vitales, mutuamente indispensables. Por desgracia, si prestamos atención a la vida cotidiana, esa encarnación

biológica del yin, la mujer, se encuentra, como de costumbre, en la mitad oscura del universo.

Las connotaciones sexuales del yin y el yang, sin embargo, están adheridas a los conceptos originales. Reflejan una cultura ya patriarcal y misógina. Richard Wilhelm, en un ensayo sobre un antiguo texto chino llamado *El secreto de la flor de oro*, proporciona los significados incorruptos del yin y el yang:

> A partir del tao y el tai-chi [«el gran eje, el principio supremo»] se desarrollan los principios de la realidad, siendo un polo la luz (yang) y el otro la oscuridad, o lo sombrío (yin). Algunos estudiosos europeos han recurrido primero a referencias sexuales para hallar una explicación, pero los personajes se refieren a fenómenos de la naturaleza. Yin es sombra, por tanto, el lado norte de una montaña y el lado sur de un río. […] Yang, en su forma original, indica banderines ondeantes y, en relación con el carácter del yin, le corresponden el lado sur de una montaña y el lado norte de un río. Aunque empezó solo con el significado de «luz» y «oscuridad», el principio se expandió a todos los polos opuestos, incluidos los sexuales. Sin embargo, dado que tanto el yin como el yang tienen un origen común en el Todo indiviso y están activos solo en el ámbito de los fenómenos, donde el yang aparece como el principio activo y condicionante, y el yin como el principio pasivo que es derivado y condicionado, está bastante claro que un dualismo metafísico no es la base de estas ideas.[101]

La luz y la oscuridad son obvias en un sentido fenomenológico: hay día y se convierte lentamente en noche, que luego se convierte lentamente en día. Cuando los hombres comenzaron a conceptualizar la naturaleza del universo, los fenómenos de la luz y la oscuridad fueron un punto de partida obvio. Según mi experiencia, la noche y el día son más parecidos que diferentes, de manera que no podrían ser opuestos. El hombre, al conceptualizar,

ha reducido los fenómenos a dos, cuando los fenómenos son más complejos y sutiles de lo que el intelecto puede imaginar.

Aun así, ¿por qué es lo femenino, lo sexualmente femenino, lo que se encarna en el yin? Incluso el patriarcado y la misoginia empezaron en algún lugar. Aquí solo puedo hacer suposiciones. Sabemos que hubo un tiempo en que los hombres eran cazadores y las mujeres plantadoras. Ambas formas de trabajo eran esenciales y arduas. Ambas exigían una fuerza física increíble y un conocimiento y habilidad considerables. ¿Por qué los hombres cazaban y las mujeres plantaban? Claramente, las mujeres plantaban porque a menudo estaban embarazadas, y aunque el embarazo no las hacía débiles y pasivas, sí significaba que no podían correr, quedarse sin comida durante largos periodos de tiempo o sobrevivir en las condiciones que exigía la caza. Es probable que en épocas muy tempranas de la historia de la humanidad, las mujeres también fueran cazadoras, y que fuera crucial para la supervivencia de la especie que se convirtieran en plantadoras, primero para complementar el suministro de alimentos y segundo para reducir la mortalidad infantil y femenina. Vemos que la primera división del trabajo basada en el sexo biológico se originó en un imperativo fundamental de supervivencia. En los primeros tiempos, sin anticonceptivos y sin una conciencia del lugar que ocupaba el hombre en el proceso de fertilización, se atribuyó a las mujeres un poder mágico supremo que inspiraba admiración y temor en los hombres. A medida que desarrollaron sus habilidades con las plantas, encarnaron de forma aún más explícita la fertilidad, la procreación y, por supuesto, la muerte. El abrumador maná de las mujeres, junto con la alta mortalidad que acompañaba al parto, bien

podría haberse relacionado con prácticas de protección, segregación y restricción social cada vez mayor. Con el embarazo como algo inevitable en la vida de una mujer, los hombres comenzaron a organizar la vida social de manera que excluyera a la mujer, lo que la limitaba a vivir de su función reproductiva.

A medida que los hombres comenzaron a conocer el poder, ese poder directamente relacionado con la exclusión de las mujeres de la vida comunitaria, se desarrolló el mito del mal femenino y proporcionó justificación para leyes, ritos y otras prácticas que relegaban a las mujeres a bienes de propiedad. Como corolario, los hombres desarrollaron ese gusto por subyugar a los demás y acumular poder y riqueza que los caracteriza hasta el día de hoy.

Volviendo al yin y al yang, lo fundamental es tomar conciencia de que estos conceptos, en su origen, no estaban conectados con el sexo. Para ser más concretos, el Gran Origen (primer ser) de las crónicas chinas es la mujer sagrada T'ai Yuan, que era un andrógino, una manifestación combinada de yin y yang. Aquí se da primacía al principio femenino (el género del nombre es femenino) debido a la función generativa de la mujer.

Para los budistas tibetanos, las llamadas polaridades masculino-femenino se llaman *yabyum*; para los hindúes indios, se llaman Shiva y Shakti. En las sectas tántricas de ambas tradiciones, se encuentra un culto religioso vivo unido al mito de un andrógino primigenio, a la unión de lo masculino y lo femenino. También se encuentra, como era de esperar, que los cultos tántricos son condenados por la cultura madre con la que se identifican. El rito religioso culminante de los tántricos es el coito sacramental, la unión

ritual del hombre y la mujer que logra alcanzar, aunque solo sea simbólicamente, la energía andrógina original.

Esto es lo que más llama la atención cuando observamos el *yabyum* y Shiva-Shakti:

> El hinduismo asignó el sistema de símbolos masculinos al polo pasivo, el femenino al activo; el budismo hizo lo contrario; el hinduismo asignó el principio de conocimiento al polo masculino pasivo y el principio dinámico al polo femenino activo; el budismo *vajrayana* lo hizo a la inversa.[102]

La explicación de esta gran diferencia, esta asociación en un caso de lo femenino a lo pasivo y en el otro de lo femenino a lo activo, es que estas asociaciones se hicieron de manera arbitraria.[103] Dos convicciones vitales para la ontología sexista se ven socavadas: que en todas partes lo femenino es sinónimo de pasivo, receptivo, etc., y por tanto debe ser cierto; que la definición de lo femenino como pasivo, receptivo, etc., proviene del hecho visible e incontrovertible de la pasividad femenina, la receptividad, etc.

En la mitología hindú, a diferencia de la mitología judía, el mundo fenomenológico no es creado por Dios como algo distinto de él. Es la divinidad en manifestación. Como lo describe Campbell: «La imagen del ancestro andrógino se desarrolla a partir de una lectura esencialmente psicológica del problema de la creación».[104] En una descripción de ese ser andrógino, encontramos: «Era tan grande como un hombre y una mujer abrazados. Este Ser luego se dividió en dos partes; y así había un maestro y una maestra. Por lo tanto, este cuerpo, por sí mismo, como declara el sabio Iagñavalkia, es como la mitad de un guisante partido».[105]

En Egipto, una de las primeras formas de deidad lunar fue Isis-Neit, un andrógino. La Artemisa griega era andrógina. También lo es Awonawilona, dios principal del pueblo zuñi. El dios griego Eros también era andrógino.

Platón, repitiendo una versión corrupta de un mito mucho más antiguo, describe en *El banquete* tres tipos de seres humanos originales: hombre/hombre, hombre/mujer y mujer/mujer. Estos humanos originales eran tan poderosos que los dioses los temían, por lo que Zeus, cuya propia ascendencia andrógina no le impidió convertirse en el machito de turno, los partió por la mitad.

Los aranda de Australia conocen a un ser sobrenatural llamado Numbakulla, «Eterno», que hizo andróginos a los primeros seres, luego los separó y luego los ató con cáñamo para hacer parejas. En esencia, esta historia se repite en todo el mundo primitivo.

Ciertas tribus africanas y melanesias tienen imágenes ancestrales de un ser con pechos, pene y barba. Las estatuas hindúes que muestran a Shiva y Shakti unidos participan de la misma tradición religiosa: percibimos que están unidos sexualmente, pero también es posible que representen un cuerpo andrógino literal.

Todavía hay prácticas religiosas devocionales que se remontan a la mitología del andrógino primigenio: el tantrismo, por ejemplo, tanto en sus manifestaciones tibetanas como indias, participa claramente de esa tradición. Posiblemente el rito de la subincisión, que se practica en Australia, está arraigado de manera similar en el mito andrógino. La subincisión es el corte ritual que abre la parte inferior del pene para formar una hendidura permanente en la uretra. La abertura se llama «matriz del pene». Campbell señala que «la subincisión produce artificialmente un hipospadias que se asemeja a

la de cierta clase de hermafroditas».[106] El regreso a la androginia, donde se manifiesta, es sacro, fuerte, convincente. Es interesante especular aquí sobre el tabú del incesto. La explicación freudiana del complejo de Edipo y su significado sirve a los imperativos de una cultura patriarcal, de la moral judeocristiana, y sigue siendo en gran medida indiscutible. Pero las primeras configuraciones devocionales madre-hijo son las de una Madre/Diosa y su Hijo/Amante. El hijo es amante de la madre y es sacrificado ritualmente en un momento predeterminado (las madres no deben ser posesivas). Este sacrificio no está relacionado con la culpa o el castigo: es un sacrificio sagrado que santifica a la tribu, honra la ofrenda y se basa en patrones cíclicos de fertilidad de la vida, la muerte y la regeneración. Estos ritos, asociados con el culto a la Gran Madre (la primera corrupción del Gran Origen, o andrógino primigenio) implicaban relaciones rituales entre madre e hijo, con el subsiguiente sacrificio del hijo. Hubo un tiempo en que se sacrificaba tanto un hijo como una hija, pero a medida que la hija se convirtió en una sustituta de la madre, se sacrificaba solo al hijo. Este conjunto sacralizado, Madre/Diosa-Hijo/Amante, y los rituales asociados con él, son desarrollos posandróginos, es decir, hombres y mujeres experimentaron la separación (no la dualidad) e intentaron recrear simbólicamente el estado andrógino de la mente y el cuerpo a través de lo que ahora llamamos incesto. Si es cierto que las implicaciones de los mitos de la androginia en cuanto a comportamiento van en contra de toda noción de moralidad judeocristiana, o más en general de moral sexista, la consecuencia lógica sería que el incesto es el tabú principal de esta y otras culturas similares porque tiene sus raíces en la mentalidad andrógina sexualmente dinámica. De hecho, no

sorprende descubrir que las primeras versiones de la historia de Edipo no terminan con Edipo sacándose los ojos. Sófocles retrata a Edipo abrumado por el miedo, la culpa y el remordimiento, cegado y arruinado. En la versión homérica anterior, Edipo se convierte en rey y reina feliz para siempre. Freud eligió la versión equivocada de la historia correcta.

Incluso la mitología judía proporciona un andrógino primigenio. Aquí está la esencia de un subsuelo cultural relacionado con nosotros de manera más directa. Según el Zohar, la primera mujer creada no fue Eva, sino Lilith. Fue creada junto a Adán, es decir, fueron creados en un solo cuerpo, andrógino. Eran de una misma sustancia, una sola corporalidad. Dios, según la leyenda, los separó para que Lilith pudiera vestirse de novia y casarse con Adán debidamente, pero Lilith se rebeló ante el concepto del matrimonio, es decir, ante ser definida como inferior a Adán, y huyó. Lilith fue, de hecho, la primera mujer y la primera feminista. Los patriarcas judíos, en astuta venganza, la llamaron bruja. Dijeron que la bruja Lilith salía de noche (la etimología de su nombre está relacionada con la palabra hebrea que significa noche) y mataba bebés. Se convirtió en un símbolo del lado oscuro y malvado de todas las mujeres. Por supuesto, Lilith, ahora lo sabemos, hizo el análisis correcto y fue al meollo del problema: rechazó el núcleo familiar. Dios, sin embargo, lo veía de otra manera: había creado a Lilith del polvo, tal como había creado a Adán. La había creado libre e igual. Para no cometer el mismo error dos veces, creó a Eva a partir de la costilla de Adán, lo que claramente no le daba derecho a la libertad ni a la igualdad. Esto llevó a los cristianos a afirmar que, dado que la costilla está torcida, la naturaleza de la mujer es contraria a la del hombre.

Entonces ¿cómo podemos entender la afirmación bíblica de que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza? ¿Los creó él varón y hembra? El Midrash da la respuesta definitiva: «cuando el Sagrado, Bendito Sea, creó al primer hombre, lo creó andrógino».[107] Existe asimismo una deidad andrógina judía equivalente. El propio nombre de la divinidad, Elohim, se compone de un sustantivo femenino y una terminación plural masculina. Dios es múltiple y andrógino. La tradición de la divinidad andrógina se describe con mayor claridad en la Cábala, cuyos textos se remontan a la Edad Media. La Cábala oral, más extensa que la Cábala escrita, se origina en los confines más oscuros de la historia judía, antes de la Biblia, y se ha conservado, según los ocultistas, con mayor fidelidad que la Biblia escrita; es decir, la Biblia se ha reescrito, editado, modificado, traducido; la Cábala oral, en cambio, ha mantenido su pureza.

El esquema cabalístico de la divinidad es complejo. Basta con decir aquí que Dios es hombre y mujer entretejidos. Ciertas partes están asociadas con la hembra y otras con el varón. Por ejemplo, la comprensión primaria es femenina; la sabiduría es masculina; la severidad es femenina; la misericordia es masculina. Se da especial protagonismo a la emanación final de la divinidad, Malkut la Reina, la manifestación física de la divinidad en el universo. Malkut la Reina es más o menos equivalente a Shakti. Para los cabalistas, como para los tántricos, el último sacramento es la relación sexual que recrea la androginia. Al igual que los tántricos son/fueron condenados al ostracismo por el resto de las comunidades hindúes y budistas, también la corriente principal de judíos condena al ostracismo a los cabalistas. Hoy se los considera unos excéntricos, en el pasado eran herejes. Y en realidad lo son, porque al reconocer la naturaleza

andrógina de la divinidad socavan la autoridad de Dios Padre y amenazan el poder del patriarcado.

Solo queda señalar que Jesucristo también albergaba cierta noción de androginia. En el Evangelio de los egipcios, Jesucristo y una discípula llamada Salomé mantienen la siguiente conversación:

> Cuando Salomé preguntó cuánto tiempo dominaría la Muerte, el Señor respondió: «Mientras vosotras, las mujeres, engendréis; porque he venido a disolver la obra de la Mujer». Y Salomé le dijo: «¿Por lo tanto, hice bien al no engendrar?». El Señor respondió y dijo: «Come toda clase de hierba, pero la que es amarga no la comas». Cuando Salomé preguntó cuándo sucederían las cosas sobre las que ella cuestionaba, el Señor dijo: «Cuando pisoteéis el vestido del pudor; cuando los Dos sean Uno, y el Varón con la Hembra no sea varón ni hembra».[108]

En el siguiente capítulo analizo la importancia de los mitos de la androginia en los ámbitos de la identidad y el comportamiento sexuales, y en consonancia con el espíritu de este libro, puedo tomar a Cristo como guía y decir con él: «Cuando pisoteéis el vestido del pudor; cuando los Dos sean Uno, y el Varón con la Hembra no sea varón ni hembra».

9

Androginia.
Androginia, sexo y comunidad

Nada sirve, como no sea el todo.

ALDOUS HUXLEY, *La isla*

El descubrimiento es, por supuesto, que «hombre» y «mujer» son ficciones, caricaturas, constructos culturales. Como modelos son reductivos, totalitarios, inapropiados para el devenir humano. Como roles, son estáticos, degradantes para la mujer, sin salida tanto para el hombre como para la mujer. La cultura tal como la conocemos legisla esos roles ficticios como normalidad. Las desviaciones del comportamiento sagrado y sancionado son «trastornos de género», «criminalidad», así como algo «enfermo», «repugnante» e «inmoral». La heterosexualidad, que se define correctamente como un comportamiento ritualizado basado en la definición de roles opuestos, y las instituciones sociales relacionadas con ella (matrimonio, familia, Iglesia, *ad infinitum*) son la «naturaleza humana». La homosexualidad, la transexualidad, el incesto y el

bestialismo siguen siendo «perversiones» de esta «naturaleza humana» de la que tanto creemos saber. Persisten a pesar de las abrumadoras fuerzas organizadas en su contra: leyes y prácticas sociales discriminatorias, ostracismo, persecución activa por parte del Estado y otros órganos de la cultura, como aberraciones inexplicables, como ejemplos odiosos de «suciedad» y/o «inadaptación». Mi propósito aquí, por modesto e incompleto que sea, es distinguir otra ontología que desecha la ficción de que existen dos sexos opuestos.

Hemos visto que los mitos de la androginia presentan la imagen de una corporalidad que es tanto masculina como femenina. A veces, la imagen es literalmente una forma masculina y una forma femenina en un solo cuerpo. Otras veces, es una figura que incorpora funciones tanto masculinas como femeninas. En todos los casos, esa imagen mitológica es un paradigma de la totalidad, de una armonía y una libertad prácticamente inimaginables, la antítesis de todas nuestras creencias sobre la naturaleza de la identidad en general y del sexo en particular. Así pues, la primera pregunta es: ¿qué pasa con la biología? Al fin y al cabo, hay hombres y mujeres. Son diferentes y se puede demostrar. Somos de uno u otro sexo. Si hay dos sexos biológicos distintos, no es difícil argumentar que hay dos modos distintos de comportamiento humano, relacionados con el sexo y determinados por el sexo. Se podría defender una liberalización de los roles basados en el sexo, pero no se puede justificar su redefinición total.

La investigación hormonal y cromosómica, los intentos de desarrollar nuevos medios de reproducción humana (donde el laboratorio científico crea o asiste, en gran medida, la vida), el

trabajo con transexuales y los estudios de formación de la identidad de género en los niños proporcionan información básica que cuestiona la idea de que hay dos sexos biológicos diferentes. Esa información amenaza con transformar la biología tradicional de la diferencia sexual en la biología radical de la similitud sexual. Esto no quiere decir que haya un solo sexo, sino que hay muchos. La evidencia relevante aquí es simple. Las palabras «masculino» y «femenino», «hombre» y «mujer», se usan solo porque aún no hay otras.

1. Los hombres y las mujeres tienen en esencia la misma estructura corporal. Ambos tienen genitales masculinos y femeninos: el clítoris es un pene vestigial, y la glándula prostática es muy probablemente un útero vestigial. Dado que, como he señalado más arriba, solo disponemos de información sobre el 2 por ciento de la historia humana, y dado que las crónicas religiosas, que durante siglos fueron el único registro de la historia humana, hablan continuamente de otro tiempo remoto en que los humanos eran andróginos, y dado que cada sexo tiene los órganos vestigiales del otro, no hay razón para no postular que los humanos alguna vez fueron andróginos; hermafroditas y andróginos, creados precisamente a imagen de esa divinidad andrógina recurrente.

2. Hasta la séptima semana de desarrollo fetal, ambos sexos tienen exactamente los mismos genitales externos. Básicamente, el desarrollo de los órganos y conductos sexuales es el mismo para hombres y mujeres y los mismos dos conjuntos de conductos se desarrollan en ambos.

3. No se puede decir que las gónadas sean completamente masculinas o femeninas. La doctora Mary Jane Sherfey escribe:

> En su organización somática, las gónadas siempre retienen una mayor o menor cantidad del tejido del sexo opuesto que permanece funcional durante toda la vida.[109]

4. El sexo cromosómico no es necesariamente el sexo visible del individuo. Puede suceder que una persona de un sexo cromosómico desarrolle las gónadas del otro sexo.(10) El sexo gonadal y el sexo cromosómico pueden estar en contradicción directa.

5. El sexo cromosómico no es solo XX o XY. Hay otras formaciones cromosómicas, y no se sabe mucho sobre ellas o lo que significan.

6. Una persona puede tener las gónadas de un sexo y las características sexuales secundarias del otro sexo.

7. Tanto los hombres como las mujeres producen hormonas masculinas y femeninas. Las cantidades y proporciones varían mucho y no hay forma de determinar la masculinidad o feminidad biológica a partir del recuento hormonal.

8. Una hormona puede ser transformada por el cuerpo en su «opuesto», hombre en mujer, mujer en hombre. En *Sex, Gender, and Society*, Ann Oakley da el siguiente ejemplo:

> … el hecho de que los adolescentes varones que maduran rápidamente a veces desarrollen pechos pequeños; el aumento sustancial de testosterona que acompaña a la pubertad se metaboliza parcialmente como estrógeno, lo que a su vez causa el desarrollo de los pechos.[110]

9. En la actualidad, se cree que la hormona masculina determina el deseo sexual tanto en hombres como en mujeres.

10. La hormona femenina (progesterona) puede tener un efecto masculinizante. La doctora Sherfey escribe:

> Podemos tener dificultades para concebirlo, pero la selección natural no tiene dificultades para usar estructuras sexualmente heterotípicas con fines homotípicos. Por ejemplo, la progesterona es la «hormona del embarazo» esencial para la menstruación y para mantener el embarazo. Es la hormona más singularmente «femenina» que existe. Sin embargo, la progesterona posee fuertes propiedades androgénicas. Se puede utilizar para masculinizar embriones femeninos. En 1960, Jones (27, 63) demostró que administrar progesterona a las madres humanas al principio del embarazo para prevenir el riesgo de abortos espontáneos […] masculinizaba seriamente los fetos femeninos.[111]

11. Las diferencias sexuales visibles no son distintivas. Hay hombres con pollas diminutas y mujeres con clítoris grandes. Hay hombres con pechos muy desarrollados y mujeres que apenas desarrollan pechos. Hay hombres con caderas anchas y mujeres sin un desarrollo notable de la cadera. Hay hombres sin apenas vello corporal y mujeres con mucho vello corporal. Hay hombres con voces agudas y mujeres con voces graves. Hay hombres sin vello facial y mujeres con barba y bigote.

12. Las diferencias de altura y peso entre hombres y mujeres no son distintivas. Las estructuras musculares no son distintivas. Conocemos la desesperación de la mujer alta y musculosa que no encaja en el estereotipo femenino; también conocemos la desesperación del hombre pequeño y delicado que no encaja en el estereotipo masculino.

13. Existen pruebas interculturales concluyentes de que la fuerza y el desarrollo muscular están determinados culturalmente. Hay

culturas en las que no hay grandes diferencias en el somatotipo de hombres y mujeres:

> En una sociedad a pequeña escala («primitiva») de la que existen buenos registros fotográficos, los manus de las islas del Almirantazgo, no parece haber diferencia alguna en el somatotipo entre hombres y mujeres cuando son niños, y como adultos, tanto hombres como mujeres tienden al mismo alto grado de mesomorfia (hombros y pecho anchos, extremidades muy musculosas, poca grasa subcutánea). […] En Bali, también, los varones y las mujeres carecen del tipo de diferenciación del físico que es una diferencia visible en nuestra cultura. Geoffrey Gorer los describió como un pueblo «hermafrodita»; los sexos apenas se diferencian en altura y ambos presentan hombros anchos y caderas estrechas. No tienden al desarrollo de curvas y músculos, vello corporal o senos de ningún tamaño. (Gorer comentó una vez que no se podía distinguir entre hombres y mujeres, ni siquiera de frente). Otra fuente nos informa de que los bebés maman de los pechos de sus padres, así como de los de sus madres.[112]

14. En la naturaleza existe el hermafroditismo. Robert T. Francoeur, en *Utopian Motherhood: New Trends in Human Reproduction*, admite:

> Los profesionales médicos y los biólogos experimentales siempre han sido muy escépticos respecto a la existencia de hermafroditas funcionales entre los animales superiores y los humanos, aunque la lombriz de tierra, la liebre de mar y otros animales inferiores combinan ambos sexos en el mismo individuo. [113]

Ya hemos visto hasta dónde llega el compromiso con la diferenciación y la polaridad sexual humana; ese compromiso hace que la idea del hermafroditismo funcional sea intolerable desde un

punto de vista conceptual. Es interesante especular aquí sobre las percepciones de hombres como Lionel Tiger (*Men in Groups*) que, en efecto, proyectan patrones culturales humanos de dominación y sumisión en el mundo animal. Por ejemplo, la doctora Sherfey señala que «*en muchas especies de primates, las hembras serían diagnosticadas como hermafroditas si fueran humanas*» [la cursiva es suya].[114] Lo más probable es que muchas veces estemos proyectando nuestras propias maneras de actuar y percibir, determinadas culturalmente, en otros animales; de hecho, bloqueamos la información que podría amenazar los conceptos de macho y hembra que son sagrados para nosotros. De ser así, un sesgo hacia la androginia (en lugar del sesgo actual hacia la polaridad) plantearía un panorama muy diferente del comportamiento animal.

El hermafroditismo suele definirse como «un trastorno congénito en el que existen órganos reproductivos masculinos y femeninos en el mismo individuo».[115] Un hermafrodita «real» es aquel que tiene ovarios, testículos y las características sexuales secundarias de ambos sexos. Sin embargo, creo yo, la siguiente es la historia de una hermafrodita funcional:

> El caso involucraba a una chica de dieciséis años de Arkansas a la que estaban operando por un tumor de ovario. Como es costumbre en dicha cirugía, un patólogo examinó detenidamente el tejido extraído. En esta ocasión, se encontraron signos de óvulos vivos y espermatozoides vivos en diferentes regiones del tumor. Estando el óvulo y el esperma situados uno al lado del otro en el mismo órgano, el doctor Timme afirmó que «había una gran posibilidad de que se combinaran y formaran un ser humano». […] La singularidad […] sería que la *misma* persona habría aportado *ambas* células reproductivas.[116]

La partenogénesis también ocurre de manera natural en las mujeres. Francoeur se refiere al trabajo del doctor Landrum B. Shettles, que

> al examinar los óvulos humanos justo después de que se extrajeran sus folículos ováricos […] descubrió que tres de cada cuatrocientos de estos óvulos habían «experimentado una división *in vivo* dentro del folículo intacto, sin que se hubiera dado contacto alguno con espermatozoides».[117]

Basándose en el trabajo de Shettles, Francoeur estima «que los nacimientos vírgenes son un fenómeno bastante común, con aproximadamente la misma frecuencia que los gemelos fraternos y dos veces más que los gemelos idénticos entre los estadounidenses blancos».[118]

El doctor Sherwood Taylor, un científico británico a todas luces conservador, «ha sugerido una frecuencia mucho menor para la partenogénesis humana, estimando un caso por cada diez mil nacimientos».[119] Ya sea mucho o poco, la cuestión es que ocurre.

Así pues, es de suponer que queda mucho por descubrir sobre la sexualidad humana y que nuestro concepto de dos sexos biológicos diferenciados no puede permanecer intacta. Así pues, es de suponer que descubriremos fenómenos de intersexualidad conforme a nuestra capacidad para verlos. Además, podemos explicar la relativa infrecuencia de los hermafroditas en la población general, la regularidad de los somatotipos masculino-femeninos que en efecto encontramos y la relativa infrecuencia de las características intersexuales en la población general (aunque ocurren con más frecuencia de lo que de momento estamos dispuestos a imaginar)

reconociendo que existe un proceso de *selección cultural* que, para los seres humanos, sustituye en importancia a la selección natural. La selección cultural, a diferencia de la selección natural, no sirve necesariamente para mejorar la especie o garantizar la supervivencia. Pero sirve necesariamente para mantener las normas culturales y garantizar que los somatotipos desviados y las características intersexuales se eliminen de forma sistemática de la población.

Se mire por donde se mire, al margen de cómo interpretemos los datos de lo que suele llamarse intersexualidad, está claro que la determinación del sexo no siempre es clara y sencilla. El doctor John Money de la Universidad Johns Hopkins ha identificado estos seis aspectos de la identidad sexual:

1. *Sexualidad genética o nuclear*, según revelan indicadores como la cromatina sexual o el corpúsculo de Barr, un recuento cromosómico completo y el palillo de tambor leucocitario.(11)
2. *Sexualidad hormonal*, que resulta de un equilibrio predominantemente androgénico o estrogénico.
3. *Sexualidad gonadal*, que puede ser claramente ovárica o testicular, pero algunas veces también mixta.
4. *Sexualidad interna*, según revela la estructura del sistema reproductivo interno.
5. *Sexualidad genital externa*, según revela la anatomía externa.
6. *Desarrollo psicosexual*, que a través de los factores externos de la crianza y el condicionamiento social, junto con la respuesta del individuo a estos factores, orienta el desarrollo de una personalidad que es por naturaleza sexual.[120]

Dado que puede haber una contradicción total entre cualquiera de los anteriores, dado que hemos hablado de algunas (ni mucho

menos todas) de las características intersexuales del funcionamiento biológico humano, dado que reconocemos el hermafroditismo y la partenogénesis como realidades humanas, tenemos razones para plantear una formulación radicalmente nueva de la naturaleza de la sexualidad humana. Somos, claramente, una especie multisexual cuya sexualidad se extiende a lo largo de un vasto y fluido continuo en el que los elementos llamados masculino y femenino no son diferenciados.(12)

Las implicaciones concretas de la multisexualidad tal como la encontramos articulada tanto en la mitología andrógina como en la biología requieren de una redefinición total de los escenarios del comportamiento sexual humano aceptable y de las formas pragmáticas de comunidad humana. Si los seres humanos son multisexuales, todas las formas de interacción sexual que están directamente arraigadas en la naturaleza multisexual de las personas deben formar parte del tejido de la vida humana, aceptadas en el léxico de las posibilidades humanas, integradas en las formas de la comunidad humana. Al redefinir la sexualidad humana, o al definirla de manera correcta, podemos transformar las relaciones humanas y las instituciones que pretenden controlar esas relaciones. El sexo como dinámica de poder entre hombres y mujeres, con el sadomasoquismo como su forma elemental, es lo que conocemos ahora. El sexo como comunidad entre humanos, nuestra humanidad compartida, es el mundo que debemos construir. ¿Qué tipo de identidad y relación sexual será la esencia de esa comunidad?

Heterosexualidad y homosexualidad(13)

Hay hombres con quienes podría pasar la eternidad,
pero no esta vida.

KATHLEEN NORRIS

… un poco de zen en nuestra política un poco de ácido en nuestro té podría ser todo cuanto necesitamos. es mejor probar antes de juzgar.

JILL JOHNSTON

He definido la heterosexualidad como el comportamiento ritualizado basado en la definición de roles opuestos. Las relaciones sexuales con los hombres tal como los conocemos son cada vez más imposibles. Requieren un abandono de la creatividad y la fuerza, un rechazo de la responsabilidad y la libertad: una amarga muerte personal. Significa seguir siendo la víctima, aniquilando para siempre todo respeto por una misma. Significa representar el papel femenino, incorporando el masoquismo, el odio a una misma y la pasividad que van ligadas a él. El comportamiento heterosexual convencional inequívoco es la peor traición a nuestra humanidad común.

Eso no quiere decir que «hombres» y «mujeres» no deban follar. Cualquier encuentro sexual que sea genuinamente pansexual y libre de roles, incluso entre hombres y mujeres como solemos pensar en ellos (es decir, las imágenes biológicas que tenemos de ellos), es

auténtico y andrógino. En especial, el coito andrógino requiere la destrucción de todos los roles convencionales, de la sexualidad genital como enfoque y valor principal, de las formaciones de pareja y de las estructuras de personalidad dominante-activa («masculina») y sumisa-pasiva («femenina»).

La homosexualidad, dado que es por definición antagónica a la polaridad de dos sexos, está más cerca en sus inicios de la sexualidad andrógina. Sin embargo, dado que toda la conciencia individual y las relaciones sociales están contaminadas por conceptos interiorizados de polaridad, emparejamiento y representación de roles, los criterios citados anteriormente también deben aplicarse a las relaciones homosexuales. Con demasiada frecuencia, las relaciones homosexuales transgreden los imperativos de género sin transformarlos.

Un compromiso exclusivo con una formación sexual, ya sea homosexual o heterosexual, en general significa un compromiso exclusivo con un rol. Un compromiso exclusivo con una formación sexual en general implica la negación de muchos tipos profundos y cautivadores de sensualidad. Un compromiso exclusivo con una formación sexual en general significa que uno es, independientemente del uniforme que lleve, un buen soldado de la cultura programado eficazmente para hacer su parte del trabajo sucio. Solo desarrollando la pansexualidad hasta sus límites (y nadie sabe dónde están o cuáles son) se hace el trabajo de destruir la cultura para construir comunidad.

TRANSEXUALIDAD

¿Cómo va a importarme de verdad si ganamos «la Revolución» o no? En cualquier caso, pase lo que pase, no habrá lugar para mí.

Un amigo transexual,
en una conversación

La transexualidad se considera actualmente un trastorno de género, es decir, una persona aprende un rol de género que contradice su sexo visible. Es una «enfermedad» que tiene cura: una operación de cambio de sexo cambiará el sexo visible de la persona para que se corresponda con la identidad sentida de la persona.

Dado que sabemos muy poco sobre la identidad sexual y dado que los psiquiatras están comprometidos con la propagación de la estructura cultural tal como es, sería prematuro y poco inteligente aceptar la opinión psiquiátrica de que la transexualidad está causada por una socialización defectuosa. Lo más probable es que la transexualidad esté causada por una sociedad defectuosa. La transexualidad puede definirse como una formación particular de nuestra multisexualidad general que no puede lograr su desarrollo natural debido a unas condiciones sociales extremadamente adversas.

No cabe duda de que en la cultura de la diferenciación hombre-mujer, la transexualidad es un desastre para el individuo transexual. Todo transexual, blanco, negro, hombre, mujer, rico, pobre, se encuentra en un estado de emergencia primaria (véase la p. 39) en cuanto transexual. Aquí hay tres aspectos decisivos. Uno: todo transexual tiene derecho a la supervivencia en sus propios términos. Eso significa que todo transexual tiene derecho a una operación de

cambio de sexo, y esta debe ser facilitada por la comunidad como una de sus funciones. Esta es una medida de emergencia para una condición de emergencia. Dos: al cambiar nuestras premisas sobre hombres y mujeres, los roles de género y la polaridad, la situación social de los transexuales se transformará y los transexuales se integrarán en la comunidad, ya no serán perseguidos y despreciados. Tercero: la comunidad construida sobre la identidad andrógina significará el fin de la transexualidad tal como la conocemos. O bien, el transexual podrá expandir su sexualidad hacia una androginia fluida, o bien, a medida que desaparezcan los roles, desaparecerá el fenómeno de la transexualidad y esa energía se transformará en nuevos modos de identidad y comportamiento sexual.

Travestismo

> La primera vez que me puse las bragas de seda negra tuve una erección inmediata.
>
> Julian Beck

El travestismo es un disfraz que viola los imperativos de género. El travestismo es, por lo general, un acto de carga sexual: la violación visible y pública del rol sexual es erótica, emocionante y peligrosa. Es una especie de desobediencia civil erótica, y ese es precisamente su valor. Disfrazarse es parte de la estrategia y el proceso de

destrucción de roles. Vemos, por ejemplo, que a medida que las mujeres rechazan el papel femenino, adoptan ropa «masculina». A medida que los roles sexuales se disuelven, el contenido erótico particular del travestismo se disuelve.

BESTIALISMO

> [En la Edad Media] la cópula con un judío se consideraba una forma de bestialismo e incurría en las mismas penitencias.
>
> G. RATTRAY-TAYLOR, *Sex in History*

El bestialismo primario (sexo entre personas y otros animales) se encuentra en todas las sociedades no industriales. El bestialismo secundario (relaciones eróticas generalizadas entre las personas y otros animales) se encuentra en todas partes del planeta, en cada calle de la ciudad, en cada pueblo rural. El bestialismo es una realidad erótica, que claramente coloca a las personas en la naturaleza, no por encima de ella.

La relación entre las personas y otros animales, cuando no es depredadora, siempre es erótica, ya que su esencia es la comunicación no verbal y el tacto. Que el erotismo en su forma pura afirme y enriquezca la vida fue razón suficiente para hacer del bestialismo un delito capital en la Edad Media, al menos para el animal no humano, razón suficiente para que los ingleses en la Edad Media confundieran ovejas y judíos.

En la sociedad contemporánea, las relaciones entre las personas y otros animales a menudo reflejan el talante sadomasoquista de las relaciones humanas. En nuestra cultura, los animales son a menudo maltratados, objetos de la violencia y la crueldad, como contraste de la sexualidad humana reprimida y, por tanto, muy peligrosa. Algunos animales, como los caballos y los perros grandes, se convierten en pollas suplentes, símbolos de la virilidad machista ideal.

Huelga decir que en una comunidad andrógina, las relaciones humanas y de otros animales se volverían más explícitamente eróticas, y que el erotismo no degeneraría en abuso. Los animales formarían parte de la tribu y, con nosotros, serían respetados, amados y libres. Siempre comparten nuestro destino, sea el que sea.

Incesto

> *Estaba frío —después un poco asqueado, no mucho— parecía quizá una buena idea intentar conocer el Monstruo del Útero Iniciante —tal vez— de esa forma. ¿Le importaría a ella? Necesita un amante.*
>
> Allen Ginsberg, *Kaddish*

La relación padres-hijo es principalmente erótica porque todas las relaciones humanas son principalmente eróticas. El tabú del incesto es una forma particularizada de represión, que funciona como el baluarte de todas las demás represiones. El tabú del incesto garantiza que, por más libres que seamos, nunca lleguemos a ser

realmente libres. El tabú del incesto, porque nos niega la satisfacción esencial con los padres a quienes amamos con nuestra energía primaria, nos obliga a interiorizar a esos padres y buscarlos constantemente, o buscar negarlos, en las mentes, cuerpos y corazones de otros humanos que no son nuestros padres y nunca lo serán.

El tabú del incesto hace el peor trabajo de la cultura: nos enseña los mecanismos de represión e internalización del sentimiento erótico; antes que nada, nos obliga a desarrollar esos mecanismos; nos obliga a particularizar el sentimiento sexual, de modo que se congela en una necesidad de un «objeto» sexual particular; exige que coloquemos la familia nuclear por encima de la familia humana. La destrucción del tabú del incesto es esencial para el desarrollo de una comunidad humana cooperativa basada en el flujo libre del erotismo andrógino natural.

La familia

> Porque si concedemos que el impulso sexual es al nacer difuso e indiferenciado de la personalidad total (la «perversidad polimorfa» de Freud) y […] se diferencia solo en respuesta al tabú del incesto; y que […] el tabú del incesto ahora solo es necesario para preservar la familia; si elimin——áramos la familia, en efecto, estaríamos eliminando las represiones que moldean la sexualidad en formaciones específicas.
>
> Shulamith Firestone, *La dialéctica del sexo*

El tabú del incesto solo puede destruirse destruyendo la familia nuclear como institución primaria de la cultura. La familia nuclear es la escuela de valores en una sociedad sexista y reprimida sexualmente. Uno aprende todo lo que hay que saber: los roles, los rituales y los comportamientos apropiados para la polaridad hombre-mujer y los mecanismos internalizados de la represión sexual. La alternativa a la familia nuclear en este momento es la familia extendida o tribu. El crecimiento de la tribu forma parte del proceso de destrucción de los roles específicos e identidad erótica fija. A medida que las personas desarrollan una identidad andrógina fluida, también desarrollarán las formas de comunidad que se adapten a ella. En realidad, no podemos imaginar cuáles serán esas formas.

Niños

> Todo el mundo reconoce el vínculo especial que las mujeres tienen con los niños. Sin embargo, yo creo que la naturaleza de este vínculo no es más que una opresión compartida. Y que, además, esta opresión está entrelazada y se refuerza recíprocamente de maneras tan complejas que no podremos hablar de la liberación de las mujeres sin hablar también de la liberación de los niños.
>
> Shulamith Firestone, *La dialéctica del sexo*

Se están produciendo dos fenómenos de manera simultánea: por un lado, las mujeres están rechazando el papel femenino y, por otro, se está creando vida en el laboratorio. A menos que la estructura se transforme totalmente, es de esperar que cuando las mujeres dejen de ejercer la función biológica de procrear seamos prescindibles. A medida que los hombres aprendan cada vez más a controlar la reproducción, a medida que la clonación se convierta en una realidad y a medida que se desarrolle la tecnología de los ordenadores y los robots, hay muchas razones para pensar que los hombres tal como los conocemos utilizarán ese control y esa tecnología para crear los objetos sexuales que les satisfagan. Al fin y al cabo, los hombres, a lo largo de la historia, han recurrido al ginecidio como una estrategia de control social, como una forma táctica de alcanzar o mantener el poder. Esa es la realidad simple y evidente. Solo hay otras dos opciones: o bien las mujeres deberán tomar el poder, o bien debemos lograr una transformación hacia la androginia.

Para quienes tienen la capacidad de reproducirse biológicamente, liberarse de ese trabajo (que no es más que una simple forma de trabajo físico) es totalmente coherente con la comunidad andrógina. Solo en el mundo de los campos de concentración de la polaridad se puede esperar que ese fenómeno conduzca al ginecidio. Así, los procesos sociales quedan al desnudo: si las mujeres tienen que tomar el poder para sobrevivir y logran hacerlo de alguna manera, lo más probable es que el poder cambie sin transformarse; si podemos crear una comunidad andrógina, podemos abandonar del todo el poder como realidad social, esa es la implicación final y más importante de la androginia.

En cuanto a los niños, también ellos son seres eróticos, más cercanos a la androginia que los adultos que los oprimen. Los niños son plenamente capaces de participar en la comunidad y tienen todo el derecho a vivir sus propios impulsos eróticos. En la comunidad andrógina, esos impulsos conservarían un alto grado de inespecificidad y sin duda nos mostrarían al resto de nosotros el camino hacia la autorrealización sexual. Las distinciones entre «niños» y «adultos», así como las instituciones sociales que hacen cumplir esas distinciones, desaparecerían a medida que se desarrollase la comunidad andrógina.

Conclusión

> Nada sirve, como no sea el todo.
>
> Aldous Huxley, *La isla*

El objetivo es la transformación cultural. El objetivo es el desarrollo de un nuevo tipo de ser humano y un nuevo tipo de comunidad humana. Todos los que alguna vez hemos tratado de corregir un error sabemos que realmente nada sirve, como no sea el todo.

El camino hacia esa meta no será fácil. Debemos asumir un compromiso total: dejar de refugiarnos en los escenarios de la violencia hombre-mujer, que son los reguladores de la sociedad, dejar de desempeñar los roles masculinos y femeninos que nos han enseñado, dejar de negarnos a saber quiénes somos y qué

deseamos para no tener que asumir la responsabilidad de nuestras propias vidas. Debemos negarnos a someternos a aquellas instituciones que son sexistas por definición: el matrimonio, la familia nuclear, las religiones construidas sobre el mito del mal femenino. Debemos negarnos a someternos a los miedos engendrados por los tabúes sexuales. Debemos negarnos a someternos a todas las formas de comportamiento y relación que refuerzan la polaridad hombre-mujer, que alimentan los patrones básicos de dominación masculina y sumisión femenina. En cambio, debemos construir comunidades donde la violencia no sea la dinámica principal de la relación humana, donde el deseo natural sea el fundamento de la comunidad, donde la androginia sea la premisa operativa, donde la tribu basada en la androginia y las formas sociales que se desarrollarían a partir de ella sean las bases de la estructura cultural colectiva: no coactiva, no sexista. Como escribió Julian Beck, el viaje hacia el amor no es romántico. Como muchos han escrito, el viaje hacia la libertad tampoco es romántico, ni se conoce el camino con precisión y para siempre. Empezamos aquí y ahora, paso a paso.

No le enseñas a alguien a contar solo hasta ocho. No le dices que el nueve y el diez y más allá no existen. Si no le das todo a la gente, no será capaz de contar. Tiene que haber una revolución real o no habrá revolución.

PERICLES KOROVESSIS, en una entrevista
en *Libération*, junio de 1973

La Revolución no es un acto que dure dos o tres días, en el que se ahorca y se fusila. Es un proceso prolongado en el que se crean nuevas personas, capaces de renovar la sociedad para que la revolución no reemplace a una élite con otra, sino para que la revolución cree una nueva estructura antiautoritaria con personas antiautoritarias que a su vez reorganicen la sociedad para que esta se convierta en una sociedad humana no alienada, libre de guerra, hambre y explotación.

RUDI DUTSCHKE, 7 de marzo de 1968

Hay una miseria del cuerpo y una miseria de la mente, y si las estrellas, cada vez que las miramos, vertieran néctar en nuestras bocas, y la hierba se convirtiera en pan, todavía estaríamos tristes. Vivimos en un sistema que fabrica dolor, derramándolo fuera de su molino, las aguas del dolor, el océano, la tormenta, y nos ahogamos, muertos, demasiado pronto.

[…] el levantamiento es la inversión del sistema, y la revolución es el cambio de rumbo.

JULIAN BECK, *The Life of the Theatre*

EPÍLOGO

La gran lucha tipográfica por la puntuación

este texto ha sido alterado de una manera muy grave. quería que se imprimiera tal como estaba escrito: en letras minúsculas, sin apóstrofes, con contracciones.

me gusta que mis textos estén lo más vacíos posible. solo es necesaria la puntuación necesaria. cuando se conocen los propios propósitos, se sabe lo que es necesario.

mi editor, con su sabiduría corporativa, ha llenado las páginas de basura: la puntuación estándar. él conocía sus propios propósitos; sabía lo que era necesario. nuestros propósitos eran distintos: el mío era lograr claridad; el suyo, vender libros.

mi editor cambió la puntuación porque a los críticos de libros (Mammón) no les gustan las letras minúsculas.

que se jodan (en el sentido de siempre) los críticos de libros (Mammón).

> Cuando digo dios y mammón en referencia a la escritura del escritor, quiero decir que cualquiera puede usar las palabras para decir algo. Y al usar esas palabras para decir lo que tiene que decir, puede usarlas de manera directa o indirecta. Si usa esas palabras de manera indirecta, dice lo que cree haber oído de alguien a quien se debe oír y, al hacerlo, por necesidad, tiene que

> servir a mammón. […] Ahora bien, servir a dios para un escritor que está escribiendo es escribir algo de manera directa, no importa lo que sea, pero debe ser directo, la relación entre la cosa hecha y el hacedor debe ser directa. De esta manera hay compleción y la esencia de la cosa completada es la compleción.
>
> GERTRUDE STEIN

en una carta que me escribió, Grace Paley decía: «cuando todos digan la verdad, los artistas serán innecesarios; mientras tanto, tendremos trabajo».

decir la verdad. sabemos lo que es cuando lo hacemos y cuando aprendemos a no hacerlo nos olvidamos de lo que es.

forma. aspecto, estructura, relación espacial, cómo aparece la palabra impresa en la página, dónde respirar, dónde descansar. la puntuación marca el tiempo, indica el ritmo. incluso en mi texto original la utilicé demasiado. mi intervención fue excesiva. te obligué a respirar donde yo respiro, en lugar de dejarte descubrir tu propio aliento natural.

empiezo dando por supuesto que soy libre.

empiezo sin nada, sin forma, sin contenido y pregunto: ¿qué quiero hacer y cómo quiero hacerlo?

empiezo dando por sentado que lo que escribo me pertenece.

empiezo dando por sentado que soy yo quien determina la forma que utilizo, en todos sus detalles. trabajo en mi oficio, en todos sus detalles.

en realidad, ya está todo determinado.

en realidad, todos los detalles ya están determinados y se hacen cumplir.

en realidad, cuando transgreda lo que ya está determinado, alguien me detendrá.

en realidad, los encargados de hacer cumplir las leyes las harán cumplir.

> Nos parezca como nos parezca, es un servidor de la ley, o sea, que pertenece a la ley, es decir, que está al margen del juicio humano. En ese caso tampoco se debe creer que el guardián esté subordinado al hombre. Estar vinculado por su servicio aunque solo sea a la entrada de la ley es incomparablemente más importante que vivir libre en el mundo. El hombre tiene que llegar primero a la ley, el guardián ya está allí. Ha sido designado por la ley para el servicio, dudar de su dignidad significaría dudar de la ley.
>
> —No estoy de acuerdo con esa opinión —dijo K. sacudiendo la cabeza—, pues, si se acepta, hay que considerar cierto todo lo que dice el guardián. Pero que eso no es posible, tú mismo lo has razonado con todo detalle.
>
> —No —dijo el sacerdote—, no hay que considerar que todo es cierto, hay que considerarlo necesario.
>
> —Triste opinión —dijo K.—. La mentira se convierte en orden universal.
>
> FRANZ KAFKA, *El proceso*(14)

doy por sentado que soy libre. actúo. los encargados de hacer cumplir la ley la hacen cumplir. descubro que no soy libre. entonces: o miento (es necesario mentir) o lucho (si no miento, debo luchar). si lucho, me pregunto: ¿por qué no soy libre y qué puedo hacer para ser libre? escribí este libro para descubrir por qué no soy libre y qué puedo hacer para ser libre.

> Aunque la estructura social comienza por enmarcar las leyes más nobles y las ordenanzas más elevadas que «los grandes de la tierra» han ideado, al final se llega a esto: viola esa ley elevada y te llevarán a prisión para privar a tu cuerpo humano del calor humano.
>
> En última instancia, la ley la hace cumplir el guardia insensible que golpea a su prójimo con fuerza en el vientre.
>
> JUDITH MALINA

sin la presunción de libertad, no hay libertad. soy libre. entonces ¿cómo quiero vivir mi vida, hacer mi trabajo, utilizar mi cuerpo? entonces ¿cómo quiero ser, en todos mis detalles?

se imponen las formas estándar en cuanto a vestimenta, comportamiento, relación sexual, puntuación. se imponen las formas estándar en cuanto a la conciencia y al comportamiento —en cuanto a saber y expresar— para que no demos por sentada la libertad, para que la libertad aparezca —en todos sus detalles— imposible e inviable, para que no sepamos qué es decir la verdad, para que no nos sintamos obligados a decirla, para que gastemos nuestro tiempo y nuestra energía humana sagrada diciendo las mentiras necesarias.

las formas estándar a veces se llaman convenciones. las convenciones son más poderosas que los ejércitos, la policía y las prisiones. cada ciudadano se convierte en el ejecutor, el guardián, un instrumento de la Ley, un guardia insensible que golpea a su prójimo con fuerza en el vientre.

> Soy anarquista. No pongo denuncias, no recibo órdenes judiciales, abogo por la revolución, y cuando la gente me pregunta qué podemos hacer que sea práctico, digo, débilmente: debilitar el tejido del sistema donde sea posible,

hacer posible el aumento de la libertad, de todo tipo. Cuando escribo trato de ampliar las posibilidades de expresión.

[…] Había tratado de hablarte sinceramente, a mi manera, sin disfraces, tratando de deshacerme, como parte de mi obligación con la musa, del antiguo régimen de la gramática.

[…] las revisiones de tipografía y puntuación han arrebatado a la voz la diferencia entre pasión y afecto y entre yo hablándote a ti y yo escribiendo un ensayo.

JULIAN BECK, 1965,
prólogo a una edición de *The Brig*

CREE EN LA PUNTUACIÓN

Muriel Rukeyser

hay mucho en juego. las personas que escriben luchan esta batalla y la mayoría la pierde. ¿qué se juegan? libertad de invención. libertad para decir la verdad, en todos sus detalles. libertad para imaginar nuevas estructuras.

(la carga de la prueba no recae en aquellos que dan por sentada la libertad. la carga de la prueba recae sobre aquellos que pretenden disminuirla de cualquier forma).

qué se juegan los encargados de hacer cumplir la ley, los porteros, los guardianes de la Ley: las corporaciones editoriales, los críticos de libros a quienes no les gustan las letras minúsculas, los bibliotecarios que no ponen a disposición libros que no tienen la puntuación estándar (esa fue la razón que se le dio a Muriel Rukeyser cuando se profanó su obra), ¿qué está en juego para ellos? ¿por qué siguen haciendo cumplir esa ley?

por mucha resistencia que este libro pueda encontrar —ira, miedo, desagrado, (¿ley? ¿policía? ¿tribunales?)— en este momento debo escribir: he atacado los fundamentos de la cultura. eso está bien. he atacado el dominio masculino. eso está bien. he atacado todas las nociones heterosexuales de relación. eso está bien. en efecto, he defendido el consumo de drogas. eso está bien. en efecto, he defendido follar con animales. eso está bien. aquí y ahora, ciudad de Nueva York, primavera de 1974, entre un puñado de personas, editor y editorial incluidos, eso está bien. pero no las minúsculas. una no puede evitar hacerse preguntas.

así que me he hecho preguntas y esto es lo que pienso en este momento. hay mecanismos bien desarrollados y efectivos para lidiar con las ideas, sin importar lo potentes que sean las ideas. hay muy pocas ideas que sean más potentes que los mecanismos destinados a desactivarlas. la forma estándar —la puntuación, la tipografía, después la organización académica, la formulación ritualista y rígida de las ideas, etc.— es la distancia real entre el individuo (ciertamente el individuo intelectual) y las ideas de un libro.

la forma estándar es la distancia.

uno puede entusiasmarse *con* las ideas sin cambiar en absoluto. uno puede pensar *sobre* ideas, hablar *sobre* ideas, sin cambiar en absoluto. la gente está dispuesta a pensar en muchas cosas. lo que las personas se niegan a hacer, o no se les permite hacer, o se resisten a hacer, es cambiar su forma de pensar.

leer un texto que transgrede la forma estándar nos obliga a cambiar nuestros esquemas mentales para poder leer. no hay distancia. la nueva forma, que resulta desconocida en algunos

aspectos, nos obliga a leer de manera diferente, no a leer *sobre* cosas diferentes, sino a leer de maneras diferentes.

permitir que los escritores usen formas que violan las convenciones podría permitir que los escritores desarrollen formas que enseñen a las personas a pensar de manera diferente: no a pensar sobre cosas diferentes, sino a pensar de maneras diferentes. ese trabajo no está permitido.

> Si hubiera sido posible construir la torre de Babel sin escalarla, la obra habría sido permitida.
>
> FRANZ KAFKA

> La Estructura Inamovible es el villano. Tanto si esa estructura se llama prisión o escuela o fábrica o familia o gobierno o el Mundo Tal Como Es. Esa estructura le pregunta a cada hombre qué puede hacer por ella, no qué puede hacer ella por él, y para aquellos que no hacen nada por ella existe el dolor de la muerte o el encarcelamiento, o la degradación social, o la pérdida de los derechos de los animales.
>
> JUDITH MALINA

este libro trata sobre la Estructura Sexual Inamovible. durante el proceso de publicación, me he encontrado con la Estructura Tipográfica de la Puntuación Inamovible, y ahora testifico, como muchos lo han hecho antes que yo, que la Estructura Inamovible suprime la libertad, prohíbe la invención y nos hace un daño constatable: utiliza nuestra energía humana sagrada para sostenerse; nos convierte en agentes del orden o delincuentes; para sobrevivir, tenemos que aprender a mentir.

La Revolución, tal como la vivimos y como la imaginamos, significa destruir la Estructura Inamovible para crear un mundo en el que podamos utilizar nuestra energía humana sagrada para sostener nuestras vidas humanas sagradas;

para crear un mundo sin agentes del orden, porteros, guardias ni leyes arbitrarias;

para crear un mundo —una comunidad en este planeta— donde en lugar de mentir para sobrevivir, podamos decir la verdad y prosperar.

Bibliografía

Adams, Elsie y Mary Louise Briscoe, eds., *Up Against the Wall, Mother*, Glencoe Press, 1971.

Andersen, Hans Christian, *The Snow Queen and Other Tales*, Nueva York, New American Library, 1966. [Hay trad. cast.: *La reina de las nieves y otros cuentos*, Madrid, Alianza, 2023].

Ariès, Philippe, *Centuries of Childhood: A Social History of Family Life*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1962. [Hay trad. cast.: *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*, Barcelona, Taurus, 1987].

Barber, Benjamin R., *Superman and Common Men: Freedom, Anarchy, and the Revolution*, Nueva York, Praeger, 1971.

Baring-Gould, William S. y Ceil, eds., *The Annotated Mother Goose*, Nueva York, Clarkson N. Potter, 1962.

Barrie, J. M., *Peter Pan*, Nueva York, Scribners, 1950. [Hay trad. cast.: *Las aventuras de Peter Pan*, Sevilla, Algaida, 1988].

Bataille, Georges, *Eroticism*, Londres, John Calder, 1962. [Hay trad. cast.: *El erotismo*, Barcelona, Tusquets, 2007].

Bebel, August, *Woman under Socialism*, Nueva York, Schocken Books, 1971. [Hay trad. cast.: *La mujer y el socialismo*, Madrid, Akal, 2017].

Beck, Julian, *The Life of the Theatre: The Relation of the Artist to the Struggle of the People*, San Francisco, City Lights, 1972. [Hay

trad. cast.: *El living theatre*, Madrid, Fundamentos, 1974].

Bharati, Agehananda, *The Tantric Tradition*, Garden City, Doubleday and Company, 1970.

Black, Jonathan, ed., *Radical Lawyers: Their Role in the Movement and in the Courts*, Nueva York, Avon Books, 1971.

Blofeld, John, *The Tantric Mysticism of Tibet*, Nueva York, E. P. Dutton, 1970.

Boston Women's Health Book Collective, *Our Bodies, Our Selves: A Book by and for Women*, Nueva York, Simon and Schuster, 1973.

Campbell, Joseph, *The Hero with a Thousand Faces*, Princeton, Princeton University Press, 1968. [Hay trad. cast.: *El héroe de las mil caras*, Vilaür, Atalanta, 2020].

—, *The Masks of God: Oriental Mythology*, Nueva York, Viking, 1962. [Hay trad. cast.: *Las máscaras de Dios II. Mitología oriental*, Vilaür, Atalanta, 2017].

—, *The Masks of God: Primitive Mythology*, Nueva York, Viking, 1969. [Hay trad. cast.: *Las máscaras de Dios I. Mitología primitiva*, Vilaür, Atalanta, 2017].

Chadwick, Nora, *The Celts*, Harmondsworth, Penguin Books, 1970.

Churchward, James, *The Lost Continent of Mu*, Nueva York, Paperback Library, 1970. [Hay trad. cast.: *El continente perdido de Mu*, Barcelona, Porcia, 2022].

Clébert, Jean-Paul, *The Gypsies*, Harmondsworth, Penguin Books, 1967. [Hay trad. cast.: *Los gitanos*, Barcelona, Orbis, 1985].

Cohen, John, ed., *The Essential Lenny Bruce*, Nueva York, Ballantine Books, 1967.

Coon, Carleton S., *The History of Man*, Harmondsworth, Penguin Books, 1967. [Hay trad. cast.: *Historia del hombre*, Barcelona,

Guadarrama, 1968].

Crawley, Ernest, *The Mystic Rose: A Study of Primitive Marriage and of Primitive Thought in Its Bearing on Marriage*, Londres, Spring Books, 1965.

Davies, R. Trevor, *Four Centuries of Witch Beliefs*, Londres, Methuen, 1947.

De Berg, Jean, *The Image*, Nueva York, Grove Press, 1966. [Hay trad. cast.: *La imagen*, Barcelona, Tusquets, 1977].

De Crow, Karen, *The Young Woman's Guide to Liberation: Alternatives to a Half-Life While the Choice Is Still Yours*, Indianapolis, Bobbs-Merrill, 1971.

Deming, Barbara, «Two Perspectives on Women's Struggle», *Liberation*, vol. 17, n.º 10, pp. 30-38.

De Ropp, Robert S., *Sex Energy: The Sexual Force in Man and Animals*, Nueva York, Dell, 1969.

Dralys, Lord, *The Beautiful Flagellants of New York*, Nueva York, Grove Press, 1971.

Duniway, Abigail Scott, *Pathbreaking: An Autobiographical History of the Equal Suffrage Movement in Pacific Coast States*, Nueva York, Schocken Books, 1971.

Eliade, Mircea, *Myths, Dreams, and Mysteries: The Encounter between Contemporary Faiths and Archaic Realities*, Nueva York, Harper & Row, 1960. [Hay trad. cast.: *Mitos, sueños y misterios*, Barcelona, Kairós, 2022].

—, *Shamanism: Archaic Techniques of Ecstasy*, Princeton, Princeton University Press, 1964. [Hay trad. cast.: *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2001].

Farb, Peter, *Man's Rise to Civilisation*, Londres, Paladin, 1971.

Ferenczi, Sándor, *Thalassa: A Theory of Genitality*, Nueva York, W. W. Norton, 1968.

Figes, Eva, *Patriarchal Attitudes*, Greenwich, Conn, Fawcett Publications, 1970. [Hay trad. cast.: *Actitudes patriarcales: las mujeres en la sociedad*, Madrid, Alianza, 1980].

Firestone, Shulamith, *The Dialectic of Sex: The Case for Feminist Revolution*, Nueva York, Bantam Books, 1972. [Hay trad. cast.: *La dialéctica del sexo: en defensa de la revolución feminista*, Barcelona, Kairós, 1976].

Fox, Robin, *Kinship and Marriage*, Harmondsworth, Penguin Books, 1967.

Francoeur, Robert T., *Utopian Motherhood: New Trends in Human Reproduction*, Cranbury, N.J., A. S. Barnes, 1973.

Goldman, Emma, *The Traffic in Women and Other Essays on Feminism*, Nueva York, Times Change Press, 1970. [Hay trad. cast.: *Tráfico de mujeres y otros ensayos sobre feminismo*, Barcelona, Anagrama, 1977].

Goode, William J., ed., *The Contemporary American Family*, Chicago, Quadrangle Books, 1971.

Green, Richard, M. D. y John Money, eds., *Transsexualism and Sex Reassignment*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1969.

Greenwald, Harold, y Aron Krich, eds., *The Prostitute in Literature*, Nueva York, Ballantine Books, 1960.

Grogan, Emmett, *Ringolevio: A Life Played for Keeps*, Nueva York, Avon Books, 1972. [Hay trad. cast.: *Ringolevio: una vida vivida a tumba abierta*, Logroño, Pepitas de calabaza, 2017].

Gunkel, Hermann, *The Legends of Genesis: The Biblical Saga and History*, Nueva York, Schocken Books, 1964.

Hamilton, Edith, *Mythology: Timeless Tales of Gods and Heroes*, Nueva York, New American Library, 1959. [Hay trad. cast.: *Mitología: relatos atemporales de dioses y héroes griegos, latinos y nórdicos*, Barcelona, Folioscopio, 2022].

Hansen, Chadwick, *Witchcraft at Salem*, Nueva York, New American Library, 1970.

Harding, M. Esther, *Woman's Mysteries: Ancient and Modern*, Londres, Rider and Company, 1971. [Hay trad. cast.: *Los misterios de la mujer: simbología de la luna*, Rubí, Obelisco, 2022].

Harrison, Jane Ellen, *Mythology*, Nueva York, Harcourt, Brace and World, 1963.

Hays, H. R., *The Dangerous Sex: The Myth of Feminine Evil*, Londres, Methuen, 1966.

Heline, Corinne, *Mysteries of the Holy Grail*, San Francisco, New Age Press, 1963.

Hermanos Grimm, *Household Stories*, Nueva York, Dover Publications, 1963. [Hay trad. cast.: *Hermanos Grimm. Edición anotada*, Madrid, Akal, 2020].

Hole, Christina, *Witchcraft in England*, Londres, B. T. Batsford, 1945.

Holzer, Hans, *The Truth about Witchcraft*, Garden City, Doubleday and Company, 1969.

Hughes, Pennethorne, *Witchcraft*, Harmondsworth, Penguin Books, 1971. [Hay trad. cast.: *La brujería*, Barcelona, Bruguera, 1974].

Humana, Charles, y Wang Wu, *The Yin Yang: The Chinese Way of Love*, Londres, Allan Wingate, 1971.

Jacobs, Joseph, comp., *Celtic Fairy Tales*, Nueva York, Dover Publications, 1968. [Hay trad. cast.: *Cuentos celtas*, Madrid, Miraguano, 1999].

—, *English Fairy Tales*, Nueva York, Dover Publications, 1967.

—, *Indian Fairy Tales*, Nueva York, Dover Publications, 1969. [Hay trad. cast.: *Cuentos y fábulas de la India*, Madrid, Creación, 2012].

—, *More Celtic Fairy Tales*, Nueva York, Dover Publications, 1968.

Johnston, Jill, *Lesbian Nation: The Feminist Solution*, Nueva York, Simon and Schuster, 1973.

Jung, Carl G., ed., *Man and His Symbols*, Nueva York, Dell Publishing Company, 1971. [Hay trad. cast.: *El hombre y sus símbolos*, Barcelona, Paidós, 1997].

—, *Psyche and Symbol*, ed. de Violet S. de Laszlo, Garden City, Doubleday & Anchor, 1958.

Jung, C. G., y C. Kerényi, *Essays on a Science of Mythology: The Myth of the Divine Child and the Mysteries of Eleusis*, Princeton, Princeton University Press, 1969. [Hay trad. cast.: *Introducción a la esencia de la mitología: el mito del niño divino y los misterios eleusinos*, Madrid, Siruela, 2004].

Jung, Emma, y Marie-Louise von Franz, *The Grail Legend*, Londres, Hodder and Stoughton, 1960. [Hay trad. cast.: *La leyenda del Grial: desde una perspectiva psicológica*, Barcelona, Kairós, 2005].

Kanter, Rosabeth Moss, *Commitment and Community: Communes and Utopias in Sociological Perspective*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1972.

Kraditor, Aileen S., ed., *Up from the Pedestal: Selected Writings in the History of American Feminism*, Chicago, Quadrangle Books, 1968.

Kramer, Heinrich, y James Sprenger, *Malleus Maleficarum*, trad. al inglés de. M. Summers, Londres, Arrow Books, 1971. [Hay trad. cast.: *Malleus Maleficarum*, Madrid, Verbum, 2020].

Kronhausen, drs. Phyllis y Eberhard, *Erotic Fantasies: A Study of the Sexual Imagination*, Nueva York, Grove Press, 1969.

Leach, Maria, *The Beginning: Creation Myths around the World*, Nueva York, Funk and Wagnalls, 1956.

Lederer, Wolfgang, *The Fear of Women*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1968.

Legman, J., *Rationale of the Dirty Joke: An Analysis of Sexual Humor*, Nueva York, Grove Press, 1968.

Lenin, V. I., *The Emancipation of Women*, Nueva York, International Publishers, 1970. [Hay trad. cast.: *La emancipación de la mujer: recopilación de artículos*, Madrid, Akal, 2021.]

L'Estrange, Ewen C., *Witchcraft and Demonianism*, Londres, Heath Cranton, 1933.

Lever, Janet, y Pepper Schwartz, *Women at Yale: Liberating a College Campus*, Indianapolis, Bobbs-Merrill, 1971.

Levi, Eliphas, *The History of Magic*, Londres, Rider and Company, 1969. [Hay trad. cast.: *Historia de la magia*, Barcelona, Mi-lla, 2021].

Levi-Strauss, Claude, *Totemism*, Harmondsworth, Penguin Books, 1963. [Hay trad. cast.: *El totemismo en la actualidad*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2003.]

Levy, Howard S., *Chinese Footbinding: The History of a Curious Erotic Custom*, Nueva York, W. Rawls, 1966.

Lewis, I. M., *Ecstatic Religion: An Anthropological Study of Spirit, Possession, and Shamanism*, Harmondsworth, Penguin Books,

1971.
Loth, David, *The Erotic in Literature*, Nueva York, Macfadden-Bartell, 1962.
Lowen, Alexander, *The Betrayal of the Body*, Londres, Collier-Macmillan, 1967.
Mallet-Joris, Francoise, *The Witches*, Nueva York, Paperback Library, 1970.
Mancini, J. G., *Prostitutes and Their Parasites: An Historical Survey*, Londres, Elek Books, 1963.
Marcuse, Herbert, *Eros and Civilization: A Philosophical Inquiry into Freud*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1955. [Hay trad. cast.: *Eros y civilización*, Barcelona, Ariel, 2003].
Michelet, Jules, *Satanism and Witchcraft*, Londres, Tandem, 1969. [Hay trad. cast.: *La bruja*, Madrid, Akal, 2022].
Millett, Kate, *Sexual Politics*, Garden City, Doubleday and Company, 1970. [Hay trad. cast.: *Política sexual*, Madrid, Cátedra, 2017].
Mitchell, Juliet, *Woman's Estate*, Nueva York, Pantheon, 1971. [Hay trad. cast.: *La condición de la mujer*, Barcelona, Anagrama, 1977].
Morgan, Robin, ed., *Sisterhood Is Powerful*, Nueva York, Vintage Books, 1970.
Morton, Miriam, ed., *A Harvest of Russian Children's Literature*, Berkeley, University of California Press, 1967.
Murray, Margaret A., *The God of the Witches*, Londres, Oxford University Press, 1970.
—, *The Witch-Cult in Western Europe*, Oxford, Clarendon Press, 1962. [Hay trad. cast.: *El culto de la brujería en Europa occidental*, Cerdanyola, Labor, 1978].

Neumann, Erich, *The Great Mother: An Analysis of the Archetype*, trad. al inglés de Ralph Manheim, Princeton, Princeton University Press, 1963. [Hay trad. cast.: *La gran madre: una fenomenología de las creaciones femeninas de lo inconsciente*, Madrid, Trotta, 2009].

Newton, Huey P., *Revolutionary Suicide*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1973.

Nicholson, Irene, *Mexican and Central American Mythology*, Feltham, Paul Hamlyn, 1967.

Oakley, Anne, *Sex, Gender and Society*, Nueva York, Harper & Row, 1972. [Hay trad. cast.: *La mujer discriminada, biología y sociedad*, Barcelona, Debate, 1977].

Ostrander, Sheila y Lynn Schroeder, *Psychic Discoveries behind the Iron Curtain*, Nueva York, Bantam Books, 1971.

Peck, Ellen, *The Baby Trap*, Nueva York, Bernard Geis, 1971.

Perrault, Charles, *Classic French Fairy Tales*, Nueva York, Meredith Press, 1967. [Hay trad. cast.: *Cuentos de hadas*, Barcelona, Alma, 2019].

The Pillow-Book of Sei-Shonagon, trad. al inglés de Arthur Waley, Londres, Unwin Books, 1960. [Hay trad. cast.: Sei Shonagon, *El libro de la almohada*, Gijón, Satori, 2021].

Pyle, Howard, *The Story of the Champions of the Round Table*, Nueva York, Dover Publications, 1968.

The Quest of the Holy Grail, trad. al inglés de P. M. Matarasso, Harmondsworth, Penguin Books, 1969. [Hay trad. cast.: *La búsqueda del santo grial*, Madrid, Alianza, 2021].

Rafiq, B. A., *The Status of Women in Islam*, Londres, The London Mosque, sin fecha.

Réage, Pauline, *Story of O*, Nueva York, Grove Press, 1965. [Hay trad. cast.: *Historia de O*, Barcelona, Tusquets, 1987].

Redgrove, H. Stanley, *Magic and Mysticism: Studies in Bygone Beliefs*, Nueva York, University Books, 1971.

Reich, Charles A., *The Greening of America*, Nueva York, Random House, 1970.

Reich, Wilhelm, *Character Analysis*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1970. [Hay trad. cast.: *Análisis del carácter*, Barcelona, Paidós, 1995].

—, *Listen, Little Man*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1971. [Hay trad. cast.: *Escucha, hombrecito*, Barcelona, Bruguera, 1983].

—, *The Function of the Orgasm*, Londres, Panther Books, 1968. [Hay trad. cast.: *La función del orgasmo*, Madrid, El País, 1995].

—, *The Mass Psychology of Fascism*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1970. [Hay trad. cast.: *Psicología de masas del fascismo*, Barcelona, Bruguera, 1980].

Roszak, Betty and Theodore, eds., *Masculine/Feminine: Readings in Sexual Mythology and the Liberation of Women*, Nueva York, Harper & Row, 1969.

Rubin, Jerry, *Do It: Scenarios of the Revolution*, Nueva York, Simon and Schuster, 1970. [Hay trad. cast.: *Do it! Escenarios de la revolución*, Madrid, Blackie Books, 2009].

Sanders, Ed, *Shards of God: A Novel of the Yippies*, Nueva York, Grove Press, 1971.

Schulder, Diane y Florynce Kennedy, *Abortion Rap*, Nueva York, McGraw-Hill, 1971.

Scott, G. R., *Flagellation: The Story of Corporal Punishment*, Londres, Tallis Press, 1968.

The Secret of the Golden Flower, trad. al inglés de Richard Wilhelm, Londres, Routledge, 1962. [Hay trad. cast.: *El secreto de la flor de oro*, Barcelona, Paidós, 2009].

Seligmann, Kurt, *Magic, Supernaturalism, and Religion*, Nueva York, Universal Library, 1968.

Sherfey, Mary Jane, M. D., *The Nature and Evolution of Female Sexuality*, Nueva York, Vintage Books, 1973. [Hay trad. cast.: *Naturaleza y evolución de la sexualidad femenina*, Barcelona, Barral, 1977].

Skinner, B. F., *Beyond Freedom and Dignity*, Nueva York, Bantam Books, 1972. [Hay trad. cast.: *Más allá de la libertad y la dignidad*, Cádiz, Aba, 2023].

Sontag, Susan, *Styles of Radical Will*, Nueva York, Dell, 1970. [Hay trad. cast.: *Estilos radicales*, Barcelona, DeBolsillo, 2007].

Stanton, Elizabeth Cady, *Eighty Years and More: Reminiscences 1815-1897*, Nueva York, Schocken Books, 1971.

Starkey, Marion L., *The Devil in Massachusetts: A Modern Inquiry into the Salem Witch Trials*, Garden City, Doubleday and Company, 1961.

Storr, Anthony, *Human Aggression*, Harmondsworth, Penguin Books, 1968. [Hay trad. cast.: *La agresividad humana*, Madrid, Alianza, 2004].

Sullerot, Evelyne, *Woman, Society, and Change*, Londres, World University Library, 1971.

Tanner, Leslie B., ed., *Voices from Women's Liberation*, Nueva York, New American Library, 1971.

Taylor, G. Rattray, *Sex in History*, Nueva York, Ballantine Books, 1954.

Thomas, Keith, *Religion and the Decline of Magic: Studies in Popular Beliefs in 16th and 17th Century England*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1971.

Tiger, Lionel, *Men in Groups*, Nueva York, Vintage Books, 1970.

Tindall, Gillian, *A Handbook on Witches*, Nueva York, Atheneum, 1966.

Toch, Hans, *Violent Men: An Inquiry into the Psychology of Violence*, Harmondsworth, Penguin Books, 1972.

Trachtenberg, Joshua, *Jewish Magic and Superstition: A Study in Folk Religion*, Nueva York, Atheneum, 1970.

Trocchi, Alexander, *Helen and Desire*, Chatsworth, Calif., Brandon House, 1967. [Hay trad. cast.: *Los deseos de Helen*, Barcelona, Martínez Roca, 1993].

—, *Thongs*, Chatsworth, Calif., Brandon House, 1967.

Ullerstam, Lars, *The Erotic Minorities: A Swedish View*, Londres, Calder and Boyars, 1967.

Vermes, Geza, *The Dead Sea Scrolls in English*, Harmondsworth, Penguin Books, 1968. [Hay trad. cast.: *Los manuscritos del Mar Muerto: Qumran a distancia*, Madrid, El Aleph, 1994].

Violations of the Child Marilyn Monroe by her psychiatrist-friend, Nueva York, Bridgehead Books, 1962.

Vivas, Eliseo, *Contra Marcuse*, New Rochelle, Arlington House, 1971.

Waite, A. E., *The Holy Kabbalah: A Study of the Secret Tradition in Israel as Unfolded by Sons of the Doctrine for the Benefit and Consolation of the Elect Dispersed through the Lands and Ages of the Greater Exile*, Nueva York, University Books, 1971.

Watts, Alan W., *The Two Hands of God: The Myths of Polarity*, Nueva York, Collier Books, 1963. [Hay trad. cast.: *Las dos manos de Dios*, Kairós, 1990].

Wilson, Colin, *Origins of the Sexual Impulse*, Londres, Panther Books, 1963. [Hay trad. cast.: *Los orígenes del impulso sexual*, Barcelona, Caralt, 1973].

Créditos de las citas y las ilustraciones

Queremos expresar nuestro agradecimiento a los siguientes autores e instituciones por autorizar el uso de material protegido por derechos de autor:

Julian Beck, *The Life of the Theatre*. © 1972 de Julian Beck. Reimpreso con el permiso de City Lights Books.

Jean de Berg, *The Image*. © 1966 de Grove Press. Reimpreso con el permiso de Grove Press, Inc.

Robert T. Francoeur, *Utopian Motherhood*. © 1970 de Robert T. Francoeur. Reimpreso con el permiso de Doubleday & Company, Inc.

Heinrich Kramer y James Sprenger, *Malleus Maleficarum*, traducción de Montague Summers. Reimpreso con el permiso de Translator's Literary Eistate y The Hogarth Press.

Howard S. Levy, *Chinese Footbinding: The History of a Curious Erotic Custom*. Reimpreso con el permiso de su editor Walton H. Rawls, Nueva York, 1966. (Distribución de Twayne Publishers).

Pauline Réage, *Story of O*. © 1965 de Grove Press. Reimpreso con el permiso de Grove Press, Inc.

Virginia Woolf, *A Room of One's Own*. © 1929 de Virginia Woolf; renovado en 1957 por Harcourt Brace Jovanovich, Inc. Reimpreso

con el permiso del editor.

«Este libro es una acción, una acción política cuya meta es la revolución. No tiene otro propósito».

«Ella es nuestra profeta del Antiguo Testamento, furiosa en lo alto del monte, diciendo la verdad [...]. Es una genuina mente universal a la que tenemos acceso gracias a su trabajo, y ese es su mayor legado». Gloria Steinem

Acaso una de las feministas más incendiarias y polémicas de la segunda ola, la estadounidense Andrea Dworkin analiza en su

fulgurante y profético debut cómo el odio hacia las mujeres está firmemente arraigado en nuestra cultura desde hace siglos, ya sea en relatos y roles construidos desde la literatura (de los cuentos de hadas a la novela erótica), en prácticas sociales centenarias (como el vendado de los pies en China), en sucesos históricos (como la caza de brujas) o en asuntos que siguen siendo de gran relevancia hoy en día: la pornografía, la androginia o la intersexualidad.

A través de todos esos ejemplos, señalando sin pudor a todas las partes implicadas y con un pensamiento que no dejará a nadie indiferente, Dworkin defiende la existencia de una violencia normalizada contra la mujer, fruto de un patriarcado sistémico al que aún hoy, en pleno siglo XXI, debe enfrentarse el feminismo.

La crítica ha dicho:

«Una escritora lúcida y aterradoramente persuasiva».
Lauren Oyler, *The New Yorker*

«Qué refrescante, embriagador e irreverente es su estilo de hablar y escribir, en comparación con la prosa 'feminista divertida' que vemos tan a menudo en las estanterías modernas».
Julie Bindel, *The Guardian*

«Para ver hacia dónde vamos, debemos comprender nuestro pasado. Odiar a las mujeres es una aportación muy necesaria (y esperada desde hace tiempo) para esa comprensión».

Audre Lorde

«Dworkin escribió su obra desde un lugar personal, pero no expuso su experiencia como una mera anécdota; la extrapoló, la dedujo, la pronunció».
Jennifer Szalai, *The New York Times*

«En Dworkin muchos han encontrado audacia intelectual, la voluntad de criticar lo que ha estado fuera de toda crítica».
Laura Tanenbaum, *Jacobin*

«Una voz singularmente poderosa».
London Review of Books

«Valiente, audaz y erudita. La profeta feminista que necesitamos para contrarrestar la locura masculina MAGA que nos está precipitando cada vez más rápido hacia nuestra propia desaparición».
Prospect

Andrea Dworkin (1946–2005) fue una activista y escritora feminista radical estadounidense, y una de las líderes del movimiento feminista de la segunda ola. Es autora de doce libros, entre los que se incluyen *Pornografía*, *Mujeres de derecha*, *Odio a la mujer* y más.

Titulo original: *Woman Hating. A Radical Look at Sexuality*

Primera edición: marzo de 2026

© 1974, Andrea Dworkin
Publicado por acuerdo con Picador, un sello de Farrar, Straus and Giroux, Nueva York
© 2026, Elizabeth Duval, por el prólogo
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Irene Jové Blaya, por la traducción
Jean Holabird, por el dibujo del capítulo 6

Diseño de la cubierta: adaptación del diseño original de Scheffe Shields. Penguin Random House GrupoEditorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87904-30-2

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: debatelibros
X: @debatelibros
Instagram: @debatelibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Notas

1. Había una vez. Los roles

[1] Los hermanos Grimm, *Household Stories*, Nueva York, Dover Publications, 1963, p. 213. [Hay trad. cast.: *Hermanos Grimm. Edición anotada*, Madrid, Akal, 2020].

[2] Ibid., p. 213.

[3] Ibid., p. 214.

[4] Ibid.

[5] Ibid.

[6] Ibid.

[7] Ibid., p. 216.

[8] Ibid., p. 221.

[9] Ibid.

[10] Ibid.

[11] Ibid., p. 124.

[12] Ibid., p. 72.

[13] Ibid., p. 73.

[14] Ibid.

[15] Ibid., p. 74.

[16] Ibid., p. 85.

[17] Ibid., p. 220.

[18] Ibid., p. 85.

[19] Ibid., p. 92.

3. La mujer como víctima. Historia de O

[20] *Newsweek*, 21 de marzo de 1966, p. 108, anónimo.

[21] Pauline Réage, *Story of O*, Nueva York, Grove Press, 1965, p. xxi. [Hay trad. cast.: *Historia de O*, Barcelona, Tusquets, 1987].

[22] Ibid., p. 80.

[23] Ibid., p. 93.

[24] Ibid., p. 187.

[25] Ibid., p. 32.

[26] Ibid., p. 106.

[27] Robert S. de Ropp, *Sex Energy: The Sexual Force in Man and Animals*, Nueva York, Dell Publishing Company, 1969, p. 134.

4. La mujer como víctima. La imagen

[28] Jean de Berg, *The Image*, Nueva York, Grove Press, 1966, p. 137. [Hay trad. cast.: *La imagen*, Barcelona, Tusquets, 1977].

[29] Ibid., p. 19.

[30] Ibid., p. 47.

[31] Ibid.

[32] Ibid., p. 10.

[33] Ibid., p. 11.

[34] Ibid., p. 9.

[35] Ibid., p. 42.

[36] Eliphas Levi, *The History of Magic*, Londres, Rider and Company, 1969, p. 263. [Hay trad. cast.: *Historia de la magia*, Barcelona, Mi-lla, 2021.]

[37] Ibid., p. 265.

[38] Jean de Berg, *op. cit.*, p. 11.

[39] Ibid., p. 135.

[40] John Cohen, ed., *The Essential Lenny Bruce*, Nueva York, Ballantine Books, 1967, pp. 296-297.

5. La mujer como víctima. Suck

[41] John Cohen, ed., *The Essential Lenny Bruce*, Nueva York, Ballantine Books, 1967, pp. 245.
[42] Anne Severson and Shelby Kennedy, *I Change I Am the Same* (s. f.).
[43] *Suck 6*.
[44] Ibid.
[45] *Suck 4*.
[46] Ibid.
[47] Ibid.
[48] Ibid.
[49] Ibid.
[50] *Suck 2*.
[51] Ibid.
[52] Ibid.
[53] Ibid.
[54] Ibid.
[55] *Suck 3*.

6. Ginecidio. El vendado de pies en China

[56] Howard S. Levy, *Chinese Footbinding: The History of a Curious Erotic Custom*, Nueva York, W. Rawls, 1966), p. 39. El libro del señor Levy es la fuente principal de toda la información fáctica e histórica de este capítulo.
[57] Ibid., p. 112.
[58] Ibid., pp. 25-26.
[59] Ibid., p. 26.
[60] Ibid., pp. 26-28.
[61] Ibid., p. 141.
[62] Ibid.
[63] Ibid., p. 182.

[64] Ibid., p. 89.
[65] Ibid., p. 144.
[66] Ibid. p. 144-145.

7. Ginecidio. Las brujas

[67] Jules Michelet, *Satanism and Witchcraft*, Londres, Tandem, 1969, p. 66. [Hay trad. cast.: *La bruja*, Madrid, Akal, 2022].
[68] H. R. Hays, *The Dangerous Sex: The Myth of Feminine Evil*, Londres, Methuen and Co., 1966, p. 111.
[69] Pennethorne Hughes, *Witchcraft*, Harmondsworth, Penguin Books, 1971, p. 63.
[70] Ibid., p. 65.
[71] Ibid., pp. 66-67.
[72] Hays, *op. cit*., p. 147.
[73] Heinrich Kramer y James Sprenger, *Malleus Maleficarum*, trad. de M. Summers, Londres, Arrow Books, 1971, pp. 29-30. [Hay trad. cast.: *Malleus Maleficarum*, Madrid, Verbum, 2020].
[74] Ibid., índice de contenidos.
[75] Ibid.
[76] Ibid., prefacio.
[77] Hughes, *op. cit.*, pp. 183-184.
[78] Kramer y Sprenger, *op. cit*., p. 123.
[79] Ibid., pp. 114-115.
[80] Ibid., pp. 115-116.
[81] Ibid.
[82] Ibid., p. 117.
[83] Ibid., p. 118.
[84] Ibid., pp. 119-121.
[85] Ibid., p. 112.
[86] Ibid., pp. 122-123.
[87] Hays, *op. cit.*, p. 151.

[88] Ibid., p. 153.

[89] Ibid.

[90] Ibid., p. 89.

[91] *The Holy Bible*, Philadelphia: National Bible Press, 1954, p. 8.

[92] Michelet, *op. cit.*, p. 68.

[93] Kramer y Sprenger, *op. cit.*, p. 161.

[94] Hughes, *op. cit.*, pp. 97-98.

[95] Gillian Tindall, *A Handbook on Witches*, Nueva York, Atheneum, 1966, p. 99.

[96] Hughes, *op. cit.*, p. 156.

[97] Ibid., p. 130.

8. Androginia. El modelo mitológico

[98] M. Esther Harding, *Woman's Mysteries: Ancient and Modern*, Londres, Rider and Company, 1971, pp. 35-36. [Hay trad. cast.: *Los misterios de la mujer: simbología de la luna*, Rubí, Obelisco, 2022].

[99] Ibid., p. 36.

[100] Mircea Eliade, *Myths, Dreams, and Mysteries: The Encounter between Contemporary Faiths and Archaic Realities*, Nueva York, Harper & Row, 1960, p. 23. [Hay trad. cast.: *Mitos, sueños y misterios*, Barcelona, Kairós, 2022].

[101] *The Secret of the Golden Flower*, introducción de Richard Wilhelm, Londres, Routledge, 1962, p. 12. [Hay trad. cast.: *El secreto de la flor de oro*, Barcelona, Paidós, 2009].

[102] Agehananda Bharati, *The Tantric Tradition*, Garden City, Doubleday and Company, 1970, pp. 18-19.

[103] Ibid., p. 200.

[104] Joseph Campbell, *The Masks of God: Primitive Mythology*, Nueva York: Viking, 1969, p. 109. [Hay trad. cast.: *Las máscaras de Dios. Mitología primitiva I*, Vilaür, Atalanta, 2017].

[105] Ibid., p. 105.

[106] Joseph Campbell, *The Hero with a Thousand Faces*, Princeton, Princeton University Press, 1968, p. 154. [Hay trad. cast.: *El héroe de las mil caras*, Vilaür, Atalanta, 2020].

[107] Midrash, Rabbah, 8:1.

[108] Harding, *op. cit.*, pp. 282-283.

9. Androginia. Androginia, sexo y comunidad

[109] Mary Jane Sherfey, M. D., *The Nature and Evolution of Female Sexuality*, Nueva York, Vintage Books, 1973, p. 43. [Hay trad. cast.: *Naturaleza y evolución de la sexualidad femenina*, Barcelona, Barral, 1977].

[110] Ann Oakley, *Sex, Gender and Society,* Nueva York, Harper & Row, 1972, p. 24. [Hay trad. cast.: *La mujer discriminada, biología y sociedad*, Barcelona, Debate, 1977].

[111] Sherfey, *op. cit.*, pp. 50-51.

[112] Oakley, *op. cit*., p. 30.

[113] Robert T. Francoeur, *Utopian Motherhood: New Trends in Human Reproduction*, Cranbury, N. J., A. S. Barnes, 1973, p. 139.

[114] Sherfey, *op. cit.*, p. 50.

[115] Ibid., p. 173.

[116] Francoeur, *op. cit.*, p. 139.

[117] Ibid.

[118] Ibid.

[119] Ibid.

[120] Ibid., p. 197.

(1) Virginia Woolf, *Una habitación propia*, trad. de Ana Mata Buil, Barcelona, Penguin Clásicos, 2024, pp. 167.

(2) La autora usa esta grafía para referirse a Estados Unidos. Como expresa en el epílogo, la transgresión de las normas ortográficas y de puntuación tiene un significado político para ella. (*N. de la T.*)

(3) Juego de palabras para diferenciar entre *history* (o «historia», pero también *his-story*, la «historia de él») y *herstory* (o *her-story*, la «historia de ella», esto es, desde una perspectiva feminista). *(N. de la T.)*

(4)

Esta descripción de las mujeres como carne en un mercado, de daño y mutilación para conseguir un buen matrimonio, no es ficción; véase el capítulo 6: «Ginecidio. El vendado de pies en China».

(5) En el año 1974, cuando Dworkin escribió este libro, aún no se conocía el nombre real de la autora, Anne Desclos, que también escribió bajo el seudónimo Dominique Aury. Desclos, novelista, poeta, traductora y editora, fue una figura central de la cultura francesa de la segunda mitad del siglo xx. *(N. de la T.)*

(6) Término tomado de la novela *1984*, de George Orwell, donde se utiliza el término «doblepensar» para referirse a la capacidad de sostener y aceptar dos creencias contrarias al mismo tiempo. Este mecanismo permite la manipulación por parte de las autoridades para hacer pasar por verdadero lo que es falso. *(N. de la T.)*

(7) Greer cambió sus ideas sobre la violación. Véase Germaine Greer, «Seduction Is a Four-Letter Word», *Playboy*, vol. 20, n.º 1 (enero de 1973).

(8) Para un relato contemporáneo de la licantropía, recomiendo *The Teachings of Don Juan: A Yaqui Way of Knowledge*, de Carlos Castaneda (Nueva York: Ballantine Books, 1968), pp. 170-184. [Hay trad. cast.: *Las enseñanzas de don Juan. Una forma yaqui de conocimiento*, México, FCE, 2001].

(9) Se estima que el periodo entre 7000 a. C. (cuando la gente comenzó a domesticar animales y hacer cerámica) y 1974 d. C. es solo el 2 por ciento de toda la historia humana.

(10) Pregunta: ¿puede concebir una persona con el sexo cromosómico de un hombre y el sexo gonadal de una mujer? Si es así, tendríamos que

aceptar la idea de que los hombres pueden tener hijos. Pensaría que tales casos existen en la naturaleza, aunque no pude encontrar ninguna confirmación de que

tales personas sean fértiles. Dado que cualquier persona que tenga hijos se define como una mujer, y las pruebas cromosómicas no se realizan de forma rutinaria, probablemente no se detectaría a dichas personas excepto por accidente.

(11) Un elemento presente en la propia célula que parece determinar el sexo.

(12) La idea de bisexualidad está intrínsecamente ligada a la polaridad estructural y resulta inadecuada en este contexto por las siguientes razones: la misma palabra lleva incorporada la dualidad; se puede ser bisexual y seguir identificándose con las ficciones «masculino» y «femenino», con ambas en lugar de con solo una; se puede ser bisexual y seguir identificándose exclusivamente con un rol, el masculino o el femenino, ya sea en hombres o en mujeres.

(13) Sobre la bisexualidad, véase página anterior.

(14) Franz Kafka, *El proceso*, trad. de Isabel Hernández, Madrid, Nórdica, 2024.

Índice

Odiar a las mujeres

Prólogo. Radicalidad y repulsión

Agradecimientos

Introducción

Primera parte. Los cuentos de hadas

1. Habíaunavez. Los roles
2. Habíaunavez. La moraleja de la historia

Segunda parte. La pornografía

3. La mujer como víctima. Historia de O
4. La mujer como víctima. La imagen
5. La mujer como víctima. Suck

Tercera parte. La herstory

6. Ginecidio. El vendado de pies en China
7. Ginecidio. Las brujas

Cuarta parte. Androginia

8. Androginia. El modelo mitológico
9. Androginia. Androginia, sexo y comunidad

Epílogo. La gran lucha tipográfica por la puntuación

Bibliografía

Créditos de las citas y las ilustraciones

Sobre este libro

Sobre Andrea Dworkin

Créditos

Notas